



En los Brazos del Highlander

-Prisionera-

Iris Vermeil

EN LOS BRAZOS DEL
HIGHLANDER
—PRISIONERA—

← Todos los derechos reservados

Quedan prohibidos dentro de los límites establecidos por la ley y bajo los apercibimientos legales previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright.

Esta es una obra de ficción creada únicamente por el autor. Cualquier parecido con otras personas, así como, lugares y situaciones son pura coincidencia.

Título: En los Brazos del Highlander –Prisionera—

← Copyright 2018 – Iris Vermeil

Primera edición, noviembre 2018.

ÍNDICE

[*Prólogo*](#)

[*Capítulo 1*](#)

[*Capítulo 2*](#)

[*Capítulo 3*](#)

[*Capítulo 4*](#)

[*Capítulo 5*](#)

[*Capítulo 6*](#)

[*Capítulo 7*](#)

[*Capítulo 8*](#)

[*Capítulo 9*](#)

[*Capítulo 10*](#)

[*Capítulo 11*](#)

[*Capítulo 12*](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[SEGUNDA PARTE](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Capítulo 27](#)

[Capítulo 28](#)

[Capítulo 29](#)

[Capítulo 30](#)

[Capítulo 31](#)

[Capítulo 32](#)

[Capítulo 33](#)

[Capítulo 34](#)

Capítulo 35

Capítulo 36

Capítulo 37

Epílogo

Prólogo

Estoy inquieta, observando las montañas desde el ventanal de mi alcoba, se ven majestuosas. La nieve ha menguado por completo un año más. Detrás de ellas está mi único y verdadero amor. Hoy he soñado con él como hacía tiempo que no lo hacía. Jamás volveré a creer en sus palabras, tan hirientes, tan despiadadas pero tiene la habilidad de volverlas tan dulces y apasionadas cuando se lo propone... Mi vida ha cambiado por completo. Nunca imaginé estar en esta recámara, con ése hombre en mi lecho, en un clan desconocido. Realmente, mi verdadera tortura es continuar amándolo, seguir sintiéndome prisionera de sus besos, de sus caricias, de aquellas noches de lujuria en las que me perdía en los brazos de mi highlander.

Capítulo 1

Castillo de Clyth.

1402

—Estáis entorpeciendo el trabajo en mis tierras y ocasionando daños irreparables —dijo autoritario el laird Christopher Gunn.

—Mi señor —interrumpió Daniel—, no podemos aceptar semejante propuesta, nuestro objetivo era vengar a como dé lugar la muerte de nuestro padre.

—Eso lo entiendo muchacho, pero no por ello debéis masacrar a todo un clan.

—Si es necesario lo haremos —espetó Niamh, cansado de entablar conversación con ese jefe tan sosegado.

—Ya habéis dado muerte a Ewan Sinclair, retiraros y pactar con los MacLeod una relación de cordialidad —propuso Gunn.

—¿Re—retirarnos de una batalla?! —exclamó Daniel ofendido.

—¿Por qué tendríamos que hacerlo, mi señor? —preguntó Gared a punto de perder la paciencia—, ellos estaban aliados con los Sinclair.

—Bueno, me interesa que mi pueblo vea a los Sutherland como un clan amigo.

—¿Decidnos de una vez, señor, qué es lo que queréis a cambio de que confirmemos un estado de pacifismo? —cuestionó Niamh.

—La unión de nuestros clanes, a través del casamiento con mi hija mayor Brenda.

—¿Cómo decís? —dijo Daniel.

—Lo que habéis oído, yo firmaré un tratado de paz y exigiré a los MacLeod y a los Sinclair que cesen la guerra, a cambio quiero que nuestros clanes se alíen.

Daniel dudó unos segundos.

—Está bien, reuniremos a nuestros mejores hombres para que vuestra hija elija a su futuro esposo —dijo el guerrero.

Christopher negó con la cabeza.

—Yo, ya he elegido por ella.

Capítulo 2

Gared, no podía dejar de darle vueltas a esa conversación con el laird de los Gunn mientras Niamh le ayudaba a caminar ya en tierras de su familia. Mucho menos podía quitarse de la cabeza cuando aquél hombre le señaló con el dedo y le escogió su predilecto para desposarse con su hija. Él, que tanto había pensado en Iona meses atrás, que deseaba volver a su hogar para verla ¿cómo la iba a mirar a los ojos, sabiendo que se había comprometido con otra mujer? En un principio se negó a aceptar la propuesta, pero su deber como hermano del laird se interpuso ante el amor que sentía por la doncella y no le quedó más remedio que someterse. Sintió el corazón arder cuando vio a esa muchacha pelirroja mirarle a lo lejos, su rostro de preocupación y al mismo tiempo de alegría, le reconfortaron después de la intensa lucha.

—Señor Gared —se emocionó—. Me satisface veros de nuevo —dijo Iona con una amplia sonrisa.

—A mí también a vos —murmuró seco, retirándole la vista y continuando su camino.

Si me muestro distante quizá se aleje de mí. Pensó el guerrero.

—Estáis herido, yo misma os puedo atender.

—No es necesario, no os molestéis.

—Pero vuestras vendas están sucias —añadió—, podéis enfermar.

—Está bien —se resignó—, dejaré que me curéis.

Las demás mujeres atendían con afán a los hombres que habían sufrido en mayor gravedad golpes y laceraciones profundas, así como, algún hueso roto y costillas. Llegaron a una zona retirada en las cocinas donde Iona guardaba todos los botes con hierbas medicinales, ungüentos y recetas de sus bisabuelas. Gared se sentó en una silla y con ayuda de la doncella se desvistió de cintura para arriba, la lesión que le había dejado la flecha era profunda y le dolía el brazo impidiéndole moverlo con soltura. Él reposaba y bebía agua fresca, mientras que ella daba vueltas con un cucharón de madera en el fuego a una enorme cacerola con agua hirviendo con una mezcla de tomillo, ajos y raíces junto a los paños que servirían para curarle. Una vez tibia la mezcla quitó los restos secos de su piel, Gared dio un respingo e hizo una mueca de dolor.

—Lo siento, es que está algo enganchado a la piel —dijo—. Ya está.
Él se mantuvo en silencio.

Cielos, su cuerpo está más musculado de lo que recordaba. Pensó haciendo que se colorearan sus mejillas, tocar su piel con tanta delicadeza le aceleró el pulso y le costaba trabajo respirar con normalidad. A Gared le ocurría exactamente lo mismo, notó que su miembro se endurecía con cada roce de Iona, se percató que la muchacha estaba ruborizada y además, su vista se le desviaba a su escote, mostrando una pequeña parte de sus senos.

¿Qué estará pensando en este momento? Se planteó el guerrero. *Está igual de hermosa que la última noche en que la vi, pero ¿qué estoy diciendo?, no puedo pensar en ella en poco tiempo me desposaré con lady Brenda, ¡oh señor! Le romperé el corazón.*

De pronto Gared, maldiciendo su suerte, le cogió fuerte de la muñeca haciendo que Iona se asustara y éste alegó;

—¡Ya es suficiente!

—Pero, señor... ¿he hecho algo indebido?

—Sí, no tenéis porqué curarme —dijo serio.

—Señor Gared yo sólo pretendía...

—¡Basta Iona! —se puso en pie—. Mirad, quizá en el pasado os pude dar esperanzas pero ahora... yo... —añadió dudoso por decirle la verdad—. Vos sois una simple doncella y yo el hermano de un laird, hijo de señores y no está bien visto que me relacionen con una sirvienta.

Al ver su cara de dolor e incertidumbre, bramó en sus adentro por lo estúpido que había sido en hablarle con tanta rudeza y sin tacto alguno.

—Os esperé desde el amanecer en las puertas del castillo —dijo mirando al suelo con un hilo de voz.

—¿Cómo? —preguntó, ya que no había entendido bien lo que había dicho.

—¡Os esperé día tras día! —le miró con ojos vidriosos—. Rezando para que nadie os lastimara, ya no me importaba la decisión que teníais que meditar, deseaba volver a veros, simplemente eso.

—Ya tomé una decisión —expuso sin poder mirarla—, en unos meses, después de que Elea dé a luz marcharé al castillo de Clyth.

—¿Por qué? —preguntó sin entender nada.

—Porque a cambio de poner paz entre los clanes, su laird quiere que me case con su hija y yo he aceptado.

La doncella boquiabierta, no pudo continuar parada enfrente de aquél

hombre.

—Oh... —salió apresurada por las cocinas intentando no derramar una lágrima ante él.

—Iona...

Masculló palabras malsonantes, por el daño causado en ese momento a la joven.

Cuanto antes lo acepte y me olvide, mejor.

Iona salió corriendo de allí y, se topó con Elea.

—¿Iona qué te ocurre?

—Nada, nada... necesito salir a dar una vuelta por los alrededores, ¿me das permiso? —preguntó inquieta.

—Sí, claro. Puedes pasear hasta la hora de la comida no te reclamaré —añadió confusa.

—Cogeré un caballo.

—Pero Iona tú no sabes montar bien —advirtió Elea—, puedes lastimarte.

—Cogeré una yegua mansa —alzó la voz dirigiéndose a las caballerizas.

Capítulo 3

Iona montó en un caballo, el más dócil que el mozo conocía y salió al paso por el camino de tierra para perderse hasta la playa. No podía contener el llanto durante el recorrido. Se limpiaba enfadada las lágrimas que morían en sus mejillas.

—¡Estúpida, eres una estúpida Iona! —masculló—, ¿cómo pudiste pensar que él...?

Sollozó, cuando desmontó y se desequilibró cayendo al suelo. Cogiendo con rabia la arena y tirándola por los aires. Recordaba la noche en que el guerrero la descubrió desolada, posada en uno de los huecos que hacía la pared de piedra en los pasillos. Esa noche fue, cuando escuchó perfectamente que partirían a librar una batalla a la mañana siguiente y, se escondió allá para que nadie la viera llorar. Hubiera preferido que la sorprendieran todos en aquella fortaleza, menos quien era la razón de su pesar.

—*Iona, ¿qué hacéis aquí? —preguntó Gared regresando a su recámara—, es media noche, todos duermen a estas horas.*

—*No puedo conciliar el sueño, mi señor —respondió disimulando su estado anímico.*

—*¿Estáis bien? ¿Qué os preocupa? —se sentó a su lado.*

—*Oh, nada... no tiene importancia.*

—*Vamos, podéis confiar en mí —le cogió con los dedos la barbilla e hizo que lo mirase—. ¿Habéis llorado?*

—*No —le retiró la vista.*

—*No me engañéis, se os ve en los ojos que habéis derramado vuestras lágrimas ¿por qué razón?*

Iona acorralada, respiró hondo y se sinceró;

—*No me agrada la idea que partáis a combatir, mi señor, pueden heriros de gravedad —tragó con dificultad el nudo de su garganta.*

Gared, que no se esperaba esa contestación, se quedó helado con la inquietud que mostraba la joven, aunque él sabía que debía mantenerse distante, le costaba horrores hacerlo.

—*Nadie se había preocupado antes de este modo por mí —sonrió—, os lo agradezco.*

La muchacha negó con la cabeza.

—No es preocupación solamente, es temor a que moráis en la batalla, pavor por no volver a veros jamás.

—Iona, ¿vos...?

—Si no volvéis no pienso quedarme con esto que siento desde que os vi en Dunakin.

—Esto no puede ser, somos muy diferentes.

—Creedme que lo sé a la perfección mas no puedo contener mis sentimientos, ahora es la oportunidad que tengo para deciros que os amo como nunca amaré a ningún otro hombre.

Al guerrero le creció una tempestad de emociones que estaban ancladas en él. Ella tenía razón, quizá era la última ocasión que tenía de pasar unos minutos a su lado. Si moría, si no abría más los ojos y pasaba a otra mejor vida debía aprovechar ese instante, no ser cobarde, ni huir de su pasión por ella.

—Vuestro rostro me encandiló.

—¿Qué? —dijo con un hilo de voz.

—Vuestros ojos, vuestro cabello de fuego, todo de vos me aprisionó... — susurró cerca de sus labios.

—¿Sentís lo mismo que yo? —preguntó asombrada.

—Sí, mas no es lo correcto.

—¿Os avergonzáis de mi?

Gared le retiró la vista.

—Siempre he sabido qué lugar tomaba en el clan y nunca me imaginé enamorarme de una...

—De una sirvienta.

—Siento si a veces soy tosco en mis palabras —reconoció.

—No importa... —añadió poniéndose en pie y alisándose la falda—. Regresaré a mi alcoba, mañana debo trabajar desde temprano.

—Claro —se levantó, también.

Sin saber cómo despedirse, Iona puso una mano en el pecho del highlander y estableció;

—Pase lo que pase, siempre esperaré hasta reencontrarme con vos.

Y se fue, dejando a Gared sin palabras.

A la mañana siguiente, Iona ya hacía sus faenas en las cocinas cuando ni había salido el sol por completo. Debía mantenerse distraída, pasó toda la

noche dándole vueltas a aquella conversación con Gared y se sentía tan poca mujer para él... Mandaba a las demás muchachitas que limpiaran el salón, fregaran los suelos, a otras les pedía que dieran de comer al ganado de puercos y ovejas, como también a las gallinas. Remangada puso un cazo de leche que había ordeñado junto a otras mujeres a hervir, le añadió azúcar y avena para espesarlo y tener el desayuno a punto. En los hornos de piedra se cocía el pan y en otra olla preparaban la mermelada. Oyó un portazo y sin apartar la vista del fuego dijo alzando la voz;

—*Sophie, prueba a ver si están bastante dulces estas gachas, yo creo que sí.*

—*Iona...* —dijo Gared detrás suyo.

Asombrada, se giró al oír su voz.

—*Mi—mi señor —tartamudeó. Pensé que ya habíais parti...*

El guerrero se abalanzó sobre Iona y la besó como lo tendría que haber hecho con anterioridad. Ése fue su primer beso. Él también había pensado en la doncella esa noche, en el valor que tuvo de decirle que lo amaba y su ternura le conmovía. Pero estaba muy confundido, demasiados sentimientos despertaba la joven en él. Poseyó sus labios con deleite para llevarse a la fría batalla su suave aroma o para que se posara en su boca eternamente, si Dios así lo decidía.

—*No podía irme sin hacerlo —susurró separándose de ella.*

—*Yo...*

—*No digáis nada —le rozó con sus labios con los dedos para que aguardara sus palabras—, dejadme que lo piense el tiempo que esté fuera.*

Puedo entender su decisión, su rechazo pero después de lo que me expresó esa noche, después de probar sus labios... ¿Va a desposarse con otra?! Pensó mientras lloraba desconsoladamente.

—*¡Maldito seas! —gritó con furia mirando al horizonte —, ¡Maldito seas, Gared Sutherland!*

Capítulo 4

Esa noche Iona se sentía muy mal por dentro, estaba situada al lado de lady Elea, dispuesta para servirla. Tenía a Gared tan cerca que no se atrevía ni a mirarlo o se desencadenarían las lágrimas y no podría pararlas. Observaba a los hombres en la sala como reían y conversaban con sus esposas mientras comían y brindaban alegres. Pensaba en lo desdichada que era cuando veía la felicidad en los rostros de aquellas personas.

Con el paso de las semanas, la mayoría de guerreros de Daniel ya se habían recuperado por completo y muchos entrenaban como de costumbre en el patio de armas. Iona, preparaba el almuerzo a la hora que sabía que muchos de ellos descansaban y se daba una vuelta por allá. La muchacha no pasaba desapercibida, los hombres la miraban engatusados por su belleza y su tez blanca.

—¡Iona, por fin habéis aparecido estábamos hambrientos! —exclamó Niamh haciéndola reír.

—Pues aquí traigo comida de sobras.

—Gracias Iona, qué haríamos sin ti —le agradeció Daniel.

—Para vos he traído los bollos dulces que tanto os gustan, señor James —puntualizó haciendo que Gared sintiera envidia.

—Oh, es todo un detalle, no hacía falta que os molestarais.

—No es molestia en absoluto.

Le dedicó la mejor de sus sonrisas y, muchos hombres se acercaron a ella de pronto para alabarla y coger otros panes de una de sus cestas.

—¡Qué bien cocináis, mujer!

—¡Seríais la esposa perfecta! —le dio un joven un beso en la mejilla dejando a la doncella boquiabierta.

Gared estaba lleno de celos, quería matarles a todos por ser tan indecorosos con ella.

—Vamos, vamos dejarla en paz —los espantó Elea como moscas haciendo un gesto con las manos—, quien quiera su mano debe hablar con el jefe —señaló a Daniel—, como es debido.

—Elea...—murmuró sonrojada.

—¿Qué? es la verdad —añadió—. Quería hablar contigo cuando termines

tus faenas, estaré en el salón.

—De acuerdo –asintió.

Cuando acabó la hora del descanso los guerreros siguieron con su entrenamiento e Iona se dirigió hacia el comedor para conversar con Elea. La encontró sentada en las butacas, tejiendo una manta para su futuro bebé.

—Ya he acabado –interrumpió.

—¡Qué susto! –se espantó.

—Disculpa, no era mi intención.

—Tranquila, es que estaba pensando en las puntadas que debía dar –comentó levantándose del asiento—. Salgamos fuera, quiero pasear mientras conversamos.

Salieron a la entrada del castillo, caminando por las zonas verdes sin alejarse demasiado.

—¿De qué querías que habláramos? –preguntó Iona, curiosa.

—Verás, estas semanas no he querido insistirte mucho –comenzó a explicar—, porque puedo imaginarme cómo lo estás pasando.

—Sí, lo sé –intentó esbozar una sonrisa.

—No tienes que disimular delante de mí.

—Elea, esto... –dijo con los ojos vidriosos—, ¿sabes lo que es que el hombre que amas se vaya a casar con otra?

Elea la miró con pesar y le acarició las mejillas.

—No, pero conozco lo que es un corazón herido –respondió—, por ello y porque te aprecio quiero que intentes fijarte en otro hombre.

—¡Estás loca! –exclamó—. ¿Otro hombre? Yo nunca podré querer a otro hombre como lo quiero a él.

—Exacto, no lo querrás igual pero de distinto modo sí.

—No sé, aún es pronto –negó con la cabeza.

—Tú misma me dijiste un día que por culpa de un sólo hombre no los debía juzgar a todos igual.

—Sí tienes razón pero...

—Pero nada, si no te hubiera hecho caso ahora no estaría aquí con Daniel y esperando un hijo de él.

Iona suspiró y maldijo sus consejos que ni ella misma los podía seguir.

—Hay muchos guerreros en nuestro clan que quisieran tener a una mujer como tú a su lado –añadió.

—Y yo sólo anhelo tener a uno...

—Deseo tu felicidad amiga, puede estar muy cerca de ti alguien que te valore y te cuide.

—Hazle caso a Elea, querida —las interrumpió Elisabeth—. Sé que está mal escuchar conversaciones ajenas pero... una es muy vieja y ando aburrida.

—Oh, me recordáis a Daniel cuando nos conocimos la primera noche —dijo Elea con guasa.

—Iona, sabes que te aprecio desde que llegaste a mi hogar —le cogió de las manos—, y siento mucho que mi hijo sea tan... —puso los ojos en blanco y soltó un bufido—, tienes que buscar tu propia dicha.

—Gracias, lady Elisabeth.

—No, para ti sólo Elisabeth —dijo emocionada—, me hubiera agradado que tú fueras mi nuera, así como lo es Elea.

—Oh...

—Pero de antemano te advierto, mi hijo se arrepentirá de sus decisiones, te lo digo yo que soy quien le ha parido.

—Si no es que ya lo está —murmuró Elea.

—Intentaré hacerlos caso... lo intentaré.

Capítulo 5

Elea partió hacia Skye una vez recuperada de su alumbramiento junto a Daniel, cuando ya llegó la primavera en Dunrobin.

—¡Adiós Elea! —la despidió Iona con la mano—. Dales recuerdos a todos.

—¡De tu parte! —voceó ésta—. ¿Seguro que estarás bien?

—¡¿Qué?!

—¡¿Qué si estarás bien!! —gritó más fuerte.

—¡Sí descuida, las pelirrojas somos de hierro! *O eso decía mi madre.* Pensó resignada. Cuando giró para entrar a la fortaleza vio a Gared que la observaba. Se quedaron varios segundos mirándose y ella retiró la vista para continuar sus quehaceres. Miradas de deseo y amor, de dolor y sufrimiento, miradas de perdón y arrepentimiento, de resignación... eso era lo que había entre ellos. Apenas se dirigían la palabra y si lo hacían era por obligación pero ¿qué necesidad tenían de hablarse si ya se entendían con una sola mirada? A Iona le dolía que la tratara como una simple doncella y a Gared le afligía el papel que tenía que seguir.

—Ya empieza a atizar el calor —entró James por la puerta de la cocina secándose el sudor de la frente.

—¿Calor? Pero si aún corre el fresco.

—¿No es un hombre imponente? —cuchicheó Sophie a Iona—. Le queda muy bien ese moño, le despeja la cara y se le ven más los ojazos marrones.

—¿De qué os reís? —preguntó extrañado acabando de sorber el vino.

—¿Eh? Oh, nada. Estaba pensando en una anécdota que me explicaba... esto... déjalo estar.

—Estás muy rara últimamente Sophie —murmuró con el cejo fruncido.

En los pasados meses de invierno, Iona se había hecho buena amiga de Sophie una jovencita dicharachera y menudita con ojos grandes y pelo oscuro quien en silencio idolatraba al guerrero. A pesar de su corta edad era muy ordenada y pulcra. Hacía muy bien sus tareas como sirvienta. James, no conocía los sentimientos de la muchacha ni mucho menos se daba cuenta de lo que pasaba a su alrededor, él sólo tenía cabeza para la guerra y el

entrenamiento.

—Oye Iona, podríamos ir a almorzar a la arboleda ya que nadie me invita te lo propongo a ti —dijo Sophie en voz alta.

—Claro, me encantaría.

James se quedó sentado sin entender nada y cuando descansó se retiró de allá.

—¡Me rindo! —exclamó—, al final tendré que casarme con Patrick, el mozo.

—¡Ni lo sueñes! Ese chico es algo rudo, además, James tiene mucho mejor porte. Me he fijado en como ese mozo trata a las otras muchachas, no va contigo.

—Sí pero se me va a pasar el arroz.

—¡Anda ya! Si eres más joven que yo.

Al llegar a la arboleda, degustaron el queso fresco y un poco de pan. El día se entornó gris y pronto empezó a chispear.

—¡Qué mala suerte, ni almorzar tranquilamente podemos! —dijo Sophie subiendo por las pendientes.

—No es para tanto, a mi me gusta la lluvia.

Corrieron para resguardarse y entraron risueñas en las cocinas.

—¡Me he olvidado la cesta con las prisas! —exclamó Iona.

—¡Oh, qué me dices!

—Enseguida vuelvo.

—¿Te acompaño?

—No, tranquila. Ya voy sola.

Salió de nuevo por la puerta. En ese momento Gared la vio y no supo porqué aquella pelirroja estaba bajo la lluvia sin importarle lo más mínimo mojarse. Decidió seguirla para ver dónde se dirigía. No soportaba más el halo de distanciamiento que se había formado entre ellos.

La doncella se mostraba ágil entre los árboles que, con su follaje paraban la mayoría de gotas que caían del cielo. Inspiró profundamente el olor que desprendía la hierba húmeda y le recordó a sus tierras de origen. Se resbaló de repente con el musgo que envolvía unas pequeñas piedras y se disponía a caer de bruces. Unas manos recias la sostuvieron y su cuerpecillo cayó

encima de aquél *highlander* fornido. Los dos fueron a parar al suelo, con salpicaduras de fango en sus ropas.

—¿Te has hecho daño? —preguntó él.

—No... —murmuró.

Al ver de quién se trataba la joven se apresuró a ponerse en pie. Se revolvió y Gared la cogió de los brazos con fuerza.

—¿Por qué me seguís, mi señor?

—Para evitar que os lastimarais.

—Puedo cuidarme sola, gracias por vuestra preocupación.

—¿Qué hacéis aquí? ¿Cómo se os ocurre ir sola por esta zona? Es peligroso.

—No os lo toméis a mal pero no creo que os importe lo más mínimo —alegó haciendo un amago de irse.

—Esperad —la agarró del brazo —no os vayáis, tenéis aquí... —le rozó la mejilla con sus dedos.

—¿Qué tengo?

—Hierba —sonrió.

Con las manos se quitó lo que fuera que tenía en la cara. Gared se carcajeó mostrando su increíble sonrisa.

—¿Qué os hace tanta gracia?

—Ahora os habéis ensuciado el rostro de barro.

Iona se puso colorada y se frotó las mejillas con sus mangas.

—¡Listo!

Se puso en pie pero de nuevo Gared no la dejó.

—¡Soltadme de una vez!

—Vuestros labios están secos por el viento. Dejadme que los humedezca.

La besó. Iona sintió perderse, ya no sentía frío sólo chispas de calor que se encendían por su cuerpo.

—Soñaba con volveros a besar —susurró el guerrero.

—Pues recordad mis labios muy bien porque no volveréis a probarlos.

La besó con más pasión e hizo que cayera encima de su pectoral. Acarició su nuca y sus cabellos cobres mientras la saboreaba.

—Adoro vuestro pelo —le susurró.

Iona quería abofetearle por ser tan descarado y lo único que pudo hacer fue morderle el labio inferior.

—¡¡Ahh!! ¡Mujer!

—Eso por propasaros, seré doncella pero honrada. Y no me fijo en los hombres comprometidos mucho menos me revuelco con ellos.

—Me imagino que con los solteros tampoco ¿no?

Iona lo miró ofendida y rabiosa.

—Sois un... —le alzó la mano pero él se la cogió y la volvió a besar.

—Jamás, jamás me cansaré de tomaros.

—¿Por qué os gusta tanto jugar conmigo? ¿Eh? Un hijo de señores besando de este modo a una humilde mujer como yo ¿no os parece ilógico? —dijo con sorna.

—Estáis aún ofendida por mis palabras, lo sé, lo entiendo. Lo siento por ser tan bruto y no tener tacto alguno.

—No me basta un perdón. Hay que pensar bien lo que se dice pues una palabra, una frase, una acción puede ser mucho más dolorosa que una herida provocada por una espada. Me creasteis falsas esperanzas.

—¿Qué tengo que hacer para ser perdonado?

—Únicamente pido un hueco aquí —le toco el pecho izquierdo.

—Y ahí estáis —puso su mano encima de la suya—. Os lo juro por mi padre, que en paz descanse, que ahí os llevo desde que os vi mas no me di cuenta hasta aquella noche...

—Pues no entiendo vuestra actitud, mucho menos vuestros sentimientos —dijo con ojos llorosos.

—He estado muy confundido. Quiero que me olvidéis, quiero alejarme de vos para no haceros más daño pero algo dentro de mí me lo impide. Tengo la necesidad de protegeos y cuidaros. Soy un guerrero destinado a amaros, por ello vine a este mundo.

—Y yo sólo pido que me améis de mejor forma, como cualquier mujer se merece ser amada.

Capítulo 6

Una noche cualquiera, en la fortaleza, un humilde poeta recitaba acompañado de una suave y delicada melodía una canción de amor. Todos se mostraban atentos y sentían curiosidad por su letra, la cual les estaba dejando absortos por la belleza de las palabras y los sonidos tan armoniosos que les llegaban a los oídos. La mayoría se sentaron en asientos enfrente del buen hombre y la sala se encontraba caldeada y bajo la luz tenue de las antorchas. Lady Elisabeth estaba emocionada. Niamh, sin embargo, no le interesaba escuchar historietas de enamorados y bostezó sin más reparo llevándose un codazo de aviso de su madre.

—No seas indecoroso —le regañó—. Eso no es lo que te lo enseñamos tu padre y yo.

—Madre, lo siento pero a mí esto me aburre...

—Te daré un estirón de orejas como cuando eras niño, ¡compórtate! —cuchicheó.

Niamh resopló.

La ingenua de Sophie suspiraba y soñaba con que aquél guerrero que le había robado el sentido, suplicando al Señor que un día le hiciera caso. A Iona se le salía el corazón de lo hermoso que era ese cantar y sin querer su vista se desviaba a Gared. Su estimado y único amor se encontraba en pie, respaldado en una columna y también la miraba con disimulo.

*Valiente es aquél que lucha.
Valiente es quien no teme.
Mas cuando el amor está entre el cielo y el infierno,
Valiente será quien lo defiende.
¿Qué dirán de mí? Se preguntaba la joven.
Muerta de miedo y de dicha a la vez.
¿Es pesar desear como le deseo?
¿Es pecado amar como le amo?
Lloro de amor. Siento y padezco.
Sonrío y me pierdo al estar entre sus brazos.
Estoy entre sus brazos.*

Él me está amando, bajo su lecho.

—¿Alguna vez has sentido algo así? —murmuró por lo bajo, Iona.

—Sí, cuando James me mira deseo como esa joven en que me haga su mujer —respondió Sophie—, pero sé que está mal, ya sabes, una señorita decente debe guardarse pura hasta que se despose.

Iona se quedó pensativa y miró a aquél imponente guerrero de melena dorada. Se imaginó cómo sería estar en el mismo lecho junto a él, su piel con la suya acariciándose bajo las sábanas, escondidos y sintiendo cómo la amaba, cómo la hacía suya por primera vez mientras le susurraba al oído palabras de amor eterno. Sus miradas se encontraron y ésta dio un pequeño respingo acelerándose más aún los fuertes latidos.

—Yo me entregaría a Gared sin dudar.

—No, Iona, no lo hagas.

—¿Porqué?

—Ningún hombre te miraría después.

—¿Qué importa eso...?

—Es cierto. Ahora no lo ves porque le amas pero él tiene su destino escrito sólo mancharías tu nombre.

Igual que la muchacha del poema, Iona repetía esas palabras en su mente.

¿Es pesar desear como le deseo? ¿Es pecado amar como le amo?

—Quizá sí o quizá no —respondió la doncella—. Elea siempre dice que en el corazón no se manda y que tienes que hacer lo que te dicta a pesar de las consecuencias.

Los soldados vienen y temo por que nos separen.

Cobarde quien no lucha.

Cobarde es quien teme.

Mas cuando el amor está entre el cielo y el infierno,

Cobarde será quien no lo defiende.

¿Qué será de mí? Se preguntaba el guerrero.

¿Qué será de mí? si no la tengo mañana en mi lecho.

¡Perdonadme, oh señor, perdonad mi pecado!

No pude evitar arrebatarse sus labios.

*No pude evitar tomarla en mis brazos.
¡No pude evitar hacerla mía!
Y ahora, cuando el sol despierte nos separaremos.
Dos almas dormidas. Dos almas dolidas.
Los soldados vienen y temo que me encierren.
La dejaré marchar. La dejaré al alba.
¿Cuál será mi pena? ¿Cuál será mi condena?
Ser prisionero, de ella.*

Gared no le quitaba el ojo de encima. Le encantaba cuando Iona se dejaba la melena suelta, como esa misma noche y sus ondas caían por sus pechos y por su espalda. Era realmente encantadora e irresistible. *¿Qué será de mí? si no te tengo mañana Iona... estimada...* Pensó el guerrero mientras le mantenía la mirada fija y recordaba ausente la conversación con su madre semanas atrás.

—*Entiende que estás cometiendo un terrible error hijo* —expuso indignada lady Elisabeth.

—*¿Y qué hago madre, no tengo otra opción?!* —exclamó desesperado.

—*¿Crees que serás feliz al lado de una esposa que no amas?*

—*Daniel no amaba a Elea cuando les comprometieron* —se defendió.

—*Sí, es cierto pero en su corazón no vivía ningún otro sentimiento* —añadió—, *no es fácil dejar de amar a una persona hijo mío... nada fácil...*

—*Madre, el deber de un hombre...*

—*¡Al demonio el deber!* —exclamó irritada.

—*¡Madre!* —se asombró—. *¡Nunca os había oído hablar así!*

—*Esa mujer no te hará feliz, Iona, sí. Sé un hombre de verdad y ten valor.*

Soy un cobarde. Un completo cobarde.

Vio como Iona se retiraba de la sala y secaba sus lágrimas con disimulo con sus dedos, no soportaba verla así, tan afligida. Ella salió a tomar aire fresco. Necesitaba respirar y alejarse de todo el mundo allí presente. Se puso una capa y salió dirección la playa. Se dio cuenta que su guerrero la seguía cuando él hizo ruido con sus pies entre las hojas secas del suelo.

—Gared, sé que estáis ahí. Salid de una vez.

—Vaya, suerte que no sois el enemigo. Estaría muerto.

Iona negó con la cabeza con media sonrisa.

—¿Os he hecho sonreír?

Ella asintió tímida.

—Tenéis la sonrisa más hermosa que he visto nunca.

—Mentiroso.

—No. Es la verdad —se acercó para tomarla de las manos—. ¿Y sabéis cuál es otra gran certeza?

—¿Cuál?

—Que con la única mujer que me desposaría sería con vos porque sois quien realmente amo —expuso—, mas mi deber me obliga a hacer cosas en contra de mi voluntad, tenéis que entenderlo.

Iona retiró la vista, con pesar.

—Cada roce que le haga a esa mujer, cada beso imaginaré que sois vos quien lo recibe —acariciando su rostro prosiguió—, cuando la haga mía por las noches gritaré vuestro nombre en mi mente para sentirlos.

—Basta, por favor, no os dais cuenta que esto me lastima...

—Yo también estoy sufriendo por dentro.

—¿Entonces? —preguntó a punto de llorar—. ¿Debo dejaros ir en esta vida y pedirle a Dios de rodillas que nos una en la próxima?

—El alma nunca muere, muere el cuerpo del hombre y mi alma os amará en cada cuerpo que habite —susurró a escasos centímetros de sus labios.

Iona abrió los ojos asombrada al escuchar esa cita.

—¿Cómo sabéis esa expresión?

Gared sacó la carta que la guardaba en su pecho como oro en paño y se la entregó.

—Si en un futuro llegaseis a morir, en mi presente viviríais eternamente pues en el pasado sí que exististeis. El alma nunca muere, muere el cuerpo del hombre y mi alma os amará en cada cuerpo que habite —citó en voz alta—, firmado, Iona MacKinnon.

—¿Co—cómo tenéis esta misiva? —preguntó boquiabierta.

—Madre me la hizo llegar, cuando estaba en guerra con Sinclair y MacLeod.

—¿Os la sabéis de memoria?

—La leo cada noche, para recordar vuestras palabras, tan hermosas y delicadas como vos.

—Tendré que pedirle explicaciones a Elisabeth —murmuró nerviosa—, yo escribí esta carta la misma noche que me enteré que partiríais pero la deseché.

No sé cómo pudo encontrarla...

—¿Por qué?

—¿Qué por qué? —repitió incrédula—, me sentí estúpida al pensar en vuestro rechazo.

—Fuisteis valiente en mostrarme vuestros sentimientos.

—¿Creéis que sirvió de algo el ser valiente?

—Sí. Esta carta me abrió los ojos, estaba decidido que al regresar os pediría matrimonio pero... las cosas se complicaron —retiró la vista.

—Oh... —se tapó la boca con la mano y se le derramó una lágrima—. No es cierto, decidme que no es cierto...

—Es completamente cierto.

Por esa vez Iona le besó primero. Pensar en eso, en que su guerrero había tomado esa decisión antes de que le unieran con la hija de Gunn le conmocionó. Realmente estaba segura que él la amaba por encima de todo y maldecía la mala suerte que tenían ambos por no poder ser felices. Se sentaron en la arena, sin dejar de besarse, de acariciarse, de sentirse. Gared le susurraba palabras de amor e Iona sólo pensaba en ése momento. En tenerle cerca únicamente por ese instante. Observaron juntos y abrazados la luna menguante y las estrellas. Sin hablar, en silencio, pues ya todo estaba dicho.

Capítulo 7

—Adoro a James cuando va de cacería —comentó Sophie.

Observaban ella e Iona desde la ventana como se preparaban los hombres para partir hacia el bosque. Ambas estaban resignadas a perder a sus amores.

—A mi me daría miedo ir detrás de esos animales tan imponentes —dijo Iona.

—Sí, a mi también pero alguien debe cazarlos si queremos alimentarnos.

—Eso está claro. Ellos son muy bravos y no temen a nada.

—¿Lo amas demasiado, eh?

—¿Tanto se me nota?

—Tus ojos brillantes y tus mejillas sonrojadas te delatan. Lo mismo que a mi supongo...

—Vaya dos bobas somos —negó con la cabeza Iona—, aquí suspirando por dos hombres que jamás vamos a tener. Bueno, al menos yo no.

—A este paso, yo tampoco.

—Mi tía abuela siempre decía que la esperanza es lo último que se pierde —añadió—. Yo creo que James sólo necesita quitarse esa venda de los ojos para saber que te tiene ahí.

—Soy algo tímida, así como tú y no suelo conversar mucho con los guerreros...

—A veces una se debe tragar tanta timidez y arriesgarse. Puedes perder o ganar eso ya depende de la suerte. Tú tienes todas las de ganar, confía un poco.

Sophie suspiró.

—Venga, tenemos que ordeñar a las cabras y preparar los desayunos —comentó Iona agarrando del brazo a la joven.

—Sí, vayamos a distraernos que tenemos mucha faena por delante.

Después del mediodía, Iona canturreaba mientras tendía la ropa.

—Qué buen día hace hoy —se acercó Elisabeth hasta ella.

—Oh, sí, ya era hora que aparecieran los rayos de sol y se despejaran un

poco las nubes.

—¿Cómo estás, querida?

—Bueno... ya sabéis... un poco más resignada...

—Amar significa también dejar ir y desear la felicidad del otro —comentó Elisabeth.

—Sí, eso es cierto.

—Aunque no esté de acuerdo, hay cosas que no podemos cambiar. Y yo detesto esos absurdos pactos entre jefes.

—Elisabeth me agradecería saber ¿cómo llegó mi carta a vuestras manos? —preguntó.

—¿Qué carta?

—Ya sabéis a qué carta me refiero, aquella que entregasteis sin mi permiso a Gared.

—Oh... aquella carta... —se aclaró la voz—. Vi como la desechabas con tanto dolor y la cogí. Sé que fue una imprudencia y que no debí meterme en vuestros asuntos pero quería darle un empujón a mi hijo, ya sabes... pensé que con tus palabras, tan sinceras, podía conseguir que se aclarara de una vez.

—Me iba a pedir matrimonio —dijo con un hilo de voz—, y ahora...

—¡Iona! —vino corriendo Gared.

—Gared, ¿qué hacéis aquí? Pensé que habíais salido de cacería con los demás hombres.

—Me avisaron de los establos antes de partir, al parecer *Brisa* se puso de parto y tiene problemas para empujar. ¿Podrías acompañarme?

—¿Yo?

—Sí, vos.

—Pero ¿yo porqué?

—Sois mujer, tenéis los brazos más finos y manos delgadas.

—Ves, hija, ves —dijo Elisabeth—. Conversaremos en otro momento.

—Está bien, veré qué puedo hacer.

Ambos se adentraron en las caballerizas. La yegua estaba tumbada y respiraba agotada. Hacía amagos de empujar pero era inútil no tenía apenas fuerzas. De raza percherona y capa negra con los flecos blanquecinos y grises, en alza era imponente y majestuosa.

—Hola bonita –le acarició el morro—, tranquila he venido a ayudarte.

—Si no nace el potro, *Brisa* puede morir y eso no me lo perdonaría –agregó—. Fue un regalo de mi padre a mi madre.

—Dime ¿qué debo hacer? –se dirigió a un mozo.

—Intenta buscar las patas del potrillo y sacarlas.

—De acuerdo.

Iona se remangó el vestido. Se arrodilló y con suma delicadeza introdujo su mano en la vagina del animal.

—Ya lo tengo.

—¿Notáis las patas? –preguntó Gared.

—Sí, creo que son las traseras, no palpo la cabeza... imagino que estará en el otro lado.

—Agárralas cuando quiera empujar y tira de ellas –ordenó el mozo.

La doncella hizo lo que le indicaron y con la mayor fuerza posible sacó las patas hasta los muslos del animal. Gared y otro mozo los agarraron y continuaron el trabajo hasta que la yegua tras dar un último relinche expulsó al pequeño potro y lo lamió. Iona se emocionó y sonrió a Gared quien le correspondió con otra bonita vista de su cuidada y resplandeciente dentadura. Estaban agitados y manchados de sangre pero aquello fue algo tan espectacular que se olvidaron de todo.

—Gracias Iona, sin ti no lo podríamos haber conseguido –la abrazó y ella se quedó petrificada al oír que la trataba de tú—. De verdad, gracias.

—No se merecen, me alegro de que al final haya terminado todo bien.

El potrillo intentaba ponerse en pie pero caía. Lo intentó varias veces, con insistencia lo logró y enseguida se puso a mamar de su madre.

—Es lo más bonito que he vivido nunca –sonrió Iona.

—Pues me siento muy afortunado de haber sido parte de ello.

Se sonrieron con complicidad.

—Voy a bañarme o sino hoy la cena tendrá muy mal sabor –comentó.

—Por supuesto, no quiero que indispongas a nadie.

—Estaré en el río –le clavó la mirada.

Gared se quedó varios segundos pensativo. ¿Quería decir eso que tenía permiso para seguirla?

No estaba seguro pero disimuladamente, sin que nadie se percatara, la siguió. Por unos instantes la perdió de vista pero, pronto la divisó. Sus ropas estaban tendidas en una roca y ella sumergida en el río.

—¿Quieres matarme de un ataque al corazón? —preguntó mientras se desvestía.

—Nunca me lo perdonaría —sonrió Iona.

Se sonrojó en exceso cuando él se quedó completamente desnudo.

—Oh, señor... —desvió la vista inquieta.

El guerrero se adentró en las aguas y nadó para estar cerca de ella.

—Me gusta la Iona de siempre pero la que es atrevida me enloquece —susurró cerca de sus labios.

—Sé que esto no está bien.

—Iona...

—Dejadme terminar.

—No me llames más de tú, por favor, me mata. Me hace sentirte aún más lejos... —le acarició los brazos.

—Está bien, te trataré de vos únicamente en público.

—Gracias.

—Quiero decir que sé que esto no está bien. Seguramente pienses que soy una suelta o algo peor...

—No pienso eso —rio—. No seas boba.

—Gared, me duele mucho que vayas a casarte con Brenda. A pesar de ello he estado pensándolo días atrás con detenimiento y lo entiendo. Quiero tu felicidad, por ello sólo te pido una cosa y cuando lo consiga te dejaré en paz para que continúes tu vida, para que me olvides y te centres en tu esposa y en tu deber como guerrero.

—¿El qué?

—Yo... jamás voy a amar a alguien como te amo a ti y siempre quise entregarme a un hombre por amor. Quiero ser tu mujer. Quiero darte mi virginidad a ti. Estar entre tus brazos para que cuando ya no estés recuerde cómo era hacer el amor contigo.

—P—pero...

—¿Podrías aceptar sólo eso? No pido más. No te reprocharé nada más, te lo prometo.

—Mujer, nunca me voy a arrancar del pecho lo que siento por ti. No te cambiaría ni por Brenda ni por otra, nadie puede eclipsar el amor que nos une. Si alguna vez te he dicho algo irrespetuoso, únicamente ha sido por intentar alejarme de ti y es lo que menos quiero. Lo tengo claro. Me muero por tocarte y hacerte sentir lo que es el placer de la carne pero será una tortura

cuando no pueda tenerte más.

—Sólo será una vez –le besó los labios—, sólo una...

La aprisionó contra las rocas y la besó con pasión. Bajó por su cuello para acariciarlo con sus labios mientras tocaba los pechos de la joven.

—Con una vez no me bastará, siempre querré más de ti –le susurró el guerrero al oído.

Ella se aferraba a su mojada espalda, perdiéndose de amor. Notó como Gared guiaba su duro miembro a la entrada de su vagina y quería adentrarse en ella, pero estaba tan nerviosa en ese momento que le costaba penetrarla.

—Iré despacio, tranquila –intentó calmarla.

De repente, se oyó mucho jaleo, caballos a lo lejos relinchar que se aproximaban y voces de hombres. Ambos se separaron alarmados y Gared le ordenó;

—Escóndete, puede ser una emboscada.

Salieron del agua y pasó las ropas a la doncella. Él se vistió a toda prisa sólo con su camisa y cogió la espada. Iona asintió, hizo lo que le mandó y se escondió detrás de unas rocas grandes, se agachó y agudizó el oído. Rezaba para que su amor no corriera peligro mientras se vestía también. Gared vio que los hombres que se acercaban eran de su clan. Regresaban afanados a la fortaleza, parecía que uno de ellos estaba herido.

—¿Ese es James? –murmuró—. ¡¡Eh!! Muchachos, ¿qué ocurre?

—Señor, vamos con apremio hacia el castillo –dijo un guerrero—. Un jabalí nos atacó e hirió a James gravemente.

—¡Maldito puerco! –masculló éste retorciéndose de dolor—. Al menos lo maté y hoy cenaréis en mi honor.

—Id, deprisa. Deben curarle a tiempo antes de que derrame más sangre –dijo Gared al ver la herida en su costado.

Marcharon y él avisó a la muchacha.

—Iona, sal. No hay peligro.

—¿He oído bien? –preguntó asustada—. ¿James está herido?

—Sí, así es.

—Tengo que atenderle de inmediato.

—Iona... —la paró del brazo.

—¿Sí?

—No se me olvidará jamás lo que ha estado a punto de suceder entre nosotros.

—Podemos hacer que suceda en otro momento —le miró varios segundos y se fue apresurada hacia la fortaleza.

Capítulo 8

Sophie no paraba de llorar. Estaba desconsolada y con las manos temblorosas ayudando a Iona. El guerrero se encontraba con el torso desnudo y empapado por la fiebre en su lecho. Casi inconsciente y apenas hablaba, sino era para lamentarse y blasfemar.

—Sophie querida, es mejor que te marches, otra muchacha puede ayudarme –le aconsejó.

—No, no. Me niego a dejarle solo.

—Estás muy nerviosa y además...

—No Iona –dijo tajante—. Si fuera Gared ¿verdad que tú no te irías de su lado?

—Está bien –suspiró—. Pásame esas gasas y el ungüento, ya he acabado de coserle.

La joven le dio lo que le pidió.

—¿Crees que se salvará?

—Es un hombre muy recio y fuerte. Confiemos en que sí.

—Oh... —gimoteó—. Si él muere ¿qué haré yo? Moriré también de tristeza.

Se dejó caer en el hombro de la doncella devastada y lloró más fuerte. Iona, lo único que pudo hacer fue darle su apoyo con palabras de aliento.

—Sophie, ahora no puedes ponerte así ¿lo amas, cierto?

—Sí.

—Pues entonces ves a las cocinas y prepara una taza de caldo, debe comer cuando recupere un poco más la conciencia. Ha perdido bastantes fluidos.

—¿Traigo más paños húmedos? –preguntó limpiándose las lágrimas de sus mejillas.

—Sí, eso estaría muy bien. Hay que ir cambiándoselos con frecuencia.

—Descuida, yo me encargaré –añadió saliendo por la puerta.

—Debes recuperarte James, debes hacerlo por Sophie –dijo en voz baja.

Sophie e Iona salieron junto a un par de guerreros. Cabalgaron hasta el pueblo para comprar nuevas hierbas y preparar más ungüentos. James seguía con fiebre alta y delirios. Ambas se encargaban de atenderle y cambiarle con frecuencia las vendas para que no se infectaran. Sophie se encargaba de darle de comer pero apenas tenía apetito. Iona se paró a mirar unos preciosos brazaletes y perdió de vista a su compañera y a los hombres. Se espantó cuando no los vio y se alejó para intentar volver donde habían dejado los caballos pero se perdió. De pronto, unas manos la agarraron por la cintura y otras le taparon la boca. Ella se revolvió y dio unos codazos a quienes fueran que la habían atrapado.

—¡¡Ah!! —gimió de dolor uno de ellos pues le dio en la boca del estómago.

—Te vendrás con nosotros, furcia —rió uno de ellos asestándole una bofetada—. Te venderemos a cambio de unas buenas monedas.

—¡Soltadme bastardos!

—Antes abusaremos de ti —le manosearon los pechos.

Sin más miramiento, alguien clavó una daga en los riñones del bandido que sujetaba a la doncella y cayó al suelo agonizando. El otro, al ver semejante escena salió despavorido suplicando que no le matara y consiguió huir.

—¿Estáis bien muchacha? —preguntó su salvador.

—Sí —respiraba atemorizada—. Gracias por ayudarme.

—No deberíais andar sola ¿sois una Sutherland?

—Vivo aquí pero en realidad llevo el apellido de los MacKinnon.

—Tened más cuidado la próxima vez, lady MacKinnon.

—No soy...

—Sois muy bella y los hombres débiles.

Capítulo 9

—...Y un hombre me ayudó. Le clavó su daga a uno de ellos y lo mató, el otro salió corriendo como un perro —relató el incidente.

—¡Maldita sea! —espetó Gared—. Si hubiera estado allí los hubiera ahogado con mis propias manos.

—Lo siento...

—¡Debiste prestar más atención y no separarte de Sophie ni de los demás!

—Lo sé y ya te he pedido disculpas.

—¿No te das cuenta? —preguntó cogiéndole las manos—. Si te pasara algo, enloquecería de dolor.

—Tendré más cuidado —concluyó—. Ahora debo continuar sirviendo a los demás y tú regresar al salón, no quiero que nos vean juntos.

Gared le dio un corto beso y marchó de las cocinas, topándose con Sophie en la entrada.

—¿Cómo sigue James? —preguntó.

—Más o menos igual, la fiebre le sube sobre todo a estas horas y apenas come —dijo cabizbaja.

—Es terrible... —negó con la cabeza—, pero no perdamos la fe.

—Yo estoy a punto de hacerlo... —se le derramaron varias lágrimas y se fue apresurada.

Gared, se hacía cargo de las responsabilidades del castillo mientras Daniel estaba ausente. Él mismo presidía la mesa y una noche más inició la cena junto a todo el clan. Estaba muy preocupado por el delicado estado de salud de James. Además de un gran guerrero eran amigos. Absorto en sus pensamientos, no vio llegar al hombre que acompañaba a otro del brazo y se paró ante él. Se percató que llevaba el tartán de los Gunn y se tensó.

—Mi señor, hemos encontrado a este hombre merodeando por el exterior del castillo —informó.

—¿Quién eres y porqué irrumpís en nuestra fortaleza? —preguntó autoritario, Gared.

—Soy Leonard, un simple mensajero del laird Christopher Gunn —aclaró—, mi señor me ha hecho venir de inmediato para daros un comunicado urgente.

—¿De qué se trata?

—Está en disgusto por la espera de vuestro casamiento con lady Brenda –añadió–, exige que vayáis de inmediato y cumpláis vuestra palabra.

—Él mismo sabe que aplazamos el compromiso por la partida de mi hermano y su señora hacia las tierras de MacKinnon –comentó.

—Así es y por ello estoy aquí –agregó–, no le importa si venís vos solo o acompañado, os quiere con apremio para desposar a su hija de una vez.

—¿Y ahora qué hacemos? –murmuró Niamh.

Gared resopló enfadado por todos los problemas que se avecinaban. Quería alargar como fuere la dichosa unión con Brenda.

En ese momento Iona tiró sin querer una bandeja que sostenía, llena de platos sucios y jarras haciendo resonar por toda la sala. Abochornada, se arrodilló y empezó a recoger el estropicio cuando Sophie se acercó a ella y la ayudó. Sus cabellos le tapaban la cara, que la tenía baja, no podía mirar a su alrededor, sabía que si lo hacía sus ojos irían a parar a Gared. Apretaba el delantal con rabia aguantándose las ganas de llorar. Sophie sabía el porqué de sus nervios y le preguntó;

—Iona, ¿estás bien?

—Perfectamente –murmuró–, trae paños de las cocinas.

—Ya os hecho una mano –dijo otra mujer arrodillándose para fregar–, mujer no llores, a mí se me han caído muchas bandejas –rio.

—Disculpadme, me siento indispuesta –salió de la sala.

—Decidle a vuestro señor que no partiré hasta que el laird de este clan regrese –expuso Gared.

—No puedo volver con esa noticia, mi señor se encolerizará –replicó el buen hombre.

—Ese no es mi problema, no voy a desacatar las órdenes de mi hermano –agregó–. Podéis quedaros esta noche en Dunrobin mañana partiréis con mi mensaje al alba.

Leonard asintió resignado.

—Gracias por vuestra hospitalidad –le hizo una reverencia.

La doncella se metió en las cocinas hasta que se concluyó la cena. No quería pasearse por allá, simplemente no tenía fuerzas, quería llorar y desaparecer. ¿Cómo iba a resistirlo cuando esa mujer se fuera a vivir con ellos a Dunrobin? Enloquecería al verla diariamente junto al hombre que amaba compartiendo su tiempo y su vida, eso sería una tortura para ella.

Cuando acabó su trabajo y todo se hubo recogido, las mujeres se fueron con sus maridos a su hogar y ella se sintió sola. Apagó las velas de la estancia y cerró la puerta para dar un corto paseo antes de ir a dormir. Se tapó su cuerpecillo con una capa azulada y paseó por el patio de armas. Se imaginaba a Gared luchando contra uno de sus hermanos, ella siempre le miraba sin que él se diera cuenta y, si ambas miradas se encontraban Iona disimulaba y se iba a atender a otro lado. Lo que más le agradaba de su guerrero, a parte de sus ojos azulados era sus cabellos dorados y las ondas que le caían. A menudo se recogía la mitad de su pelo en un moño alto y cuando entrenaba duro los mechones más claros de su flequillo caían en su frente dándole un aire muy sensual. Continuó el camino hasta llegar a los establos y se sentó en una roca. Gared la observaba en silencio, pues, como la joven necesitaba aire fresco. No sabía si iba a soportar estar con lady Brenda y ver sufrir a Iona. Se percató de lo nerviosa y ausente que había estado esa noche y en especial cuando ese hombre, Leonard, le había apremiado para que le acompañara a la fortaleza de Clyth.

En ese momento, la brisa nocturna le hizo llegar sollozos, y tal y como llegaron se metieron en el corazón del *highlander* hiriéndole más aún.

¿Por qué no he podido posar mis ojos en otro hombre? ¿Por qué si no puedo tener a Gared, he tenido que enamorarme de él?

Una mano se posó en el hombro de la joven y se giró espantada.

—Tranquila, soy yo.

—Me has asustado —dijo limpiándose las lágrimas.

—Le he dicho a ese hombre que no me iré a ningún lado hasta que Daniel y Elea regresen.

Ella asintió.

—Pues entonces que se queden en Dunakin para siempre —hizo un esfuerzo de sonreír.

Los dos se miraban absortos y el guerrero la besó en un arrebato. La tomó de la cintura y la alzó. Con la otra mano libre abrió la puerta de las caballerizas empujándola hacia el interior, donde guardaban el heno para los animales. Ambos eran incapaces de resistirse a lo que sentían. El fuego de su amor los envolvía y querían más el uno del otro. Iona jadeó al sentir la boca del guerrero cómo viajaba por su cuello.

—¿Quieres que ocurra ahora? —preguntó Gared.

—No malgastemos más el tiempo y hagamos que suceda.

La sentó en una paca de paja y deshizo los lazos del corpiño de su vestido para dejar al aire sus lozanos senos. Lamió uno de los pezones haciendo crecer la excitación de joven, rodeó con su lengua la areola y repitió la misma acción con el otro. Los acarició y los pellizó para llevárselos de nuevo a la boca mientras que Iona gemía lo más bajo posible para que no fueran descubiertos. Subió las faldas de la joven para tocar con las yemas de los dedos su húmeda intimidad y hundirlos en su interior.

—Dios mío... —gimió ahogadamente.

Continuó masajeando su sexo e Iona sintió morir de gozo. Jamás había sentido tanto placer. Era algo completamente nuevo para ella y quería más.

—Me da vergüenza quedarme desnuda ante ti.

Él esbozó una sonrisa y añadió;

—El otro día también estábamos desnudos.

—Pero bajo el agua.

—Pues entonces no continuaré, no quiero incomodarte.

Iona puso una cara de incertidumbre que hizo reír al guerrero.

—Se puede hacer el amor con la ropa puesta, estimada —comentó—, aunque no es lo mismo.

—Yo no sé bien como se hace... nunca he estado con un hombre —murmuró tímida.

—Me imagino.

—Me tendrás que enseñar —se apresuró a decir—. Debes saber mucho, eres mayor que yo seguro que has tenido relaciones con otras muchachas.

—¿Cuántos años tienes, Iona?

—Veintitrés.

—Tenemos la misma edad —sonrió—, pero sí, he de reconocer que tengo más experiencia.

—Ya lo pensaba.

—¿Te decepciona eso?

—No, no, es mejor así pues no sé por dónde hay que empezar.

Gared le acarició la mejilla y acercó su boca a la suya para saborearla nuevamente.

—Empecemos así... —susurró.

Rato largo se pasaron besándose, Iona se sintió pletórica de estar junto al *highlander* y tenía ansias porque posara sus manos de nuevo en ella. Se pusieron de pie ambos, él le acabó de quitar las ropas. Iona estaba

concentrada en el momento que estaba viviendo y quería entregarse, apartando el temor de su mente, se desnudó por completo dejando al guerrero sin palabras ante su cuerpo.

—Eres tan perfecta...— le rozó los senos y con las yemas de sus dedos tocó sus pezones poniéndolos erectos.

Iona cerró los ojos sintiendo una excitación que nunca había experimentado. Gared se quitó la camisa dejando su pecho desnudo, ella recorrió su piel aferrándose a él. Fue cuando su suave masculinidad tocó el muslo de la joven, ella miró hacia abajo y rompiendo el halo que se había formado entre ellos exclamó;

—¡Dios mío! —se giró avergonzada.

Esta parte nunca la nombraron mis abuelas...

—¿Qué ocurre? —preguntó con cariño.

—Yo... no sé si... —balbuceó mirándole de reojo—, es más grande y grueso ahora, me harás daño.

—No, iré despacio, te lo prometo.

La posó sobre su tartán, que previamente lo había extendido sobre la paja. Iona se estiró mientras el guerrero intentaba relajarla recorriendo su vientre, perdiéndose entre sus rizos pelirrojos. La joven arqueó su espalda y se mordió el labio inferior cuando notó su húmeda lengua en el botón de placer.

—¿Esto no es pecado? —preguntó agitada.

—¡Bendito pecado el mío! —bramó.

Gared, excitado por los dulces sonidos que salían de la garganta de Iona quería hacerla suya.

Deslizó su hombría en la entrada de su cavidad, para ir introduciéndola con suavidad, no quería lastimarla en exceso.

—Iona tengo que seguir —susurró con ternura—, ¿estás bien?

—Sí —dijo nerviosa—, no dejes de besarme.

Con toda la delicadeza posible, Gared traspasó la pureza de la muchacha, se llevó con sus labios los jadeos de dolor para calmarla y demostrarle cuánto la amaba.

Iona intentó no pensar en la molestia que experimentaba en sus entrañas y, queriendo más se movió junto a él para invocar juntos un estado idílico de satisfacción. No tardó mucho en percibirlo, ese guerrero llevaba en su sangre la maestría del placer. Sus embestidas rítmicas nublaron el sentido a Iona.

—¿Es normal esto que siento? —preguntó jadeante.

—¿Qué sientes?

—Algo en mi quiere... estallar.

—Yo también lo siento, pero esperaré a que lo hagas tu primero.

—¿Por qué?

—Es una cuestión de hombría.

—Pues... no puedo... aguantarlo más...

Iona, junto a sus gemidos agudos sintió por primera vez, lo que era llegar a la culminación de un sentimiento que no apareció hasta que Gared la rozó con sus manos.

Definitivamente esto mis abuelas no me lo habían contado.

Capítulo 10

Sus vidas cambiaron por completo. Gared e Iona se sentían hechos el uno para el otro, ahora que ya se habían entregado en cuerpo y alma. Sus deseos más profundos, sus sentimientos más anclados florecieron para dar rienda suelta a su pasión en las noches. Cuando todos allá dormían. Cuando nadie les veía y se podían quitar las máscaras y las etiquetas de doncella y guerrero, ahí es cuando solamente eran amantes y profundizaron en sus vidas para conocerse realmente como cualquier pareja.

—Ojalá pudiera parar el tiempo y estar así eternamente –susurró Iona.

—Eso sería increíble –dijo Gared.

Habían hecho el amor y yacían en el lecho de éste como marido y mujer.

—Sabes una cosa, he escrito varias frases en este papel –se levantó y lo fue a buscar entre sus ropas.

—¿Qué has escrito? –preguntó curioso—. ¿Un poema?

—No. Me inventé expresiones para cuando no podamos decirnos lo que sentimos en público.

—Eres muy ingeniosa –esbozó una sonrisa y se retiró los mechones de la cara.

—Mi hermana pequeña Rose también lo era.

—Me hubiera gustado conocerla.

—Mejor no hablemos de ella... me entristece mucho pensar en lo que le pasó... la echo de menos.

—Perdón. Estabas a punto de enseñarme tus citas. Quiero verlas.

—Toma –entregó un papel y volvió a taparse con las mantas—. Léelo quiero saber si te agradan.

—Veamos...

*Te amo; Hay corazones que son de oro.
Estas muy guapo/a; El sol reluce en el cielo.
Quiero hacerte el amor ahora mismo; Hoy saldrá el arco iris.
Te echo de menos; Va a caer una tormenta.
Adoro tu sonrisa; Nos sonrían las estrellas.*

—Eres muy romántica –la besó—. Me las aprenderé. ¿Quién te enseñó a

leer y escribir?

—Elea.

—Lo suponía.

—¿Entonces te parece bien?

—Sí, es perfecto. Si se me ocurren más te lo haré saber pero antes...

—¿Antes qué?

—Antes saldrá el arco iris.

Con mucho sigilo Iona abrió la puerta de la alcoba de Gared y salió de puntillas al pasillo. La cerró y cuando se giró para dirigirse a su habitación se topó con el rostro de lady Elisabeth.

—¡Por el amor de Dios! —exclamó en voz baja—. Creía que me apreciabais, casi muero de un susto.

—¿Tan poco agraciada soy? —rio la mujer.

—¿Qué hacéis aquí, Elisabeth?

—Mejor dicho que haces tú ahí —señaló con la mirada la puerta de la recámara de su hijo.

—¿Y—yo? Em... Yo me dirigía a ver a James, no sé de qué me habláis.

Elisabeth rio de nuevo.

—¿Os habéis creído que soy estúpida tú y mi hijo?

—No, no, en absoluto.

—Qué yo también he sido joven muchacha y he traído a tres varones al mundo —señaló con los dedos de la mano, orgullosa—. ¿Cómo te piensas que los hice?

Iona se mantenía en silencio, no sabía que decir.

—No sé si recuerdas que mi recámara está justo al lado...

La doncella tragó saliva, no sabía dónde meterse. Quería salir corriendo de lo bochornosa que era aquella situación.

—No me juzguéis mal, lo siento... me apena mucho esto pero yo amo a su hijo y no he podido evitar...

—Sh, calla, calla. Sólo venía a avisaros.

—¿Avisarnos?

—Sí, a deciros que una quiere dormir y que bajéis la voz. Nada más. —le guiñó un ojo y se fue.

No podía creer esas contestaciones y se quedó perpleja varios minutos allá. Caminó hacia la alcoba de James, la puerta estaba entreabierta. Se asomó y vio cómo Sophie estaba sentada al lado del guerrero y ambos se unían en un beso. No quiso interrumpir aquella intimidad y pensó en que a la mañana siguiente le pediría explicaciones a su amiga.

—...Y me besó –concluyó Sophie.

—¿Así, de pronto? –preguntó Iona sin parar de comer su desayuno, absorta en lo que la muchacha le contaba.

—Fue tan dulce y tan hermoso... aún siento sus labios en los míos –sonrió ilusionada.

—Entonces, ¿James te comentó que nos había oído a las dos hablar cuando le curamos aquél día de su accidente con el jabalí?

—Sí. Dijo textualmente; Sophie, gracias a ti me estoy recuperando de mis fiebres y aún sigo con vida. Sé que me amas y yo he sido un tonto por no darme cuenta. Eres maravillosa...

Iona y Sophie gritaron emocionadas como dos adolescentes.

—¡Cuánto me alegro! –suspiró la doncella.

—Debo ir al río a lavar las ropas más tarde hablamos.

—Nos vemos.

Capítulo 11

Cascos de caballos se aproximaban a lo lejos, cada vez más cercanos a la fortaleza. Los primeros en cerciorarse quienes eran los visitantes fueron los guerreros encargados de vigilar todo el perímetro, allá en las torres. Enseguida dieron el aviso a Gared pues ya habían reconocido el tartán que llevaban y éste les recibió junto a su hermano, maldiciendo el atrevimiento y la constancia de ese laird tan sosegado. Ambos estaban desaliñados ya que les habían sorprendido en mitad del entrenamiento y estaban completamente sudorosos y malolientes. Con los cabellos alborotados y sucios.

—Disculpádnos por nuestras fachas —le hizo Gared una pequeña reverencia con la cabeza—, nos sorprende vuestra visita.

—No entiendo por qué —replicó Christopher algo pedante—, sabéis que tengo apremio en desposar a mi bella hija Brenda.

—No podíamos partir sin la autorización de nuestro hermano —comentó Niamh—, él aún no ha regresado.

—Bueno, no creo que tengáis ningún problema en que nos quedemos hasta que venga Daniel ¿no? —miró a Brenda y ella sonrió tímida—, así podréis conoceros mejor.

—Claro, será un placer teneros en nuestra fortaleza —se resignó Gared a decir.

Mientras ésa conversación se llevaba a cabo, Sophie, quien se había enterado de todo lo que hablaban corrió hacia donde se encontraba Iona, en cocinas.

—Pst... pst... Iona —susurró—, corre, ven, han llegado los Gunn.

—¿¿Qué?! ¿Lo dices en serio?

—Sí, sí. Allá fuera está Brenda junto a su padre y varios guerreros. Dicen que se hospedarán hasta que Brenda y Gared se desposen una vez venga mi señor.

—No sé si deba ir a recibirles...

—Están todas las muchachas, tú eres la ama de llaves debes presentarte. Iona dudosa, salió del brazo de Sophie.

—Si te digo que el corazón se me va a salir del pecho ¿me crees? —preguntó Iona caminando deprisa.

—Sí, te creo.

—Espera —la paró detrás del muro—, no puedo verles juntos...

—Sí que puedes. Si yo he podido aguantarme todos estos meses las ganas de decirle a James cuanto le amo y lo bobo que era por no darse cuenta tú puedes fingir que no existe nada entre vosotros. Además, piensa que Gared te ama a ti. Sólo a ti.

Sophie la cogió de la mano y la estiró para que salieran de ese escondite, se pararon las dos enfrente de las demás sirvientas.

—Tenéis una hija realmente hermosa, señor —besó la mano a lady Brenda—, me siento afortunado de que me hayáis elegido a mí para entregármela en matrimonio.

Iona tragó con dificultad al oír tales palabras, aún sabiendo que no eran ciertas le dolía escucharlas.

—Sed bienvenida, milady —le hizo una perfecta reverencia Sophie—, estaremos encantadas de atenderos.

Es muy bella... Pensó Iona al fijarse en su rostro. Blanquecino y terso. De melena negra azabache y ojos verdes como esmeraldas.

—¿Y tú? —enarcó Brenda una ceja.

—Em... —balbuceó Iona al ver que la miraba a ella—, ¿Yo qué milady?

—¿Por qué no me saludas como es debido?

—Disculpad —le hizo una reverencia—. Sed bienvenida a Dunrobin soy...

—Bien, bien —sonrió forzosamente y le hizo un *desaire* con la mano—, que lleven una bañera a mi alcoba quisiera darme un baño y relajarme —se alejó para entrar a la fortaleza del brazo de su padre.

—Enseguida, milady —asintió mirando hacia el suelo y seguidamente a Gared.

La primera noche con los Gunn fue caótica.

—A ver ¿quién a ha cocinado esto? —preguntó Brenda con asco desde su silla.

Gared y Niam se miraban absortos y Elisabeth rezaba porque a aquella muchacha no se le hubiera metido el demonio en el cuerpo de lo bipolar que se mostraba. Su rostro era angelical y sus formas también, pero cuando algo no estaba de su agrado montaba un espectáculo sin importarle lo más mínimo quien estuviera presente.

—Mi—milady —murmuró Juliette—. Iona se encarga de supervisar...

—Relájate estimada —aconsejó su padre.

—¡Qué alguien me diga qué narices hace este hueso en mi sopa! —gritó histérica.

Iona entró apurada a la sala pues otra sirvienta le avisó de lo que ocurría.

—Milady —le hizo una reverencia con la cabeza.

—¿Cómo has hecho? Haz una reverencia como es debido ¿es que nadie te lo ha enseñado, doncella?

Ella apretó las manos en su delantal y miró a Gared que respiraba muy ofuscado por ese comportamiento.

—Te estoy hablando, ¡contesta!

—Lo siento —hizo de nuevo una perfecta reverencia—. Yo misma he hecho la cena junto a las demás mujeres. Todas participamos y yo le doy el visto bueno.

—Pues aquí hay un trozo de hueso ¿quieres matarme? ¿Eres una asesina?

—Lo lamento mucho, ha sido un error y no volverá a suceder. Os pido disculpas de nuevo —hizo un amago de retirarse.

—Espera.

Iona se paró. Brenda deslizó el plato sobre la mesa con fuerza y lo tiró al suelo haciéndolo añicos y derramando el caldo. Todos se quedaron helados.

—Recógelo —ordenó con voz autoritaria.

—En seguida, milady.

Capítulo 12

La mayoría del servicio le presentó sus quejas en privado tanto a lady Elisabeth como a Gared. Se mostraban muy ofendidos por ese comportamiento y éste les pedía una paciencia que ni él mismo tenía. No la soportaba, ni a ella ni a su clan. Detestaba y maldecía la hora en que pactaron unirse a ellos. Ahora vivir en Dunrobin se había convertido en un martirio. Lady Brenda se dedicaba a ensuciar, a quejarse por todo, nada le agradaba y apenas prestaba atención a Gared. Se comportaba como una verdadera niña malcriada. Era insufrible, todos allá se percataban.

—¡Dios mío, sólo lleva aquí tres días y es insoportable! —exclamó Iona al borde de la desesperación.

—¿Insoportable? —dijo Sophie con ironía—. Insoportable es aguantar las picadas de las pulgas en verano, esa mujer es soberbia, mandona, arrogante... ¡lo tiene todo!

—Oh... —entró Juliette, por la puerta de cocinas llorando—, no puedo más.

—¿Qué te pasa Juliette? —preguntó Iona.

—Lady Brenda me pidió que le trajera un ramo de flores frescas cada mañana y así lo hice.

—¿Y por qué lloras? —cuestionó Sophie.

—¡Me pegó!

—¿¡Qué!?! —exclamaron a la vez.

—Sí, me pegó porque en una de ellas había una avispa y comenzó a chillar y a llamarme estúpida y muchas más cosas que no quiero repetir.

—¡Se acabó! —gritó Iona dejando un paño sobre la mesa de mala manera—, ¡Ha colmado mi paciencia! —se quitó el delantal.

—¿A dónde vas Iona?

—No voy a permitir un insulto más ni mucho menos que nos agreda, a mí me llamó lerda y vaga ¡a mí! —repitió— y a ti te dijo que eras tan paradita que parecías una aprendiz.

—Nunca nadie me había pegado —sollozó Juliette.

Sophie se quedó consolando a la muchacha cuando Iona salió disparada a enfrentar a aquella mujer. Ya de por sí la detestaba por haberse entrometido

entre ella y Gared, más aún cuando se percató qué clase de mujer era. La buscó por toda la fortaleza y la vio allá sentada en los jardines junto a sus doncellas tomando aire fresco y charlando de cosas banales.

—Milady –interrumpió Iona—, me gustaría poder conversar con vos de un asunto importante.

—Ahora no –la miró de reojo.

—No os quitaré mucho tiempo –insistió.

—He dicho que ahora no, estoy ocupada ¿no lo ves?

Iona se puso delante de ella y dijo enfadada.

—¡Me importa poco si estáis ocupada o no! No es justo que nos insultéis ni mucho menos que nos agredáis. Sólo pretendemos que os sintáis cómoda aquí.

—¿Cómo te atreves a hablarme de este modo?! –se escandalizó y le dio una bofetada.

—¿Y tú cómo te atreves a pegar a Iona?

—¿Quién... eres...?

—Yo soy la señora de Dunrobin, así que trátame de vos –Elea la miró de arriba abajo—. Espero que no se vuelva a repetir estas actitudes impropias de una dama porque si no, me importará poco si sois o no mi futura cuñada en cuanto al castigo que os impondré.

Lady Brenda fulminó con la mirada a Iona y se marchó de allá ofendida.

—Oh... Elea... —la abrazó—, te he echado tanto en falta.

—Y yo a ti.

—¿Acabáis de regresar?

—Sí, me asomé por las cocinas cuando Sophie me contó lo que estaba pasando. No permitiré que nadie te haga sentir mal. ¡¿Quién se cree esa mujer?!

—Gracias... tengo que contarte tantas cosas que tú no sabes... —dijo regresando al castillo.

—Te escucho.

Iona le puso al día de todo lo que había vivido desde que Elea no estaba allá y todo lo que ocurrió con Gared. Le habló de la carta que mandó su madre y que ella misma escribió, de las noches de pasión junto a él, de sus discusiones y de todo lo que sus corazones sentían.

—Sabes que yo estoy contigo –le cogió Elea de las manos.

—Lo sé, gracias amiga.

—¡Iona cuánto me agrada verte de nuevo! —interrumpió Daniel con Kenneth en sus brazos.

—Mi señor, a mí también me alegra veros —sonrió—, oh, vuestro hijo se parece mucho a vos, tiene vuestros mismos ojos azules —le dio una caricia—. Hola Kenneth ¿te vienes conmigo?

El niño esbozó una sonrisa y se fue con Iona.

—¡Vaya, pesas más que antes!

—No sabes cómo come —rio Elea—, se parece a su padre.

—¿Cómo has dicho? —preguntó éste con sorna.

—Es igual de tragón que tú, mi amor —se carcajeó Elea haciendo sonreír al laird.

—Por cierto, Morgana y Darren te mandan saludos —dijo Daniel—, les he invitado para que vengan cuando quieran a Dunrobin.

—¡Oh, eso sería maravilloso me encantaría conocer al pequeño Logan!

—Es igualito que Morgana, rubio y con ojos verdosos, un amor de niño —comentó Elea.

—Daniel hijo, Elea querida —dijo lady Elisabeth—, que bien que hayáis regresado, estoy indignada con tu hermano.

—Mira que le gusta meterse en líos a Niamh, ¿qué ha hecho esta vez?

—No, no se trata de Niamh —negó con la cabeza—, ¡ojalá fuera eso! Se trata de que los Gunn se han instalado aquí y esa muchachita Brenda se cree la dueña y señora de todo.

—¿Cómo?!

En ese momento salía Gared.

—A ver explícame eso de que Christopher está aquí con su hija —dijo Daniel cruzándose de brazos.

—Era eso u obligarme a ir con ellos a Clyth —contestó.

—Quedamos en que cuando regresáramos de Skye iríamos para allá todos.

—Quiere sellar la alianza cuanto antes.

—Esa estúpida acaba de pegar una bofetada a Iona —comentó Elea.

—¿Qué?! —exclamó Gared.

Iona asintió con la cabeza.

—¡¡Es el colmo!! —se llevó Elisabeth las manos a la cabeza—. ¡¡Jamás había pasado algo así en esta casa!!

Capítulo 13

—Oh Dios qué tragedia... —dijo Brenda dramática entrando por la puerta del comedor.

Iona que rondaba por la sala supervisando que todo estuviera preparado para la cena, la escuchó quejarse y preguntó amablemente;

—¿Os ocurre algo malo, milady?

—He perdido un anillo... —se apenó.

—¿Lo habéis perdido? ¿Dónde? —miró hacia el suelo.

—Fui a pasear por la playa, se me debió caer por allá donde las rocas.

—Lo lamento mucho...

—Era tan importante para mí, sabes, perteneció a mi tatarabuela y fue pasando de generación en generación hasta caer en mis manos —lloró—, y yo lo he perdido.

—Si queréis yo os puedo ayudar a buscarlo —propuso.

—Oh, no lo merezco, te traté tan mal días atrás... que bochorno —comentó.

—Mi actitud tampoco fue la correcta os pido perdón.

—Está bien —sonrió—, si lo encuentras estaré muy agradecida contigo.

—¿Qué aspecto tiene?

—Es un anillo de oro con dos piedras una blanca y otra de color ámbar —detalló.

Iona, que era pura bondad, le supo mal que Brenda perdiera ese anillo tan apreciado de su familia y salió a buscarlo en cuanto acabó sus faenas. Antes de que todos bajaran a cenar.

Anduvo por el camino de tierra hasta llegar a la playa, según la joven lo había perdido por las rocas y se dirigió hasta ellas. Buscó y buscó pero no encontraba nada, aquello sería una tarea muy difícil. Sin embargo, ella no desistió y continuó merodeando por allá por si aparecía.

Por otro lado, en el salón ya cenaban todos reunidos. Esa noche abría una fiesta de celebración por el inminente enlace, Daniel tenía que dar buena imagen y reír las gracias a aquél laird tan pacífico. No le gustó nada que se presentara así como así, de la noche a la mañana pero agradeció a Gared que no le hubiera desobedecido. Tanto él como Niamh sospechaban del amor que

se traía con Iona, opinaban que no era correcto. No porque no apreciaran a la joven, sino porque tenía que cumplir con su deber y sellar de una vez ese pacto. Gared le puso al día de todo lo que había ocurrido en su ausencia y se alarmó mucho cuando se enteró que James había estado tan grave de salud. Por suerte, el guerrero ya no tenía fiebres tan elevadas y su herida cicatrizaba con mejor aspecto con el transcurso de los días. Continuaba en reposo y recuperándose de su estado con lentitud pero con más ganas que nunca al tener a Sophie a su lado.

—¿Entonces en unos días se celebrará la boda? —preguntó Elea en voz baja a su marido.

—Así, es.

—¿Y tendremos que lidiar con esa mujer?

—Shh querida, que te pueden oír.

—Me cae muy mal, pegó a Iona, yo estaba delante.

—Sí... madre dice que todas las muchachas están en disgusto.

—La que le espera a tu hermano y a nosotros —cuchicheó Elea—, tendrías que hablar con él, que se replanteara su futuro.

—Sabes que todo debe continuar como hasta ahora.

—Se avecina una buena tormenta —dijo Niamh al oír un trueno.

—Sí, el cielo está gris y corre mucho viento —comentó Gunn.

—Sophie, querida ¿dónde está Iona? —preguntó Elisabeth—. ¿Por qué no está con nosotros?

—La verdad no lo sé lady Elisabeth —respondió—. Se fue hace más de dos horas y no ha vuelto.

—Qué extraño... —murmuró Elea—. ¿Y no te dijo a dónde iba?

—No mi señora.

—¿Qué es lo que os hace gracia milady? —cuestionó en voz baja Gared a Brenda.

—Oh, no nada... recordaba una anécdota que me contó esta mañana mi doncella.

Cuando concluyó la cena y todos quedaron satisfechos, dieron paso al inicio de la fiesta. Las sirvientas iban y venían de las cocinas rellenando las jarras de cerveza y whisky. Aquellos guerreros eran insaciables, nunca se hartaban de beber. Muchos de ellos, coqueteaban con las jovencitas y las invitaban a bailar al centro de la sala.

Gared estaba inquieto, Iona no volvía. ¿Quizá se había ido a descansar

porque estaba enferma? ¿Estaría disgustada por la presencia de lady Brenda y por ello no estaba presente?

Él también se sentía agotado, lo último que quería era estar allí haciendo el papel de futuro marido. Iba a decirle a Brenda que se retiraría, por un fuerte malestar de cabeza cuando oyó perfectamente lo que hablaba con sus doncellas.

—Esa pelirroja estúpida se creyó el cuento del anillo —rio y las demás con ella.

—¿Y qué hizo?

—Salió a buscarlo, allá debe estar todavía —se carcajeó.

—¿De qué habláis? —preguntó Gared serio, detrás de ellas.

—Oh, querido, de nada sólo...

—¿Dónde está Iona?! —espetó con dureza.

—Ella... oh...

—¿¡¡Dónde!!?

—En la playa. Le dije que fuera a la playa...

—¿Por qué motivo?! —voceó llamando la atención de algunos guerreros

—. ¿Para burlaros de ella?!

—No... yo...

—Cómo le pase algo a *esa pelirroja* sabréis quien es Gared Sutherland —alegó marchándose.

—¿Por qué os preocupáis tanto por ella, eh? —inquirió ofendida.

Gared se giró, la miró con rudeza y pensó;

Porque la amo más que a mi propia vida.

El *highlander* salió a toda prisa del castillo, muy ofuscado por la situación. Iona estaba en peligro y él sin saberlo, por culpa de aquella mujer y de sus retorcidas mentiras. La lluvia caía tan intensamente que apenas podía ver nada, quedó empapado al instante. La niebla también estaba presente y le nublabla la vista, desorientándole. El cielo se iluminaba de vez en cuando por rayos que parecían las raíces de un árbol, alumbrando su alrededor. Bajó hasta la playa guiándose de su intuición y corrió hacia donde estaban las rocas rezando para encontrarla allí cobijada. Fijó la vista y no vio a nadie. El mar picaba las piedras con fuerza, estaba muy revuelto y las olas eran casi

gigantescas.

—¡¡Iona!! —gritó con todas sus fuerzas.

Se adentró entre las piedras como pudo, sosteniendo los pies con fuerza procurando no resbalar y usando sus manos también de apoyo. Mirando cada rincón sin perder detalle.

—Iona... —murmuró al verla.

La joven se encontraba inconsciente con un golpe en la sien. La cogió entre sus brazos y la llevó con sumo cuidado a una zona más resguardada, donde las ramas de los árboles no dejaban caer con tanta energía la lluvia.

—Iona, despierta —la zarandeó dándole su calor—, ¡por los clavos de Cristo no me dejes! —lloró.

Le besó los labios y le pasó su oxígeno. Seguidamente con sus manos le masajeó el centro del pecho. Repitió la acción varias veces más cuando Iona tosió y escupió el agua que había tragado.

—Oh, gracias al cielo —la abrazó.

—¿Gared? —dijo desorientada—, me duele la cabeza —se tocó la herida.

—Tranquila, amor mío —la cogió de las mejillas y la besó—. Ya estoy aquí contigo, no permitiré que nada malo te ocurra.

—Lo siento, fui a la playa porque lady Brenda me dijo que había perdido un anillo, lo estuve buscando pero no lo encontré, luego empezó a llover y no pude volver, estaba desorientada. Las olas me alcanzaron y me golpeé contra una roca.

—Era todo mentira, se lo inventó para fastidiarte.

—¿Qué?

—Sí.

—¡Maldita sea! —masculló—. Se ha mofado de mi otra vez.

—Iona, estimada —la cogió de los brazos—, no voy a desposarme con ella.

Iona se paralizó al oír eso.

—¿Te has dado un golpe en la cabeza tú también? —preguntó incrédula.

—No —rio—, eres lo más importante que tengo en mi vida. No sabes el miedo que pasé pensando en que te podía perder.

—Gared...

—Sé que es una locura pero —suspiró—, fuguémonos. Vayámonos lejos, al menos por un tiempo hasta que todo se normalice.

—¿Irnos a dónde?

—A donde sea, pero juntos.

—Pero ¿qué pasará con tu hermano, el clan? —preguntó nerviosa—. El laird Christopher te buscará hasta matarte por el desacato. Se desatará la guerra de nuevo si los Sinclair y los MacLeod se enteran que ya no hay pacto...

—Si fuera así, volvería al lado de Daniel para luchar —dijo muy seguro de sí mismo—. Pero no voy renunciar a ti, ni mucho menos casarme con Brenda. No lo pienso hacer.

—No sabes cuánto tiempo llevo esperando oír eso —le besó.

Después de entregarse el uno al otro, se quedaron abrazados, escondidos entre la arboleda.

—Soy el hombre más afortunado del mundo —murmuró—. Te amo Iona, que nunca te quepa la menor duda —la besó.

—Sabes, esto es un sueño hecho realidad para mí —le miró con cariño—, ahora es momento de luchar por nuestro amor.

—No quiero separarme de ti pero creo que debemos regresar —comentó el guerrero—. Tenemos que curarte.

—Sí, tienes razón, es lo mejor.

En la sala Elea y Daniel ya estaban enterados de lo que Brenda le había hecho hacer a Iona.

Elea la miraba con asco y desaprobación. Sophie escuchó como el guerrero le pedía explicaciones y ella corrió a decírselo a sus señores. Indignados, esperaban que Gared la trajera sana y salva.

—¡Iona! —exclamó Elea al verla—, ¿estás bien? Oh, estás herida.

—Tranquila, estoy bien —sonrió—. Me golpeé la cabeza con una roca cuando la marea me alcanzó.

—Menos mal que diste con ella hermano —dijo Daniel—. Con una noche como ésta podría haberle pasado algo mucho peor...

—Por suerte la hallé a tiempo.

Iona vio a Brenda que estaba junto a sus doncellas riendo y apenas se había percatado de que ella estaba allí.

—Encontré esta piedra transparente y a la vez ambarina —se la mostró—. Me recordó al anillo que me detallasteis, el cual ahora sé que no existe.

Brenda se quedó callada y desvió la mirada.

—Iona, vayamos a curarte –murmuró Elea cogiéndola de los hombros.

—Si queríais perjudicarme déjame decirlos que me habéis hecho un gran favor.

En las cocinas, se encontraba Sophie y Elea atendiendo a Iona.

—No puedo creer hasta dónde ha llegado esa mujer –negó con la cabeza Sophie, indignada.

—Si por mi fuera la echaba a patadas de aquí –espetó Elea.

—Suerte que el señor Gared te encontró.

—Sí... —suspiró Iona—, me salvó la vida, pues me hallaba inconsciente.

—Oh...

—Debió espantarse –dijo Elea.

—La verdad estaba muy preocupado por mi –sonrió—, chicas –añadió en voz baja y mirando hacia la puerta—, esto no debe saberlo nadie pero me dijo que no se va a casar. Me lo afirmó.

—¿De verdad? –preguntó Sophie ilusionada.

—Así es.

—¿Cómo que no se va a casar? –cuestionó Elea.

—Me dijo que quería que nos fugásemos juntos, que él únicamente me ama a mí.

—Pero eso es muy peligroso Gunn no lo permitirá –cuchicheó Elea.

—Supongo que hablará con Daniel para que nos escondamos un tiempo, después si lo necesita por cualquier imprevisto que surja volveremos para enfrentarnos a quien sea.

—Oh, Iona al fin te está dando tu lugar –dijo Sophie—. Lo que siempre quisiste.

—No le diré nada a Daniel hasta que él mismo me lo comunique, quiero que sepas que si tú eres feliz yo también.

—Gracias Elea.

—Yo también te apoyo Iona –agregó Sophie.

Capítulo 14

El día había amanecido soleado, con buena temperatura pero algo de viento. James salía al patio a tomar el aire de la mano de Sophie y charlaban animadamente. Aún no estaba recuperado del todo y no era conveniente hacer muchos esfuerzos. Iona repartía jarras de cerveza a los guerreros que entrenaban. Gared descansaba en las escaleras discutiendo con Niamh.

—...Y me dijo que no la volviera a buscar o me mandaría a zurrar por su padre —concluyó Niamh.

—Hermano, te complicas la vida de una manera... Sólo a ti se te ocurre jugar con dos mujeres a la vez. ¡Encima hermanas!

—Es que me gustaban mucho ambas, no sabía elegir cual era más bella. Una, de ojos pardos y melena oscura y la otra rubia de pechos voluminosos ¿Por qué conformarse con una mujer si puedo tener a la que me plazca?

—Aún te queda mucho por aprender —le atizó el pelo—. Cuando llegue la indicada únicamente desearas estar con ella, créeme.

—Bah, eso son bobadas jamás pensaré así.

Al ver a la doncella pelirroja pasar por enfrente suyo exclamó;

—El sol reluce en el cielo.

—¿Qué? —se extrañó su hermano.

Iona le miró.

—Va a caer una tormenta pero hoy saldrá el arco iris.

—No entiendo nada de lo que dices ¿qué has desayunado?

Se retiró sin decir nada para que nadie sospechara, risueña por ese juego que se traían mientras dejaba atrás la voz de su guerrero que gritaba;

—¡Hay corazones que son de oro! ¡¡Hay corazones que son de oro!!

—¡Y luego soy yo el loco! —espetó Niamh.

—Hermano, tengo que decirte algo muy importante —irrumpió en la biblioteca Gared cuando Daniel estaba leyendo varias misivas.

—Dime, ¿de qué se trata?

—Es algo muy delicado y necesito que me des tu respaldo y sobretodo

que lo mantengamos en silencio.

—Me estás asustando ¿tan grave es?

—No pienso, ni quiero desposarme con Brenda.

—¿¡Te has vuelto loco!?! —exclamó—. El enlace es mañana.

—Sí, estoy loco pero por Iona, con ella es con quien me casaré.

—A ver, Gared —se puso en pie—. Puedo entender que te guste esa muchacha pero...

—No sólo me gusta, la amo Daniel —dijo tajante—, ella es la mujer de mi vida, ahora lo sé y no voy a renunciar a ella por el absurdo pacto con Christopher.

—¿Tanto significa Iona para ti?

—Sí, por ello quería pedirte permiso para que nos escondiéramos lejos de todos —comentó.

—¿¡Sabes las consecuencias que tendría algo así?!

—Asumiré lo que venga. Te prometo que será únicamente por un tiempo, si por la ruptura del pacto Gunn quisiera venganza, los MacLeod o los Sinclair volvieran a atacar yo estaré aquí para luchar con vosotros.

—No puede ser, ¡olvidalo!

—Daniel, si no me das tu apoyo igualmente me iré con ella pero prefiero que estés enterado.

Daniel respiró hondo y ofuscado.

—Está bien —dijo con resignación—, ¡igualmente vas a hacer lo que te dé la gana!

—Sabía que podría contar con tu ayuda, gracias hermano —le palmeó el hombro con orgullo.

Capítulo 15

—Iona amiga... —la cogió Elea de las manos—, te deseo toda la suerte del mundo.

—Gracias pero no te despidas así, pronto volveremos a vernos.

Se abrazaron muy fuerte.

—Te aprecio mucho, ¿lo sabes, verdad? —dijo Sophie emocionada.

—Yo también a ti —sonrió—, espero que cuando vuelva, James te haya propuesto matrimonio.

—¡Qué Dios te oiga!

—Iona... —irrumpió Gared en las cocinas.

—Os dejamos a solas —dijo Sophie en voz baja—, que tengáis buen viaje.

—Cuídala muy bien o te las verás conmigo —advirtió Elea con guasa.

—Eso haré, cuñada —sonrió.

Una vez se quedaron solos, se fundieron en un apasionado beso y, seguidamente se abrazaron.

—Daniel ya está enterado de todo —comentó Gared—, irán hacia la capilla fingiendo mi boda mientras nosotros huiremos lejos.

—Suerte que él nos protege.

—No tenía ninguna duda de que lo haría, mi hermano es muy noble y honesto.

—¿Hacia dónde iremos?

—Tenemos una pequeña casa en las tierras del sur, están bastante deshabitadas pero hay liebres y ciervos para subsistir un tiempo.

—Me parece bien, mientras sea contigo iría hasta el fin del mundo —sonrió.

—Espérame mañana en la playa después del amanecer pero no donde están las rocas, sino en la arboleda.

—De acuerdo.

—Al fin vamos a poder estar juntos —la besó y la tomó para sentarla encima de la mesa—, y habrá valido la pena, te lo prometo.

Capítulo 16

Iona estaba risueña, escondida detrás de un árbol, muy ilusionada esperando a su amado. Se preguntaba ¿cómo sería su vida al lado del guerrero a partir de ahora?

Nunca se imaginó que él se atreviera a pedirle que partieran lejos, que estuviera dispuesto a dejarlo todo por ella. *Qué ganas tengo de estar junto a él, de conocernos mejor, de pasar tiempo juntos y, simplemente de querernos sin máscaras.* Pensó.

De buena mañana se vistió, se acicaló el cabello y lo trenzó. Después de ello, bajó a las cocinas para dejarlo todo preparado y que ninguna sirvienta sospechara lo más mínimo. Por ello, hizo las mismas tareas que solía hacer siempre y marchó. Salió por la puerta trasera de la cocina, sin que nadie la viera para no volver en Dios sabe cuántos días o semanas... incluso meses.

Llevaba una pequeña cesta de mimbre con algo de almuerzo y un par de mudas limpias. No necesitaba más mientras Gared estuviera a su lado.

—Debe estar a punto de llegar —murmuró impaciente.

De pronto, el sonido de unos caballos se acercaban cada vez más y sintió el corazón palpar con fuerza.

—¿Gared? —preguntó en voz alta.

Extrañada al ver quienes estaban parados enfrente de ella preguntó:

—¿Qué hacéis aquí?

—Iona, Gared no va a venir —dijo Sophie con la respiración agitada.

—¿C—cómo has dicho?

—Está en la capilla. Se va a casar con lady Brenda.

—¿¡Cómo que se va a casar!?! —exclamó incrédula, a punto de romper a llorar.

—Lo siento Iona... —gimoteó Sophie—, él mismo me mandó para decírtelo. No entiendo nada. Harry me acompañó pues no sé montar a caballo y...

—¿Iona estás bien? —preguntó Harry—, estás muy pálida, muchacha.

—No puede ser cierto esto... no puede ser cierto... él me dijo... él me prometió... —lloró.

—Está en la capilla —repitió Sophie.

—Tengo que verlo para creérmelo —dijo tajante—. Harry, llévame para

allá.

—No creo que sea lo más conveniente –dudó el guerrero.

—¡Por lo que más quieras, llévame a la capilla!

Él suspiró resignado y la ayudó a montar.

—Estaré esperándote en el castillo, Iona –gritó Sophie al verlos marchar.

Debe ser una confusión... Deben estar todos equivocados... ¡Por favor! Qué así sea... que sea todo un error y él no esté allí. Pensaba mientras cabalgaba aferrada con fuerza a la crin del semental.

Iona desmontó a toda prisa. Estaba tan nerviosa que el corazón se le salía por la boca. Salió corriendo dirección hacia la capilla y dudosa se asomó a la puerta para ver lo que le desgarraría el alma en mil pedazos. Gared había sellado con un beso su matrimonio con Brenda. Allá se quedó petrificada observando esa imagen. Perpleja. Dolida. Con sus sentimientos e ilusiones echas pedazos. Lloraba, lloraba sin cesar. Cerró sus ojos con fuerza y los volvió a abrir. No. Aquello era una realidad, había perdido a su guerrero. Todos la miraron cuando se decidió a entrar hasta la mitad del pasillo.

—Gared... –murmuró mirándole a los ojos.

Él, con el corazón hecho trizas se mantuvo inmóvil. Brenda se separó de la mano de su marido y se acercó a ésta.

—¡¿Cómo te atreves a interrumpir mi boda?! –le pegó una bofetada que la hizo tambalearse.

Miró a Gared. Su indiferencia le dolió más que aquél golpe.

—Eres una mugrosa doncella –le volvió a pegar.

Elea a punto de estallar de impotencia, fue a ayudarla para sacarla de allí y que no la humillara más pero Gunn se interpuso en su camino

—Querida, no te pongas a la altura de esta sirvienta, es tan poca cosa. ¿No te da pena?

—¿Pena? Lo que me da es asco, repugnancia.

Iona no dejaba de llorar.

—Iona, vámonos –la cogió Elea.

—Hermano –alzó la voz Gared—. Por el atrevimiento de la joven hacia mi persona y la de mi esposa os impongo que la desterréis.

—¡¿Qué?! –gritó Elea—. Daniel... no...

Daniel se quedó pasmado mirando a su hermano mediano ¿qué demonios le había pasado para hablar de tal manera si ayer le juró que la amaba incondicionalmente? ¿Cómo se había atrevido a pedirle algo así delante de todos?

—Ni hablar. Iona se quedará con nosotros.

La joven salió de la capilla arropada por Elea. ¿Era cierto aquello que acababa de escuchar? ¿Gared había pedido que la desterraran? Fue muy doloroso oír esas palabras, se sintió tan ofendida...

—¿Por qué?!

—Shh —la abrazó—, tranquila, tranquila...

—Me ha engañado —sollozaba—, me ha utilizado y se ha reído de mi. Él y Brenda los dos.

—Estás muy nerviosa.

—Todo ha sido una farsa.

Iona, tosió y le entraron arcadas del nudo en el estómago que tenía.

—No entiendo que ha pasado, pensé que estaba decidido a irse contigo —comentó.

—Me ha traicionado Elea... ¡Gared me ha traicionado! Eso es lo que ha pasado —lloró—, soy una completa estúpida por creer en su palabrería.

—Iona, muchacha —salió Elisabeth confusa.

—No puede haberme hecho esto Elisabeth ¡no!! —gritó.

—¡Cálmate Iona, por favor, puedes enfermar! Mi hijo no sabe lo que dice.

Iona sollozó e hizo un tremendo llanto que le salió de lo más profundo de sus entrañas. Se tapó la boca y se arrodilló devastada al suelo. Aquél sonido se escuchó retumbar en el interior de la capilla dejando al *highlander* mudo y sin aliento. Jamás se lo perdonaría a sí mismo tampoco Iona le pasaría por alto esa traición.

—Llémosla al castillo —propuso Elisabeth.

—No, no... —repetía.

—Debemos darle aquella agua de hierbas relajantes —comentó Elea.

—¡Suéltame Elea, suéltame! —se deshizo de su manos y corrió hacia un caballo.

—¿A dónde vas?

—Si no estoy con él, mi vida no tiene ningún sentido. No pienso regresar a la fortaleza, no pienso tener que soportar la tortura de verle casado con otra

mujer. ¡¡No!! ¡¡Él no quiere que regrese, me ha desterrado como a un perro!!
¡¡Me ha echado de su casa!!

—¿Qué estás diciendo?! Iona, detente. Daniel no ha dado su consentimiento, sabes que nunca te haríamos una cosa así.

Montó un caballo y en ese instante Daniel y Gared salieron de la capilla.

—Iona... —murmuró el guerrero con los ojos vidriosos.

Ella le miró varios segundos rota de dolor y cogió una daga que reposaba en la alforja. Cogió su larga trenza con la mano izquierda y pasó la hoja de acero para cortarla por la mitad de una sola estocada, dejándoles a todos asombrados. Tiró los mechones hacia su amado de mala manera y alzó la voz;

—Eso será lo único que tendrás de mí. Adiós para siempre —derramó una lágrima—. Lo siento... —murmuró mirando a Elea.

He sido una completa imbécil... una ilusa. Creí en sus palabras y me mintió. Sólo se aprovechó de mi ingenuidad. Pensaba en esas palabras; Os impongo que la desterréis. Mientras las lágrimas brotaban de sus ojos y a la mente se le veían las imágenes de Gared con Brenda unidos en matrimonio. Cabalgó sin rumbo fijo hasta que la lluvia la alcanzó. Sonó un tremendo trueno y el caballo se alzó atemorizado. Iona se cayó de éste y rodó colina abajo lacerándose el cuerpo.

Capítulo 17

Cuando despertó, estaba muy cansada y dolorida. Desorientada, miró hacia su alrededor y no supo donde estaba, parecía una recámara. El calor del fuego le calentaba el rostro y la adormiló de nuevo.

—Tiene fiebre —dijo la voz de un hombre—. Ha pasado mucho tiempo bajo la tormenta.

—Pues ya puedes hacer todo lo posible para que se recupere ¿me oyes, viejo estúpido? —gritó una voz muy profunda—, para eso te pago y muy bien.

—Parece que ya reacciona. ¿Muchacha, cómo os encontráis?

Iona contestó cosas inteligibles.

Por la poca luz que había en la estancia parecía que era de noche. Recordó de repente todo lo que le había ocurrido y lloró sin consuelo aferrada a las pieles posadas en aquél lecho. ¿Cómo era posible que Gared le hubiera traicionado? ¿Por qué? Si él le juraba amor eterno ¿por qué se había casado con Brenda?

—Parece que está muy decaída y confundida a causa de la contusión —murmuró el curandero—. Lleva el tartán de los Sutherland ¿la regresamos a su clan?

—No —consiguió decir la joven—. Me han desterrado.

—Hola —saludó una mujer de mediana edad—. Qué alegría que hayas recuperado la conciencia.

—¿Quién eres? —preguntó Iona turbada, incorporándose en aquella cama desconocida—. ¿Dónde estoy?

—Mi nombre es Miranda, pronto mi señor vendrá a verte. Él te encontró.

—Tengo mucha sed —se tocó la garganta.

—Oh, aquí tienes caldo ¿te lo acerco?

—Sí, por favor.

Miranda le tocó la frente.

—Parece que hoy tienes menos calentura.

—¿Cuántos días llevo aquí?

—Seis.

—¿Seis días? —sorbió la sopa.

—Sí, yo misma me he encargado de asearte y de cambiarte los paños húmedos. Las heridas no son graves, pero pillaste un buen resfriado.

—Te lo agradezco, Miranda.

—Sólo cumplo las órdenes de mi señor, voy a avisarle, le agradecerá saber que ya estás en mejor estado.

Mientras reposaba el almuerzo en el estómago, Miranda salió de la habitación y regresó al poco tiempo con un hombre a quien Iona ya había visto con anterioridad. Sus cabellos eran morenos y tenía los ojos del color del cielo. Era un hombre con el semblante serio y sombrío, de porte alto y musculado.

—¿Vos no sois quien me salvó de unos bandidos?

—Vaya, que grata sorpresa, vos también me habéis reconocido. La vida está hecha de casualidades, ¿no os parece lady MacKinnon?

—Desde luego... ¿Vos me encontrasteis?

—Sí, estabais tirada en mitad de la colina bajo la intensa lluvia cerca de mis predios, os habíais lastimado y os traje a mi fortaleza.

—¿Y dónde estoy exactamente?

—En el castillo de Roslin, bajo mi mandato. Soy Arthur Sinclair, para serviros —le hizo una reverencia con la cabeza y le besó la mano.

Iona empalideció de pronto y le miró con espanto.

—¿Sois el laird de este clan? —balbuceó.

—Así es. ¿Por qué os habéis puesto tan tensa de repente?

—Y—yo... bueno... vivía en Dunrobin... y... por favor no me hagáis daño.

—¿Haceros daño? —le miró extrañado—. Si hubiera querido heriros ya lo hubiera hecho, una joven tan bella e indefensa... de mirada inocente... cerca de mi recámara... ha sido tentador el no asaltar esta alcoba a horas indecentes de la noche, lo reconozco.

—S—Sé que tenéis enemistad con mi clan, por lo tanto yo también soy vuestra enemiga.

Arthur soltó una carcajada.

—No es gracioso...

—¿Cómo podéis pensar que una dama tan delicada como vos puede ser

mi enemiga? –le acarició la mejilla y le fijó la vista en sus labios.

Iona no sabía qué decir.

—Es cierto que Daniel Sutherland dio muerte a mi padre pero por ahora no tomaré venganza hacia su clan. ¿Sabéis que hemos tratado un pacto de cordialidad, cierto?

—Sí. Y tanto que lo sé.

—¿Cuál es vuestro nombre?

—Iona.

—Iona, no quiero que me temáis. Ahora descansad y si necesitáis cualquier cosa, hacédmelo saber, por favor.

Iona desconfiaba de sus palabras pero por respeto añadió;

—Gracias por vuestra hospitalidad.

Mientras tanto en el Castillo de Dunrobin.

Toda la familia estaba reunida en la biblioteca. Los Gunn ya habían regresado a Clyth dejando a Brenda con su marido.

—Iona no vuelve –lloró Elea en brazos de Daniel—. ¡No vuelve!

—Cálmate, mi amor –dijo Daniel.

—Es que no tenemos noticias de ella. ¿Y si la han raptado y si nos necesita?

—No digas eso, mantengamos las esperanzas, quizá sólo necesite desahogarse y regrese pronto.

—Todo es por tu culpa –espetó y miró a Gared con dureza—. Por tus sucios juegos, por utilizarla. ¡¿Cómo se te pasó por la cabeza proponer desterrarla?! ¡¿Puedes imaginarte el dolor que sintió?! ¡¡La ofendiste delante de todos!!

—Aunque no lo parezca la amo más que a mi propia vida –alzó la voz el guerrero.

—¿¡Entonces por qué demonios la abandonaste y te casaste con Brenda!?

—¡No tienes ni pizca de vergüenza, Gared! –añadió su madre—. Si te viera tu padre... ¡Oh...! –se tapó la boca angustiada.

—Tranquilizaos madre, estos disgustos os hacen daño –comentó Daniel.

—Sí hermano –añadió Niamh—. ¿Por qué lo hiciste? ¿Por qué te casaste

con la boba de Brenda?

—Qué importa ya... si nada puede arreglarse. Ya nada puede volver a ser como antes —bramó.

—Mis hombres ya la están buscando por los alrededores.

—Propongo que vayamos por las posadas y por las aldeas para preguntar si alguien la ha visto —dijo Elea.

—Buena idea.

En ese momento interrumpió Harry la reunión, tenía un buen motivo para hacerlo.

—Siento mucho entrar de malas formas pero debo anunciaros algo, mi señor.

—¿De qué se trata Harry?

—Hemos encontrado el semental que se llevó la doncella Iona.

—¿Dónde? —preguntó Gared alarmado—. ¿Y de ella, sabéis algo de ella? ¿Alguna pista?

—No. El caballo apareció solo muy alejado de nuestras tierras pero de la joven no sabemos nada.

—¡¡Maldita sea!! —tiró varios libros de las estanterías.

¿¡Dónde estás Iona!!? ¿¡Dónde!?

Capítulo 18

Gared desmontó de su caballo cuando Brenda fue a recriminarle su ausencia.

—Te has pasado todo el día fuera ¿dónde has estado? —preguntó cruzándose de brazos.

—Ya sabes dónde, buscando a Iona —respondió sin mirarla.

—¿Y una simple doncella es más importante que yo, que soy tu esposa? —inquirió—. Siempre te vas al amanecer y no regresas hasta la tarde.

El guerrero la miró con dureza pero apartó la vista, no quería discutir.

—Contéstame —le empujó.

—Iona es una mujer muy querida por todos en este clan —dijo con voz autoritaria—. Se ha ganado la confianza y el respeto de todos nosotros con su buena voluntad y su trabajo. Lábrate tú también nuestra honra.

—Yo no entiendo qué le veis todos a esa pordiosera —espetó—. Es una siesa sin gracia y además no tiene ni familia, he oído que era hija de unos siervos...

—No voy a permitir que le faltes el respeto en mi presencia —le advirtió—. Tampoco que sigas insultando a nuestros trabajadores, gracias a ellos tenemos un plato de comida caliente cada día en la mesa.

—Oh... por favor pero si tú mismo la echaste de aquí casi a patadas ¿eres un hipócrita no? —rio—. No deberías preocuparte tanto por gente sin importancia... a estas horas seguramente se la estén comiendo los gusanos.

Gared le pegó una bofetada.

—¡¡Cállate, estúpida!!

Las voces resonaron por todo el patio pero nadie se entrometió. Brenda se quedó helada, con la mano posada en su dolorida mejilla.

—¿M—me has pegado?

—Y lo volveré a hacer. Si osas hablar mal de esa mujer, te zurraré con mi cinturón en el trasero como lo debería de haber hecho tu padre —alzó la voz enfadado.

—¡¡Eres un salvaje!! ¡¡Bruto!!

—No me importa lo qué pienses de mí. Es más, quiero que me tengas miedo porque a partir de ahora no pienso dejarte pasar ni una más.

—¿Acaso estás interesado en ella? ¿eh? —le empujó de nuevo en el pecho

—. Si no fuera así no te hubieras puesto como un loco. ¿Es eso verdad?

—¡¡Sí!! Ella es la mujer a la que amo.

—Oh... qué vergüenza, ya lo suponía... —dijo dramática—. Tanto interés no podía ser otra cosa, casada con un hombre que ama a una sirvienta, qué vergüenza —repitió.

—Peor es tener que lidiar contigo. Me iba a fugar con ella el día de la boda pero...

—¡¡Qué!! —exclamó horrorizada sin dejar acabar la frase a Gared—. ¿Y dejarme en ridículo delante de los invitados, delante de mi propio padre?

—¿Cuántas veces la dejaste en ridículo a ella ¡¿cuántas?!

—¡¡Ogg!!...

Capítulo 19

—¿Cómo os sentís? —preguntó Arthur a Iona cuando ésta almorzaba en el salón.

La fiebre había menguado y apenas tenía molestias. Únicamente un ligero dolor de cabeza.

—Mejor. Gracias. Mañana mismo partiré.

—¿Regresaréis con vuestro clan? Recuerdo que me dijisteis que fuisteis desterrada ¿por qué?

Se aclaró la voz y explicó;

—A Dunrobin no voy a regresar y Skye está demasiado lejos de aquí. Sería un viaje muy agotador y perdonad por no revelaros el motivo, es muy personal y no me apetece hablar de ello.

—Por supuesto, quizá he sido algo indiscreto os pido perdón.

—No por Dios, no me pidáis perdón.

—Podéis quedaros aquí si lo deseáis, este podría ser vuestro nuevo hogar —propuso, agarrándole la mano.

Aquella muestra de cariño la inquietó.

—¿Quedarme en Roslin?

—Sí. ¿No habéis estado cómoda estos días?

—Sí claro, pero no quiero ser una molestia...

—¿Molestia? No, en absoluto. Mi clan os acogerá como yo lo he hecho y os daré una protección que no tendréis si viajáis sola a saber qué lugar.

—No lo sé...

—Pensadlo con detenimiento. Me llenaría de júbilo teneros aquí.

No sé exactamente cuántos días llevo en Roslin. No me he molestado en contarlos, quizá por no sufrir más de lo que estoy sufriendo. He podido pensar bien todo lo que ha sucedido hasta hoy en día y siempre llego a la misma confusa conclusión. Sé que Gared me ama o ¿me amaba? Sus sentimientos eran reales ¿lo eran? Estaba convencida en que así era pero ¿por qué se casó con ella? ¿Se arrepentiría en el último momento y por ello

no apareció en la arboleda?

Hace poco descubrí algo que temía que sucediera. Llevo el fruto de nuestro amor en mi vientre. Se acarició la barriga. Yo que pensaba que nada me uniría a él y tendré lo más sagrado que puede tener una mujer; un hijo. Ahora ni siquiera se me nota pero pronto mi abdomen crecerá. ¿Qué debo hacer, Señor? ¿Este es un castigo que me mandáis por haberme entregado a él? ¿O una bendición? Rezaba Iona en la capilla. No tengo otra elección. Se acabó pensar en Gared, debo pensar en mí y en mi hijo para sacarlo adelante. Sola no podré, ¿qué voy a hacer yo vagando por los pueblos embarazada, sin monedas, sin un techo ni comida? Aquí al menos tengo todo eso y no pienso regresar. Tengo miedo. Arthur me echaría a patadas si supiera la verdad... que mi bebé lleva la sangre de Gared, el hermano del hombre que mató a su padre, aunque se muestre tan amable conmigo sé que es un hombre fiero por la manera en que trata a sus guerreros cuando lo desacatan. ¿Qué puedo hacer? Dadme una señal, os lo suplico...

Iona, estimada. Ojalá no hayas corrido ningún peligro y estés sana y salva. ¡Dios mío! La desesperación por encontrarte es terrible. Cada mañana salgo al alba para recorrer mis tierras, pregunto a todas las personas que me topo por el camino si te han visto y cuando lo niegan se me parte el corazón en mil pedazos, pero más me llega la pena al alma cuando tengo que regresar a mi hogar sin ti. Me siento desamparado así como seguro te sentiste tú al verme con Brenda. Amor mío, regresa. Lo único que quiero es que regreses y que estés a mi lado. Todo tiene una explicación, aunque tú seguramente no quieras escucharla. No tiene perdón lo que te hice... lo sé. Te añoro cada noche al no poderte hacer el amor como solíamos hacer. Te extraño en las mañanas cuando despierto y no te veo por las cocinas. Elea está devastada y madre también. Todo es por mi culpa, por mi cobardía. Jamás tuve que aceptar ese pacto. Jamás. Pensó Gared observando la trenza cobriza con una copa de whisky en la mano.

Capítulo 20

Iona lloraba en la hierba pajiza, sentada, en silencio. Pensaba en porque la vida era tan cruel con ella si era tan buena muchacha y nunca le había hecho mal a nadie. Tan solo había cometido el error de enamorarse del hombre equivocado.

—¿Iona?

—Oh, señor Arthur.

—¿Estáis bien?

—Sí, sí —se limpió las lágrimas.

Arthur no quería atosigar a preguntas a la joven y decidió mantenerse al margen sin indagar demasiado. Esperaría a que ella se abriera.

—Quería daros las gracias por acogerme en vuestro hogar cuando estaba convaleciente y además comunicaros que he decidido aceptar el quedarme aquí.

—¡Vaya eso es maravilloso! —exclamó.

Iona, dudosa de expresarle una verdad a medias se armó de valor y continuó;

—Necesito contaros algo pero no sé como lo vayáis a tomar... si después de eso queréis que marche lo haré sin ninguna objeción.

—¿De qué se trata? —preguntó curioso.

—Un hombre del clan Sutherland abusó de mi en Dunrobin y por ello me fui. Yo misma me desterré —mintió.

—¿¡Qué!?

—Ahora estoy embarazada y no tengo a dónde ir —respiró hondo—. Por eso quiero trabajar para vos y ser parte de vuestro clan.

—Iona, es terrible ¿quién os hizo algo así?

—Fue un guerrero y no me hagáis ninguna pregunta más sobre mi pasado, por favor. Quiero dejarlo atrás pues es demasiado doloroso para mí. Espero que lo comprendáis.

—Por supuesto, respetaré vuestro silencio. Y en cuanto a tu bebé y tú contáis con todo mi apoyo.

—¿Lo decís en serio?

—Sí, no voy a echarte de aquí ni mucho menos.

—Os prometo que no os decepcionaré y haré todo lo que me impongáis — se le saltaron las lágrimas.

—Os tomaré la palabra —le besó la mano.

Decidió jurarle fidelidad delante de todos los presentes aquella noche a Arthur. Se aseó y escondió su corto cabello en un pequeño recogido bajo, decoró su garganta con un collar prestado de Miranda, como también el vestido verde que llevaba puesto.

—Mi señor —se abrió paso Iona entre la multitud. Yo, Iona MacKinnon os prometo seros leal pues os debo mi salud. Soy afortunada de ser acogida por vos en vuestra fortaleza. Os lo agradeceré eternamente —le hizo una perfecta reverencia.

Arthur la miró embobado y asintió como respuesta de aprobación.

Iona se encargaba de la organización de la cocina junto a Miranda, con quien más relación tenía. Le agradeció profundamente que semanas atrás se hubiese encargado de curar sus heridas y alimentarla. Las demás mujeres también estaban muy contentas con la nueva incorporación pues la joven demostraba una destreza impecable y era muy trabajadora. Recorría cada estancia del castillo para familiarizarse con él en los ratos libres y pronto le empezó a tener aprecio, no le quedaba de otra, viviría allí. Jamás hubiera podido creer que iba a ir a parar a aquel lugar. Salía a caminar por los alrededores de la fortaleza y tuvo oportunidad de conocer los bosques junto a Arthur que a menudo la acompañaba. Iona se percataba que mostraba demasiado interés en ella y todos allí sospechaban de ello pues era muy atento y amable. Le daba un trato especial a diferencia de otros sirvientes o guerreros quienes muchas veces maltrataba delante de todo el pueblo y les castigaba de manera horripilante. Varios episodios escalofriantes había vivido en primera persona como por ejemplo la amputación de una mano a un hombre que robó ganado a un vecino, latigazos a una mujer por sospecha de brujería y después mandada a la horca... Todos le temían y la muchacha no entendía porque con ella era sumiso y cambiaba de actitud. Era completamente distinto. El laird la trataba con respeto y conversaban a menudo. Muchas noches se quedaba a hacerle compañía en la sala, al calor del hogar por petición de él.

—Me parece algo extraño que un hombre como vos no tenga esposa aún, mi señor.

—¿Un hombre como yo? —sorbió el vaso de whisky.

—Bueno, sois el laird de un clan importante...

—Estaba buscando a la mujer perfecta —le clavó la mirada a su escote y a su cuello.

Iona tragó saliva y dijo sin pensar;

—Será muy afortunada quien se despose con vos.

—¿Eso creéis?

—Sí, sin duda alguna.

Capítulo 21

—¡¡Eres un animal!! —masculló Brenda avergonzada, bajo sus sábanas en el lecho compartido.

—Mejor me ahorro lo que pienso de ti —espetó el guerrero—, y de tu clan.

—¿Por qué nos tienes tanto odio? —preguntó dolida—. ¿Qué te hemos hecho?

—¡Cállate!

—Padre te pedirá explicaciones cuando se dé cuenta que no me quedo embarazada.

—Antes prefiero la muerte que tener un hijo tuyo.

Brenda le miró con odio.

—Ojalá te mueras —le pegó una bofetada.

Gared le destapó las ropas furioso y estaba decidido a volver a tener relaciones con ella.

—¡Suéltame, no vas a deshonrarme otra vez! ¡Suéltame! —se revolvió y le arañó los brazos.

—¿No querías que me comportara como un hombre?

—¡Por favor, no! —le penetró por el ano de nuevo—. ¡Basta!

—¡No me digas que no gozas con...!

—¡¡Gared!! —irrumpió Daniel sin permiso a la recámara.

—¡¡Qué demonios te pasa!! ¿No ves que estoy follándome a mi mujer?

Daniel le pegó un puñetazo haciéndole sangrar el labio superior.

—¡¡A las mujeres se les respeta, imbécil!! —bramó—. Te lo dije el otro día y te lo vuelvo a repetir si oigo a Brenda volver a pedir auxilio te echaré como un perro de mi casa.

—¡Pues me largaré al mismísimo infierno, ahí es donde debería estar!

—Apesta a whisky, para ya de beber y deja de comportarte como un desgraciado —añadió—. A nosotros no nos educaron así.

La joven doncella bajó por las escaleras para comenzar un nuevo día algo indispuesta, las nauseas matutinas no fallaban y aún no se acostumbraba a

ellas. Pasó por la sala y se encontró a Arthur y a otro hombre conversando. Se tensó de repente y empalideció al reconocerlo. ¿Qué hacía ese malnacido ahí? De pronto, recordó que la hermana de Arthur, Marjorie, se casó con él. Nunca olvidará las lágrimas que le había hecho derramar a su querida amiga Elea y las noches que había pasado consolándola. Le tenía verdadera aversión.

—¿Tú? —dijo Robert al verla—. ¿Qué narices hace esta mujer aquí? —preguntó pedante hacia Sinclair.

—¿Os conocéis? —cuestionó Arthur mirando a ambos.

—Por desgracia sí —contestó Iona con desagrado.

—Hacía mucho que no nos veíamos parece que las cosas no te han ido bien ¿eh? —rió.

—Te equivocas, cuñado —sonrió y se puso al lado de Iona para cogerla de la cintura—. Iona será muy afortunada porque la voy a hacer mi esposa —la miró.

Iona se quedó muda y Robert comenzó a reír sin parar.

—¿Has perdido el juicio? —preguntó con burla—. Podrá tener buenas caderas y ser bonita pero es una sirvienta. Te recomiendo que la uses más bien para desfogarte en las noches.

—Los hombres como tú tampoco deberían ser jefe de un clan —murmuró la doncella.

—¿¿Qué has dicho??

—Que puedo aprender a sobrellevar todo un clan —se inventó.

—Lo dudo. Una señora nace, no se hace.

—Robert, te pido más respeto —añadió Arthur, tosco.

—Bueno me has hecho el día más divertido con la bobada que acabas de soltar —le tendió la mano—. Tengo asuntos más importantes de los que hacerme cargo.

Y se largó dejándoles a solas.

—Arthur —tosió—. Perdón, mi señor ¿no lo habréis dicho en serio, verdad?

—Sí, lo he dicho completamente en serio. Lo he pensado y quiero que nos casemos.

—Pero señor, ¿qué dirá el pueblo? ¿Vuestra gente?

—¿Qué se atrevan a decir algo indebido de vos ante mí! ¡No vivirían! Seréis la mejor señora que puedan tener pues yo os enseñaré todo lo necesario. Tenéis lo más importante; delicadeza, amabilidad, bondad... Sois

perfecta para ser mi mujer, la indicada, la correcta.

—No sé si recordáis que estoy en estado...

—Lo tengo presente, por ello, debemos casarnos cuanto antes —expuso—. Así no levantaremos ninguna sospecha. No voy a permitir que te señalen con el dedo por la cobardía de un malnacido.

—¡¡Pero, mi señor!! ¿¡Cómo vais a cargar con un hijo que no es vuestro!?

—Os amo, MacKinnon. Os amo desde que os vi aquél día. Me enloquecisteis y por amor se hace cualquier cosa. ¿No creéis?

—¿Cualquier cosa?

—Si, sin preguntas ni objeciones.

Capítulo 22

Otro día más en el que Gared, acompañado por varios guerreros viajaban de aquí para allá dando aviso por si alguien había visto a Iona. Primero, se adentraron en el bosque y se separaron en varios grupos. Después de estar buscándola por un buen rato tras un resultado negativo, decidieron descansar en la posada de una pequeña aldea en tierras vecinas.

—Es una muchacha joven, delgada y pelirroja. Tiene los ojos marrones y ahora debe tener el pelo corto, por los hombros. ¿La habéis visto por casualidad? —preguntó Gared desesperado.

—No señor —negó un anciano con la cabeza.

—Yo tampoco, lo sentimos.

—Está bien, gracias... —se levantó y fue a la barra para refrescar su garganta con una fría cerveza.

Absorto en sus pensamientos alguien le puso la mano encima y se giró alarmado cuando oyó;

—Yo he visto a una muchacha con el aspecto que describís.

—¿¡Estáis seguro!?

—Iba vestida con vuestro mismo tartán ¿Sutherland, no es cierto?

—Sí, sí. Es ella —sonrió emocionado. ¡Oh, Dios! ¡Por fin la he encontrado!

—Necesito saber cómo se hacía llamar —preguntó el hombre.

—Iona MacKinnon.

—Sí. Entonces era esa pobre muchacha... —negó con la cabeza. ¡Pobrecita! Estaba desesperada...

—¿Cómo? ¿Dónde está?

—Sentaos, os lo contaré todo —le ofreció y comenzó a relatar—. Encontré a la joven y tenía un aspecto demacrado, se le marcaban las ojeras y tenía los ojos hinchados y húmedos de llorar.

Estaba desorientada y no paraba de repetir lo mismo todo el rato.

—¿Qué decía?

—Decía; Me ha traicionado, no quiero vivir —repitió dos veces—. La verdad no sé a quién se referiría...

—Oh, Dios... —se echó las manos a la cabeza.

—Entonces yo le pregunté que si podía ayudarla pero salió corriendo hacia el acantilado.

Gared se notaba las palpitaciones del corazón apresuradas y las gotas de sudor resbalaban por su frente.

—¿Y qué pasó? —balbuceó.

—Se lanzó al vacío.

—¡¡No!! —gritó levantándose del asiento y derramando las lágrimas del dolor—. ¡No!

—Bajé hacia las rocas e intenté ayudarla. Era inútil. La joven ya estaba muerta.

—¡¡No puede ser!!

Acaparó la atención de toda la posada y de los guerreros que le acompañaban.

—Le robé esto —sacó una cadena y se la enseñó—. Me pareció bueno y quise venderlo.

Gared lo cogió y reconoció perfectamente que ese collar era de su querida Iona.

—Iona MacKinnon —leyó en la parte trasera—. Le daré todas las monedas que me pida por él.

—Nah —negó con la cabeza—. Me dijo un comprador que no tenía valor, puede quedárselo.

—¿Qué pasó con su cuerpo?

—Oh, ¿qué queréis que hiciera? Lo dejé ir...

Gared sintió morir tras esa revelación. Iona, su dulce Iona ¿se había quitado la vida? No podía parar de llorar aferrado a su cadena sintiéndose culpable de su triste final. ¿Qué iba a hacer ahora sin ella? La pobre muchacha tierna e inocente, había muerto sin saber qué pasó realmente el día en que él se iba a fugar con ella. Había muerto presa de la desesperación, de la rabia y la humillación que vivió. Pensando en que él la había traicionado y burlado de ella, sin saber que la amaba más que a su propia vida. Devastado, torturado y hundido por la pena, regresó a la fortaleza y anunció lo que aquél hombre le había revelado a toda su familia.

—¡¡No!! —gritó desolada Elea—. ¡Dime que no es verdad! —le agarró la camisa y le zarandeó—. ¡Dime que es mentira!

—Ojala pudiera... —dijo sin mirarla apenas.

—¡No! Iona no puede estar muerta —cayó de rodillas al suelo—. ¡¡No

puede estar muerta!!

—Esta es su cadena –la mostró y Elea la cogió aferrándosela en su pecho.

Elisabeth lloraba acongojada. Niamh estaba impactado con la noticia y Daniel consolaba a su mujer perplejo.

—¿Podéis bajar la voz? quiero dormir y no puedo por vuestros gritos – dijo Brenda asomada a la escalera.

—¡Cierra el pico! –espetó Gared.

—¡¡Vete al demonio, estúpida!! –bramó Elea.

—Vaya caras tan largas cualquiera diría que se ha muerto alguien... – cruzó de brazos.

—Iona, Iona es quien ha muerto –anunció Niamh, serio.

—¿De veras?

—Sí, y si no te importa esta es una conversación privada –añadió Elea.

—Cada uno tiene lo que se merece, eso le pasa por haber querido quitarme a mi marido –dijo sin pizca de vergüenza.

Gared fue enfurecido hacia ella, encolerizado la insultó y a punto estuvo de abofetearla cuando Daniel y Niamh se interpuso entre ellos y le pararon los pies intentando que entrara en razón. En cambio, Elea la agarró del cabello y le gritó.

—¡¡Largo de aquí!! –y la empujó.

A la mañana siguiente, todo el clan estaba enterado de la triste noticia y decidieron simular su entierro. Cavaron un hoyo y dejaron ir el mechón trenzado de la joven en lugar de su cuerpo. Todos se reunieron para darle un significativo adiós y dedicarle unas palabras de aprecio. Sophie estaba derrotada, la muchacha lloraba sin consuelo junto a James. No podía creer que su amiga ya no estuviera con ella. Igual que Elea, que incluso había tenido pesadillas esa noche. Creía que todo había sido un mal sueño mas cuando abrió los ojos a la realidad se deshizo junto a Daniel.

—Adiós, amiga –posó una flor a su tumba—. Te voy a echar mucho de menos, muchísimo. Siempre te he apreciado como una hermana y no tenerte más va a ser lo más duro que me ha tocado vivir nunca. Vas a seguir muy presente en mí y prometo que voy a hablarle todos los días a Kenneth de ti.

Gared en cambio se encontraba en la sala ausente, con la tercera copa de

whisky. Su mirada estaba ida con el semblante enrojecido y húmedo por el llanto.

—Hijo, ¿no quieres despedirte de ella? —preguntó Elisabeth con cautela.

—Soy un miserable, madre —lloró y apretó la mandíbula con rabia.

—No digas eso...

—¡Lo soy! Por mi culpa Iona está muerta... me merezco el peor castigo, merezco morir yo también —tiró la copa al suelo con ira.

—Mejor que le dejéis a solas —susurró Niamh a Elisabeth y ésta asintió.

—Iona... —sollozaba desesperado—. Iona...

El alma nunca muere, muere el cuerpo del hombre y mi alma os amará en cada cuerpo que habite.

Se derrumbó por completo mientras acariciaba el colgante con el nombre de su amada.

—¡¡Iona!!!

Capítulo 23

—¿Hiciste todo lo que te dije? —preguntó Iona.

—Sí y ahora quiero mis monedas —tendió la mano.

—Aquí las tienes.

—Ha sido un placer trabajar para vos —sonrió e hizo un amago de irse.

—Espera.

El tipo se paró.

—¿Qué reacción tuvo el hombre al enterarse de mi muerte?

—Uhh... iré al grano, enloqueció.

—¿De veras?

—Sí, comenzó a decir que era todo por su culpa y a llorar como una niña —rio—. ¿Ese tipo la ama, no es cierto?

—A usted eso no le incumbe, buenas tardes.

A estas horas todo el clan Sutherland sabrá de mi muerte. Siento mucho hacerte sufrir Elea... lo siento y espero que algún día me perdones y te compadezcas de mi. Que entiendas por qué lo he hecho. Sophie... te voy a extrañar muchísimo, espero que el bonachón de James pronto te pida matrimonio como tanto soñabas y que seas feliz, te lo mereces. Elisabeth, gracias por tu cariño y por tu calor, has sido tan importante tu aceptación para mí... Mi señor Daniel, os merecéis toda la dicha del mundo pues vuestro corazón es tan grande que no os cabe en el pecho, Niamh... sé que algún día conocerás a una buena muchacha que te lleve por buen camino, tú también eres noble...

Ya no hay vuelta atrás. Aquí comienza mi venganza. Así lo he decidido y así lo haré. Espero que se te hayan revuelto las tripas y que padezcas tanto como yo lo estoy haciendo. Mi muerte será tu sentencia. Te odio Gared, te odio con todas mis fuerzas y me alegro de que sufras de dolor. A pesar de que te sigo amando vas a pagarme las humillaciones que me hiciste, voy a hacer todo lo posible por matar este absurdo amor que alimentaste a base de falsas ilusiones. Comerás de mi mano, besarás el suelo que piso y te dirigirás a mí como mi señora. Lo juro.

—¿En qué pensáis, en nuestra inminente boda? —preguntó Arthur.

—En algo mucho mejor —sonrió—. Gracias por darme las monedas que os pedí.

—¿Salió todo como planeabais?

—Así es.

—Bien. ¿Entonces, ya me podéis decir para qué las queríais?

—Para fingir mi muerte.

—¿Qué? ¿Fingir vuestra muerte?

—Quiero vengarme del hombre que me destrozó la vida y debo prepararme.

—Uh, ya entiendo...

—Ahora todo el clan Sutherland piensa que estoy muerta pero quedan varios detalles de los que os tendréis que encargar vos.

—¿Cuáles?

—Quiero ser una verdadera señora, aprender a cómo dirigir correctamente mi labor junto a vos —expuso—. Sé cómo funciona una fortaleza pero quiero que me enseñéis a tomar decisiones, a mantenerme erguida, fuerte y con la cabeza fría, así como cuando se va a librar una batalla. Siempre he sido una mujer que acataba las órdenes que le imponían ahora quiero aprender a darlas. Quiero aprender a luchar, a defenderme, a montar a caballo, a tener valor y no ser más una mujer manejable y sumisa. Esa es la Iona que ha muerto. La nueva quiero que me ayudes a crearla. Por supuesto que, con vos seré una buena mujer y os satisfaré en todo, no os faltará mi calor en las noches.

—Haré todo lo que esté en mis manos —le besó la mano—, con tal de complaceros y mucho más si de destruir a un Sutherland se trata, querida —sonrió.

SEGUNDA PARTE

La señora de Sinclair bajaba nerviosa pero segura de sí misma las escaleras para dirigirse al salón donde comenzaría una gran fiesta de reunión de clanes. Había llegado el ansiado momento. Hoy volvería a ver a su gran amor pero al mismo tiempo su enemigo. Ni el paso de los años podían haberle hecho olvidar sus besos y más aún cuando la miraba su estimada hija pues tenía el azul característico de los ojos de un Sutherland y el semblante calcado al de su padre, su verdadero padre. Tragó saliva y respiró hondo. Tenía que poner en práctica todo aquello que Arthur le había enseñado con dedicación y esmero, ahora no podía echarse para atrás. Quienes la conocían y la veneraban, se dieron cuenta de que ya estaba presente y por respeto hicieron silencio. Otros, tuvieron que parpadear dos veces para reconocerla y aferrarse a cualquier objeto o persona para no desmayarse de la impresión. ¿Iona MacKinnon había regresado de entre los muertos?

Arthur agarró su mano y la besó. Ella esbozó una cálida sonrisa y anunció;

—Espero que no os haya incomodado mi tardanza, sed bienvenidos a la fortaleza de Roslin.

—...Y estas hierbas son para el estómago —concluyó Iona—. Debe dárselas a su marido antes de las comidas.

—Muchas gracias, mi señora —contestó la mujer—. Qué Dios se lo pague en bendiciones.

—No hay de qué —sonrió y salió por la puerta.

—Por hoy ya es suficiente —dijo a Miranda mediante un suspiro de

satisfacción—. Mi marido estará preocupado y Rose seguramente ya esté a punto de irse a dormir.

—Trabajáis mucho, mi señora. Deberíais descansar más.

—No, no. Estar todo el día en el castillo es un aburrimiento, además ya sabes que no es de mi agrado el estar cosiendo todo el día, ayudar a los enfermos es lo que me llena de verdad.

—Oh, sois tan bondadosa. No me extraña que mi señor se enamorara de vos.

—Venga, vayamos a casa.

Montaron en el carro de caballos y sus guerreros la custodiaron hasta la fortaleza.

—¡Vaya, al fin regresas estimada! —exclamó Arthur besándola en los labios.

—Discúlpame, se me hizo tarde.

—No entiendo porque malgastas tu tiempo en curar a ancianos y a niños.

—Arthur ya hemos tenido esta conversación muchas veces...

—Está bien... A ti te lo perdono todo ¿ordenó que sirvan la cena en el salón o en nuestra alcoba? —le besó el cuello.

—Mejor en el salón —contestó rápidamente—. Pero antes quiero ir a darle las buenas noches a Rose.

Iona entró con sigilo a la habitación de su hija. La vio de espaldas, jugando con varias muñecas de trapo y con su niñera. Al cerrar la puerta la niña se giró y se alegró de ver a su madre.

—¡Mami!

—Hola princesa —la abrazó—. ¿Cómo te has portado con Fiona?

—Bien —dijo con vergüenza mirando a la joven.

—Es una niña muy buena mi señora, ha tomado toda su cena y ahora estábamos haciendo tiempo hasta que vos regresarais.

—Gracias Fiona, ya la acuesto yo.

—Buenas noches —le hizo una reverencia—. Hasta mañana, Rose.

—Hasta mañana Fiona —le dijo adiós con la mano.

—Mami, ¿me cuentas un cuento? —preguntó al arroparla con las mantas.

—Claro ¿cuál quieres que te cuente? —se sentó en su cama.

—El de la doncella.

—Oh... verás, había una vez una doncella que trabajaba en un enorme castillo en una isla con prados verdes y montañas muy altas... —comenzó a

relatar.

Rose la escuchaba con mucha atención.

—Ella se dedicaba a cocinar, a lavar ropas, tenderlas, alimentar al ganado y a servir a sus señores, los cuales apreciaba. Además, la muchacha tenía una muy buena amiga a la que quería mucho y pronto se casaría con un príncipe muy noble. Ese príncipe tenía dos hermanos más, y la doncella quedó perdidamente enamorada de uno de ellos cuando le vio.

—¿Y qué pasó? —preguntó con los ojitos cansados.

—El hermano del príncipe también se enamoró de ella y vivieron su amor a escondidas. Ellos eran muy felices, sin embargo, cuando más dichosos se sentían un monstruo malvado apareció en sus vidas y encerró a la doncella en una altísima torre.

—¡No!

—Pero él con su espada luchó y luchó sin descanso, día y noche y el monstruo se marchó para siempre. Escaló por las piedras hasta su ventana y la rescató.

—¿Y fueron felices otra vez?

Iona se quedó callada mirando a su hija quien esperaba una respuesta afirmativa.

—Sí... —se le tornaron los ojos vidriosos y le costaba hablar—. Fueron muy felices porque de su amor nació una preciosa niña —la acarició—. Tan bonita como tú.

La niña esbozó una sonrisa y se quedó completamente dormida. Iona la observaba, en silencio. Lo más importante que tenía en su vida era su hija. Desde que nació y la tuvo entre sus brazos, al ver su rostro y sus ojitos se sintió la mujer más afortunada del mundo.

Cómo te pareces a él, Rose... Pensó emocionada. ¿Qué habrá sido de ti, Gared?

—¿Cómo se te ocurren tantos relatos? —preguntó Arthur en voz baja.

—Oh, estabas ahí.

—Sí.

—Será que tengo imaginación... ¿está lista ya la cena?

Iona estaba ausente esa noche. Una espina tenía clavada en el corazón

aún, o mejor dicho una gran herida que todavía supuraba. Arthur la hacía suya con devoción mientras ella no dejaba de pensar en su guerrero y en las noches de pasión junto a él donde no importaba el tiempo ni el lugar, sólo el momento. Soñaba con el instante de volver a verle pero a la vez de regresarle todas las humillaciones que tenía muy presentes y recordaba a diario. En el fondo sabía que le seguía amando y era eso lo que le desesperaba pues continuaba en pie su idea de venganza. Arthur estimó a su hija desde que la llevaba en su vientre y cuando nació le dio su apellido. Estaría en deuda con él toda la vida, por ello, intentaba corresponderle como mujer y ser complaciente. Sin embargo, su comportamiento hacia los aldeanos y guerreros era cada vez más rudo y violento. Cargaba contra ellos y les castigaba como él creía conveniente sin importarle el daño que hiciera. Al principio muchos eran reacios a llamarla señora pues la conocían del castillo como una sirvienta pero con el paso del tiempo y paciencia, se ganó el aprecio de la gente con sus buenas obras. Él le enseñó cómo debía ser una señora y aprendió todo a la perfección. Como ella se lo había pedido cuatro años atrás, le había ayudado a convertirse en una nueva Iona.

Capítulo 24

—Oh mi señor... ¡Estáis tan bien dotado! —dijo una muchacha.

—¡Cállate! —exclamó—. ¡No te pago para que hables!

La ramera continuó dando placer al guerrero con su boca hasta que él derramó su néctar en ella tras un gruñido de satisfacción.

—Volved pronto, os lo suplico —se despidió tras darle varias monedas.

—No lo dudes.

Salió y se fue a una posada para beber como si no hubiera un mañana. No quería volver a sus tierras. Había decidido marchar por vete a saber cuántos días después de una fuertísima pelea con Brenda.

—¡*Furcia!! —tiró la cómoda de su habitación—. ¡No te doy una paliza porque le juré a mi hermano no ponerte más una mano encima! —bramó—. Pero te lo mereces, te mereces que te ahogue con mis propias manos.*

—*¿Y qué esperabas? ¿eh? Si mi esposo no me da lo que necesito.*

—*Al menos no tengas la desfachatez de llamarme a mi sinvergüenza por preferir a una puta antes que a ti.*

—*Te odio y maldigo la hora en que me casaron contigo —le escupió.*

Gared se limpió el rostro con aversión y gritó;

—*¡Me largo de esta casa!*

—*¿Cómo? De eso nada... si te vas le diré a mi padre lo que pasa en nuestro matrimonio —cruzó de brazos.*

Gared se carcajeó.

—*¡¿De qué te ríes imbécil?!*

—*¿Qué te crees, que te rescataría de mis brazos? ¡No seas boba! Tu padre capaz sería de hacerte callar por no romper la absurda tregua que planeó.*

—*Le diré que un fantasma me hace sombra desde hace años... —añadió con malicia ignorando sus explicaciones.*

—*Si tú le dices eso yo le diré qué clase de dama es su niñita y que le gusta follarse a los guerreros del clan en sus propias narices.*

—*¡¿No serás capaz?!* —se ofendió.

—*Ponme a prueba.*

Brenda gritó, blasfemó y pataleó cuando vio que realmente se marchaba

por la puerta.

—¡¡Qué demonios os pasa!! —gritó Daniel—. *Elea está en su último mes de embarazo y necesita descansar.*

Gared le ignoró y cogió una botella de whisky para bebérsela a morro.

—Tranquilo, me marcharé mañana por la mañana porque no soporto a la estúpida de Brenda.

—¿Qué ha pasado ahora?

—La encontré en mi propia cama con uno de los guerreros.

—¿Sabes que tienes tú la culpa, no?

—¿Tú también? —espetó—. *¿Os habéis puesto de acuerdo todos para joderme o qué? ¿De todo tengo yo la culpa?*

—Disculpa por ser tan directo pero es que toda la familia seguimos a la espera de que nos expliques qué pasó el día de tu boda realmente.

—No voy a hablar de eso. ¡Dejadme en paz todos!

—Oh, mírate. Estás hecho un asco, ni te aseas ni te arreglas la barba como antes. Solo bebes y bebes y discutes todo el tiempo. ¡Tienes un humor de perros! Deberías haber superado ya su muerte, hermano.

—¡Tú qué sabrás! ¡¿Quién eres para darme consejos?! —le miró con pesar y con los ojos vidriosos—. *Jamás voy a superar la muerte de Iona, ¿tú superarías la de Elea? ¿Eh?*

Daniel bajó la mirada. Su hermano tenía razón.

—Lo siento... pero sólo quiero tu bienestar y ya no sabemos cómo ayudarte.

—Buenos días, mi señora —le hizo una reverencia Miranda, que se había convertido en su doncella de confianza—. Aquí os traigo vuestro desayuno.

—Gracias, lo tomaré más tarde déjalo allí mismo —señaló la mesa y se levantó de la silla—. Necesitaría hablar con mi esposo ¿sabes dónde se encuentra?

—Sí, está en la biblioteca.

—Bien.

Iona se dirigió hacia allá, tocó la puerta y esperó que le diera permiso para entrar.

—... Y eso es todo ¿qué te parece?

—No sé si accederán. No estoy seguro —dijo sin mucho interés.

—Por favor, confía en mí. Estoy segura que con esas palabras Daniel nos confirmará la presencia del clan en la reunión, lo conozco bien.

Arthur suspiró.

—Está bien, haz lo que quieras siempre te sales con la tuya —sonrió.

—Iré al pueblo hoy también pero sólo es para comprar algún vestido y joyas. Quiero estar resplandeciente para la ocasión. Le diré a Fiona que cuide a la niña.

—¿Volverás antes?

—Sí, al mediodía ya estaré aquí.

—Bien, ten cuidado por el camino.

Iona montó una yegua con ayuda de un mozo, ahora su capacidad de dominar a un animal de tal tamaño era mayor pues había aprendido a perfeccionarlo de la mano de Arthur.

Fue al trote hasta llegar al pueblo acompañada por dos guardias y ató a la percherona para entrar a una tienda donde vendían telas de exquisita confección.

—Sí, mi señora, ese tono es perfecto —le dio su aprobación la anciana—. ¿Lo queréis con éste bordado en color oro y negro o el blanco de flores?

—Prefiero el primer color, sin las flores.

—De acuerdo, un mensajero se lo entregará cuanto antes. ¿Me permitís tomaros las medidas?

—Por supuesto.

Una vez la anciana acabó su trabajo dijo;

—Tenéis una figura esbelta.

—Gracias, sois muy amable —le pagó y le dio una buena propina.

—Oh, y muy generosa...

—¿Sabéis dónde puedo encontrar joyas de gran valor? —preguntó.

—Sí, pasado dos calles, girad a la derecha, allá hay un señor que las talla él mismo —respondió.

—Gracias de nuevo.

Después de comprar un bonito colgante con los pendientes a juego, Iona fue a buscar a sus hombres donde les había pedido que esperaran, cerca de la plaza. Vio una panadería y decidió comprar bollos dulces para Rose, le encantaban y quería sorprenderla gratamente. Además, el panadero le regaló una cuña de queso de oveja proveniente de un familiar ganadero y le

agradeció cordialmente ese gesto. Caminaba pensando en el vestido tan bonito que había encargado y en cómo se vería con él puesto cuando salió un hombre disparado por la puerta de una posada y ella se espantó. Le habían echado a patadas.

—¡¡Aquí no eres bienvenido Sutherland!! —escupió un hombre.

Iona tuvo que parpadear dos veces antes de reconocerle. Se tambaleó apoyando su mano a la pared y se le cortó la respiración al ver su lamentable aspecto.

¡¿Es Gared?! ¡Dios mío, sí, es él! ¿Qué hace aquí? ¿Qué le ha pasado? Parece que está desorientado y... ¿borracho? Apesta a alcohol, a sudor... Pensó la joven tapándose la nariz y la boca del hedor que transmitía. El guerrero hablaba solo y se lamentaba. Con las ropas sucias y una apariencia desaliñada casi parecía un mendigo. Era una imagen muy distinta al Gared que ella recordaba. Por un momento, se planteó la idea de pasar de largo pero no tenía corazón para dejarle ahí tirado. Se agachó y le entregó uno de los bollos que había comprado y la cuña de queso.

—Iona... Iona... —la miró y la agarró del brazo con fuerza.

La muchacha empalideció ¿acaso le había conocido?

—Iona, ¿por qué saltaste? Te mataste por mi culpa... vuelve...

—Gared... —susurró entristecida.

—Te amo Iona —sollozó—. No te mueras... ¡¡vuelve!! —gritó.

—Oh, Dios mío... ¿qué he hecho? —se le entornaron los ojos vidriosos y salió corriendo.

Capítulo 25

—Mi señor ya encontramos a vuestro hermano como nos encomendó —dijo Harry—. Estaba vagando por las tierras de Sinclair.

—Gracias a Dios que habéis dado con él —comentó Daniel—. Llevaba muchos días fuera y empezábamos todos a preocuparnos.

—Ya descansa en su recámara, estaba en un estado bastante deplorable... —añadió James.

—Me lo imagino... no sé qué hacer para ayudarle y abrirle los ojos. No es sano ese estilo de vida que lleva. Gracias muchachos, podéis retiraros.

—A vos, mi señor —respondieron al unísono.

—Gared, ¿puedo pasar? —preguntó Elisabeth detrás de la puerta.

—Adelante —respondió sentado desde su alféizar.

—¿Cómo estás, hijo? —cuestionó y se sentó a su lado—, Daniel me ha comentado que ya habías regresado y eso me dejó muy tranquila.

—¿Cómo creéis que estoy, madre?

—No he parado de pensar en ti días atrás...

—Siento mucho ser una carga para vos.

Ella suspiró.

—No digas eso, una madre siempre se preocupará por todo lo que le suceda a sus hijos.

—Estoy devastado y sin ganas de vivir. Sobre todo ahora...

—¿Por qué?

—El otro día la vi en mis sueños —se le entrecortó la voz—. Susurró mi nombre y noté su presencia como si fuera real, hasta olí su perfume tan característico de siempre... —derramó una lágrima.

—¿Y te dijo algo más en tu sueño?

—No. Marchó corriendo... seguramente su alma no pueda descansar en paz...

—Hijo mío... —le abrazó—. Quisiera arrebatarte este dolor que sientes para que no te torturara más.

—Yo quisiera poder enmendar todos mis errores y poder estar con ella —se derrumbó—. Volver al pasado, ése pasado donde éramos felices... siempre fue tan dulce conmigo...

—Sabes que eso ya no es posible... y aún eres muy joven como para arruinar así tu vida, con la bebida.

—Ella también era muy joven para morir... —se limpió los ojos—. Soñaba con que nos casáramos y tuviéramos muchos hijos —sonrió—. Tenía aún sueños por cumplir y yo se los arrebaté todos.

—Iona hubiera sido una magnífica esposa y madre. Estoy segura.

—Si tuviera que pedirle algo a Dios le pediría que me la regresara de entre los muertos, sólo para contarle la verdad y besarla de nuevo.

—Yo también pienso ir —espetó Elea.

—Te he dicho que no, deja de insistir —alegó Daniel—. Te quedarás aquí reposando.

—Oh... estoy embarazada no enferma, te guste o no, iré.

Daniel resopló.

—Pensé que nadie de esta familia iba a ir a esa maldita reunión —dijo Niamh con una mueca de desaprobación.

—Hoy se ha presentado un mensajero de Sinclair y me ha dicho textualmente; Mi señor me manda para confirmar vuestra presencia y la del clan a la reunión prevista la semana que viene, celebrada en su fortaleza. Le agradecería que asistierais para conmemorar un año más la paz entre los clanes vecinos.

—Y tú que eres un buenazo no podías negarte, claro... —añadió Niamh.

—Paso de meterme en más problemas, con el de Gared ya me es suficiente.

—Pues yo no iré —espetó el pelirrojo.

—¡¡Iremos todos porque yo lo digo y punto!!

—Ajá, lo has dicho —dijo Elea sonriente—. Has dicho iremos todos, eso también me incluye a mí.

—¡¡Haz lo que quieras!!

—¿Y quién se quedará custodiando la fortaleza? —preguntó Elisabeth sorbiendo su sopa.

—Es cierto, normalmente hubiera escogido a Gared pero en su estado prefiero que nos acompañe, te ha salido bien la jugada hermano, te quedarás tú con los guerreros —ordenó.

—Sabia elección.

Capítulo 26

Iona estaba confundida después de ver a Gared en ese estado tan lamentable. Se sentía muy mal pero a la vez era egoísta y pensaba en ella misma y en cuantas lágrimas había derramado por él. ¿Debía continuar su venganza? Sí... tenía demasiado odio y resentimiento en su corazón como para olvidar el gran desprecio que vivió ese trágico día. Había llorado lágrimas de sangre y se juró pagarle una por una sus malas palabras. Desde bien temprano las mujeres comenzaron los preparativos para el gran banquete. Días atrás reunió a todo el servicio y dejó claro cómo quería la decoración de la sala, los guisos que debían hacer y la imagen que debían dar. Habría *haggis*, carne en salsa, sopas, pasteles, dulces y muchas jarras de cerveza, vino y whisky. Nadie pasaría hambre ni sed esa noche, debía demostrar todo su poder a otros clanes para que la respetaran. Acabaron de arreglar el salón y Miranda le dio el visto bueno. Todo estaba impecable y perfectamente colocado, su señora se iba a alegrar mucho del resultado.

—¿Estáis ya lista, mi señora? —preguntó Miranda.

—Sí, puedes pasar —abrió la puerta—. Aunque debes apretarme más este corsé.

—¡Dios mío señora! —exclamó boquiabierta—. ¿Estáis segura que este es el vestido más indicado para bajar a cenar?

—¿Qué le ocurre a mi vestido Miranda?

La mujer se aclaró la voz.

—Los hombres pueden desviar con facilidad su vista hacia vuestros atributos femeninos —cuchicheó—. No sé si a mi señor le haga mucha gracia...

—Apriétame el corsé y no hablemos más de eso.

—Como vos me digáis.

El vestido de Iona era de un tono magenta oscuro, de cenefas doradas y negras con un gran escote donde el corsé elevaba sus pechos como nunca. La tela se amoldaba a su figura y se sentía más mujer que nunca. Quería dejar sin aliento a Gared y que se lamentara aún más por no tenerla si era cierto que continuaba amándola. Decoró su fino cuello con un collar de piedras del mismo color; magenta y negro. Y unos grandes pendientes colgaban de sus

lóbulos. Su melena estaba suelta más ondulada y vaporosa, ya le llegaba pasada media espalda como solía llevarla años atrás.

—Ya está.

—Perfecto, gracias —se miró ante el espejo.

Se asomó a la ventana y casi rompió a llorar cuando vio a su querida amiga Elea. Se percató que estaba embarazada y tuvo que contenerse por no salir corriendo para abrazarla. La acompañaba del brazo lady Elisabeth, había pensado tanto en ellas en esos años que temía que no le perdonaran el haberse dado por muerta. ¿Cómo reaccionarían todos al verla, sobretodo Gared? ¿Qué cara pondría? ¿Se alegrarían de que ella siguiera con vida?

—Buenas noches, Sutherland —le tendió la mano Arthur—. Señora —besó la mano a Elea—. Nos honra que hayáis aceptado venir este año a la conmemoración.

—Es un placer asistir a vuestra fortaleza —le apretó la mano Daniel—. No iba a hacerlos un desaire.

—Espero que disfrutéis de la cena y de la fiesta. Mi señora se ha encargado personalmente para que no falte ningún detalle, es muy meticulosa.

—No tengo el placer de conocerla.

—Pronto bajaré, es una mujer muy coqueta y le agrada arreglarse con esmero. Estoy seguro que vuestra esposa y la mía se llevarán muy bien —sonrió a Elea—. Con vuestro permiso, estáis en vuestra casa.

—Gracias.

—Qué hombre tan raro —susurró Elea al oído de Daniel.

—Shh, querida te puede oír alguien.

—La verdad es que todo está tan reluciente —dijo mirando a su alrededor—. La decoración, la forma en que están colocadas las copas, los platos... me recuerda tanto a...

—¿A quién?

—A nadie, olvídalo...

Las familias se encontraban distribuidas en varias mesas y sentadas en los correspondientes asientos. Esperando el inicio de la fiesta.

—Hacía tiempo que no veía a Robert, cuanto odio a ese miserable —masculló Elea.

—Recuerda que debes estar atenta y no separarte de nosotros —aconsejó Daniel—. No me fío de ese tipo.

—Que se atreva a hacerme algo a mi o Kenneth que lo mato.

—Veo que sigues teniendo tu carácter hermana –dijo Darren con una media sonrisa.

—¿Lo dudabas?

—Qué grande está Kenneth –añadió Morgana mirando al niño, cómo jugaba con su hijo.

—Logan también, me alegra mucho que nos hayamos podido reencontrar aunque sea en estas circunstancias.

—El viaje es agotador pero por estar en familia merece la pena.

—¿Cuándo se dará paso a la cena? estoy hambriento –agregó Daniel.

—Oh, mi marido siempre pensando en comer –dijo en voz baja Elea a Elisabeth.

—Pero ya desde que era un crío –rio.

—Ya sabes que las damas se hacen de rogar, cosas de mujeres... — comentó Gunn—. Por cierto, ¿mi hija se encuentra mejor?

—Sigue con un grave resfriado, por ello se quedó en Dunrobin –mintió el guerrero.

No podía presentarse Brenda de la mano de Gared. Su matrimonio no tenía ni pies ni cabeza y la joven no quería ir a ningún lado con él, por lo tanto, decidió quedarse en la fortaleza con alguno de sus amantes y mandar el recado de que se encontraba con gripe.

—¿Vos habéis visto a la señora Sinclair? –preguntó Darren al viejo Christopher.

—Personalmente no, pero cuentan que es realmente bella y a pesar de no ser de familia de señores es muy educada y se ha ganado el afecto de todo su clan por sus buenas obras. Dicen que tiene una tez blanquecina como la nieve y que sus cabellos son de un color fuego como el atardecer.

Mientras el viejo Gunn describía a Iona, ésta bajaba muy segura de sí misma al salón. Sintiendo su fuerte palpitar.

—Oh, allí está –señaló con la vista.

Todos se pusieron en pie.

—Espero que no os haya incomodado mi tardanza, sed bienvenidos a la fortaleza de Roslin –anunció Iona de la mano de su esposo.

Elea la reconoció al instante y, como toda la familia se quedó petrificada mientras los demás invitados aplaudían el inicio de la cena. Mudos y sin poder gesticular ni una sola palabra. No podían creer lo que veían sus ojos.

¿Era Iona la que estaba ahí de pie? ¿Desde cuándo los muertos hablaban?

—¡Oh Dios mío! —se sentó Elisabeth dándose aire.

—¡Esa mujer es igual que Iona...! —dijo Morgana aferrada al brazo de su esposo.

—Madre ¿estáis bien? —preguntó Daniel alarmado.

Elisabeth perdió el conocimiento. Elea se puso muy nerviosa y tuvo que sentarse de la impresión.

—No puedo creerlo... —se le nubló la vista por las lágrimas sin dejar de mirarla estupefacta.

—¿Es Iona? ¿cómo es posible? —dijo Darren asombrado.

—Está muy cambiada pero sin duda es ella.

Y el perro de mi hermano que no está aquí para verlo. Pensó Daniel.

Elea se sintió tan disgustada y confundida que en vez de salir corriendo para abrazarla, tomó otra dirección para ir a tomar aire. Daniel la siguió tras ordenar a varios guerreros que atendieran a su madre. Sinclair se ocupó también y les acompañó a una recámara para que se recuperara y quedar bien con ellos.

—Has alborotado a los Sutherland —rio Arthur una vez junto a su esposa —, cómo me estoy divirtiendo querida —la besó.

—Realmente no me esperaba esa reacción —disimuló.

—Creían que estabas muerta ¿qué esperabas?

Obviamente no le había agradado la situación que se había creado. No quería ver sufrir a las personas que quería. Se había percatado de un detalle, Gared no estaba presente ¿dónde estaría su guerrero? ¿Acudiría aquella noche o se quedaría con las ganas de verle?

Capítulo 27

Gared se acercaba a paso ligero a la fortaleza dispuesto a entrar por la puerta.

—Seguro que me caerá una bronca de mi hermano por llegar tarde – murmuró—. Tendré que jurarle que sólo me estaba afeitando y no pasaba el rato con ninguna ramera.

De pronto oyó a alguien llorar y desvió la vista hacia donde provenía el llanto. Vio a una niña pelirroja, sentada en unas escaleras echa un ovillo con la cabeza entre sus piernecitas. Decidió acercarse para ver qué le ocurría.

—¿Estás bien pequeña? –preguntó agachándose.

La niña levantó la vista y le miró. La luz de las antorchas iluminó su rostro y tuvo una especie de *deja-vú* al mirarla a los ojos tan de cerca. Su semblante se le hacía muy familiar. Sus mejillas estaban húmedas por las lágrimas.

—No...

—¿Por qué lloras?

—Mi gato *Gilbert* ha muerto.

—Oh... cuánto lo siento...

—Le echo de menos –lloró.

—Estoy seguro que tu gatito siempre va a estar contigo. Alguien me dijo una vez que en el presente siempre viven los seres que amamos porque en nuestro pasado han existido.

—Mamá también dice algo parecido...

—¿De verdad?

La niña asintió, se levantó y se marchó de allá corriendo dejando a Gared pensativo.

Pasó por el pasillo y se encontró de bruces con Elea ¿qué le pasaba a su cuñada que lloraba de esa manera? ¿Habría discutido con Daniel?

—Oh... Gared –murmuró.

—¿Te encuentras bien? –le cogió de los brazos—. ¿Es el bebé?

—No, es que ella está aquí... —le tembló la voz.

—¿Quién es ella?

—Gared, entra al salón y preséntate ante la señora de Sinclair.

—¿Pero por qué está así Elea?

—Haz lo que te digo, hermano, yo me ocupo de mi mujer —le palmeó el hombro—. Prepárate para lo que se avecina.

—¿Prepararme? ¿qué se avecina? —se extrañó—. No entiendo nada —negó con la cabeza.

Si Daniel me ha dicho eso quizá es que se han molestado los Sinclair por no estar a tiempo para el inicio de la cena... Le pedirá disculpas a ambos. Pensó adentrándose entre la multitud. Pronto divisó a Arthur pero pensó que antes se presentaría ante su esposa como Daniel le había pedido. Vio a unas sirvientas que hacían una perfecta reverencia a una dama distinguida, la cual se encontraba de espaldas luciendo una increíble melena cobre que le recordaba a la de su difunta Iona. La niña que lloraba antes en las escaleras jugaba con sus faldas.

—Debe ser ella la señora de Roslin —murmuró.

Se acercó hacia la mujer, se aclaró la voz y anunció;

—Disculpad el retraso, mi señora. Soy Gared Sutherland para servirlos.

A Iona le creció un sentimiento indescriptible que viajó desde el centro de su pecho hasta su garganta. Tuvo que respirar hondo pues sus palpitations iban descontroladas después de escuchar la voz de su guerrero de nuevo tan cercana. Intentó parecer serena y no llorar bajo ningún concepto. Se giró y ambas miradas se encontraron después de casi cuatro años.

—Dios mío... —se quedó Gared boquiabierto.

El *highlander*, completamente petrificado, no podía creer lo que veía. No entendía que hacía su estimada allá plantada enfrente de él si la daba por muerta. Iona comprobó que era el Gared de siempre, varonil y seductor. Se había arreglado como solía hacer, estaba aseado y daba buena presencia no como días atrás, con las barbas recortadas y las sienes trenzadas recogidas en un moño alto.

—Dime que eres tú... —respiraba con dificultad y le entraron ganas de llorar—. Dime que has bajado del cielo para reencontrarte conmigo.

—Más bien he subido del infierno —alegó.

Gared hizo un amago de acercarse a ella pero Iona se retiró.

—Mucho cuidado con ponerme una mano encima —dijo en voz alta y con disimulo—. Ahora soy la señora de Sinclair y ni él ni sus hombres permitirían que me ultrajaras.

—Iona, estás tan distinta... pero sigues tan bella como siempre... no,

incluso más —dijo incrédulo—. Dios esto es un milagro...

—¿Mami es tu amigo?

—Uh, cariño —dijo con voz tierna—, ¿Por qué no te vas con Fiona a jugar?

—No, yo quiero estar contigo —se aferró a sus piernas.

—Por favor, hazme caso.

—¿Esta niña es tu hija? —cuestionó el guerrero observándola.

—Me llamo Elisabeth—Rose Sinclair y tengo tres años —señaló con sus deditos.

Gared se quedó perplejo. Y recordó una bonita conversación entre ellos cuando Iona aún vivía en Dunrobin y se veían en las noches a escondidas...

—¿Te gustaría tener hijos en un futuro?

—Sí. *Le juré mi padre antes de morir que algún día encontraría una buena esposa y tendríamos hijos.*

—*Sabes, en mi familia hemos sido la mayoría mujeres.*

—*Entonces tendríamos niñas y a mi madre le alegraríamos los días —rio y con él la doncella.*

—*Ah, pero ¿los tendrías conmigo?*

—*Por supuesto —la besó—. Si no es contigo, no es con nadie.*

—*¿Y qué nombre le pondrías a tu hija? —preguntó curiosa.*

—*Haría honor a mi madre y su nieta llevaría su nombre —respondió seguro.*

—*A mi me gustaría que se llamara como mi hermana, Rose.*

—*¿Qué te parece Elisabeth—Rose?*

—*Es perfecto.*

—¡Fiona! —gritó alterada Iona ante la revelación.

—¿Sí, mi señora? —preguntó la muchacha apresurada.

—Encárgate de la niña.

—Por supuesto, vamos cariño —la cogió y se la llevó a otra parte.

—Debo atender a otros invitados.

—Espera —la paró—, Iona, esa niña... tú... le pusiste el nombre de mi madre y el de tu hermana.

—No sé a dónde quieres llegar... —hizo un amago en irse.

—Iona... ¿esa niña es mi hija?

Iona se tocó el pecho y retiró la vista, le dolía de lo exaltada que estaba. Tragó saliva incapaz de contestar a esa pregunta y con los ojos llorosos se

marchó hacia una sala aparte para poder llorar por primera vez en aquella larga e intensa noche.

Capítulo 28

—¿Puedo pasar? —cuestionó Iona con cautela.

Al verla entrar, Morgana corrió a abrazarla. Seguidamente lo hizo Darren.

—Hemos pensado tanto en ti... —lloró Morgana.

—Yo también os he recordado con mucho afecto...

Morgana cogió de la mano a su hijo y a su sobrino para acercarse a ella.

Iona se agachó y dijo;

—Tú debes ser Logan —sonrió y le acarició la mejilla—, al fin te conozco, cómo te pareces a tu madre... —miró a Kenneth—. Soy Iona, seguramente no me recuerdes pequeño...

—Mamá me ha hablado mucho de ti —sonrió.

—Por favor, dejadnos a solas —dijo Elisabeth.

—Por supuesto.

—¿Cómo os encontráis, Elisabeth? —preguntó Iona.

—Bueno, me causó una gran impresión volver a verte.

—Siento mucho el disgusto, nunca quise provocaros esto.

—Iona... —acarició su rostro—. Tú no sabes todo lo que hemos pasado desde que... bueno... desde que pensamos que estabas muerta.

—Lo siento... —se emocionó.

—¿Por qué muchacha? ¿Qué ha sido de ti estos años?

—Como ya sabréis Gared y yo íbamos a fugarnos para evitar su casamiento con Brenda pero no sé por qué razón no fue así.

—Él jamás nos lo confesó —puntualizó.

—Me fui con el caballo y tuve un pequeño accidente. Arthur me encontró y me dio su amparo aquí en su fortaleza hasta que me pidió que me quedara pues yo no pensaba regresar a Dunrobin...

—Tendrías que haber vuelto, hija...

—¿Cómo iba a volver si descubrí que estaba embarazada? —preguntó rota del llanto—. Llevaba a una criatura en mi vientre y no tenía a nadie...

—Oh... Dios mío... —se tapó la boca con la mano—. ¿eso significa que...?

—Di a luz a una preciosa niña... —sonrió al ver la cara de ilusión de Elisabeth—. Pero antes me casé con Arthur para que nadie sospechara. Él

mismo me lo pidió aun sabiendo que mi hijo era de otro hombre. Le engañé, me inventé que había sido violada por un guerrero de Daniel para que no me echara a patadas. Si hubiera sabido que mi hijo era del hermano del laird que mató a su padre yo no estaría aquí hoy. Tuve que hacerlo por mi hijo...

—Tranquila.

—Quería vengarme de Gared y hacerle pagar el sufrimiento que pasé al verle desposado con otra... al sentir que me desterraba de su clan y de su vida... —sollozó—. ¡Y pagué a un hombre para fingir mi muerte!

—No puedo creerlo... —dijo Elea entrando por la puerta.

—Elea has oído...

—¡¡No puedo creer que fuiste capaz de hacernos pasar por eso!! —sollozó. Entiendo tu dolor y entiendo que te fueras pero hacernos creer que estabas muerta... éramos tu familia.

—Lo siento en el alma...

—No sabes todo lo que hemos llorado tu muerte... ¡¡no te lo voy a perdonar jamás!! —se marchó.

—¡Elea!

—Déjala, hija, sabes qué temperamento tiene —la calmó Elisabeth—, ya se le pasará.

—¿Vos me perdonáis?

—Sí, claro que sí. Me puedo imaginar que tú también has sufrido como nosotros.

—Oh, gracias... —la abrazó.

—Deberías hablar con mi hijo, él ha estado muy mal todo este tiempo, está muy arrepentido de sus acciones.

—Sigo muy dolida con él, las cosas han cambiado y ahora nada es como antes...

—¿Puedo ver a mi nieta?

—Sí —sonrió—. Pero antes... por favor prometedme que no le diréis a Gared que es su hija, no por ahora...

—Puedes quedarte tranquila. Tienes que ser tú la que se lo confiese cuando lo creas oportuno.

—¡Oh Dios mío! —exclamó en voz baja Elisabeth al ver a su primera nieta

—. ¡Al fin una niña! —se tapó la boca—. Pero si es igualita que su padre cuando era niño...

—Elisabeth por favor, no digáis eso en voz alta... —cuchicheó.

—Oh, perdón...

La niña se encontraba en su recámara durmiendo plácidamente.

—Es tan bonita... —dijo la mujer—, no puedo creerlo... ¿cómo se llama?

—Elisabeth—Rose.

Elisabeth se emocionó y abrazó a Iona con todo el cariño que sentía por haber pensado en ella a la hora de elegir el nombre de su hija. De pronto, Miranda entró muy alarmada por la puerta.

—Mi señora —susurró—. ¡La señora Elea se ha puesto de parto!

Capítulo 29

—Gracias por ofrecernos alojamiento unos días a pesar de que somos... —titubeó Daniel—, bueno, ya sabéis... no tenemos una gran amistad.

—No os preocupéis, soy un hombre razonable y comprendo que una mujer debe descansar tras un parto —dijo Arthur—. No os voy a despachar de malas maneras en ese estado.

—Os lo agradecemos —añadió Elisabeth.

Estaban en la sala, ya era la madrugada y la fiesta había acabado. Esperaban sentados en los sillones junto al calor del hogar a que Elea diera a luz a su segundo hijo.

—Estoy tan nervioso, espero que todo esté yendo correctamente —balbuceó Daniel.

—Seguro que sí, hermano —palmeó Gared que se encontraba en pie.

—Mi esposa tiene la afición de atender las dolencias de los aldeanos —comentó Arthur—, y ha atendido muchos partos.

—Es muy buena muchacha.

—Sí, fue su humildad lo que me enamoró de ella —sonrió—. Ha sufrido mucho, sobre todo cuando dio a luz a Rose.

—¿Tuvo un mal parto? —cuestionó Elisabeth.

—Sí. Casi las pierdo a las dos.

—¡Oh... señor! —exclamó sorprendida la mujer.

—¿Nos podéis explicar qué le ocurrió? —dijo Gared interesado.

—La partera llegó muy tarde porque estaba en otro pueblo, Iona tenía muchos dolores y no dejaba de gritar y padecer. Yo estuve presente cuando nació la niña.

—¿De veras? —se asombró Morgana.

—Sí, no podía dejarla sola en ese estado y únicamente permitió que la ayudara Miranda, su doncella de confianza. Tuvo que hacer muchos esfuerzos y al parecer la niña no estaba bien colocada. Para cuando la partera sacó a Rose, no respiraba, ni lloraba.

—Cielos... —se horripiló Gared.

—Iona la auxilió de inmediato y la acunó en su pecho para darle calor cuando el llanto alcanzó nuestros oídos y todo acabó bien.

—¡Alabado sea el señor! —exclamó Elisabeth emocionada—. ¡Qué milagro!

El guerrero sentía celos en su interior de que un momento tan importante en la vida de Iona lo hubiera vivido Arthur y no él. Sólo de pensar en que esa niña podía llevar su sangre le estremecía por dentro y le entraban ganas de protegerla.

—¡Dios mío ya no me acordaba de la tortura que suponía esto...! —dijo Elea sin aliento en un lecho.

—Vamos Elea, empuja con fuerza —le animó Iona mientras Miranda le secaba el sudor de la frente.

—Ya no tengo de eso...

—Hacedlo por vuestro hijo que está por nacer —la animó Miranda.

Elea respiró hondo, empujó con ganas mientras hacía un grave quejido de dolor haciendo resonar toda la habitación.

—¡Continua, ya asoma la cabeza!

Iona cogió a la criatura con cuidado y se la entregó a su madre.

—¡Es una niña! —se emocionó.

—Oh... no puedo creerlo... —lloraba Elea.

—Es preciosa...

—Gracias Iona... —lloró más fuerte y le agarró la mano—. Perdóname por haberte hablado de esa manera, no te lo merecías...

—Tranquila, eso está olvidado.

—Gracias por haberme ayudado a traer a mi hija al mundo, nunca se me va a borrar este día de la cabeza, el día que nació mi niñita y recuperaré a mi mejor amiga.

Iona la abrazó y le besó la frente.

La señora Sinclair bajó las escaleras. Con la frente sudada, sus cabellos alborotados, atados en una coleta baja y vestida informal. Al verla Gared con ese aspecto le trajo muchos recuerdos de cuando ella era una doncella. Iona, rompió a llorar de la alegría al anunciar;

—¡Es una niña!

Daniel la abrazó con alegría y le agradeció su labor. Seguidamente Elisabeth, quien no podía creer que en un mismo día se había convertido en abuela de dos niñas. Ambos subieron a la recámara para conocer a la nueva integrante de la familia.

—Estaré en nuestra alcoba —la besó Arthur en los labios bajo la atenta mirada de Gared quien retiró la vista.

—De acuerdo.

Ambos se miraron sin saber qué decir ni qué hacer.

—Iona, tenemos que hablar de tantas cosas...

—No tengo nada de qué hablar contigo —dijo seria.

—Por supuesto que sí.

—Por supuesto que no —dijo tajante.

—¿Cómo acabaste aquí, casada con Sinclair? —preguntó el guerrero—. ¿Por qué me dijeron que habías muerto y ahora te encuentro con una niña que podría ser mi hija?

—Primero —señaló con el dedo acercándose a Gared—. Te dirigirás a mí como mi señora pues ya no soy la estúpida doncella a la que sacaste arrastras de tu vida. Ahora soy la señora de este clan y me he ganado ese título y el respeto de mi gente con sudor y esfuerzo.

Gared abrió los ojos asombrado por tal tono de voz y actitud que mostraba.

—Segundo, ¿quién demonios te crees para venir a mi casa a pedirme explicaciones? —alegó—. ¿Acaso te las pedí yo cuando te vi casándote con Brenda?

—Iona... sigues muy dolida conmigo... lo comprendo, pero todo tiene un por qué.

—Tercero, mi hija es mía porque yo la he parido y tiene un padre que se llama Arthur Sinclair el cual me ha demostrado su amor y su cariño desde el primer momento que pisé sus tierras.

—Creí que... lo siento...

—Ahora, déjame continuar con mi vida como si nunca hubieras aparecido en ella —le miró con desprecio—, ¿qué esperas para largarte de aquí? ¿No estará muy preocupada tu esposa, Gared?

—Brenda y yo no nos llevamos bien. Nuestro matrimonio es un fracaso.

—Ese no es mi problema, tú y todo lo que tenga que ver contigo no me

importa lo más mínimo. Es más, me das pena al saber eso —espetó.

—¿Por qué me hablas así? ¿Dónde está la mujer de la que me enamoré? —preguntó dolido.

—Esa mujer de la que hablas ya no existe.

—Te he echado tanto de menos ¿tú no has pensado en mi en este tiempo, Iona?

Se echó a reír.

—No seas imbécil. ¿Pensar en el hombre que jugó conmigo? ¿Qué me abandonó y me traicionó sin importarle lo más mínimo? No... en los brazos de mi marido fue donde te olvidé, en su cama disfrutando de él y de su hombría, descubrí lo que es ser una mujer completa. Lo nuestro sólo fue pasajero, una simple aventura...

Gared retiró la vista y una lágrima asomó de sus cristalinos ojos.

—Eso no es cierto, ¡¡no!! Sabes que lo nuestro fue real...

—Te crees alguien por ser hermano de Daniel pero no eres nada más que un miserable... —le miró con asco.

Se marchó de allí dejando al guerrero devastado. Apuñalado por sus crueles palabras y por su lejanía, con el corazón echo mil pedazos. Esa mujer no era su dulce Iona ¿dónde estaba? Iona se quedó detrás de la puerta rota de dolor, no aguantó más sus lágrimas y las dejó brotar mientras oía el llanto de su *highlander*.

—Perdóname amor mío... —dijo Gared derrumbándose.

Capítulo 30

—En unos días los Sutherland se marcharán —dijo en confidencia Arthur a su mujer—. No soporto más hacer el papel de cordial y tener que entretenerles. Suerte que los demás clanes ya partieron... Aunque ha salido todo mejor de lo que me esperaba y no contábamos con que la esposa de Daniel se pusiera de parto aquí —rio—. La suerte nos sonríe, querida.

—Espera un segundo ¿has dicho entretenerles?

—Pronto lo sabrás, porque ¿aún sigue en pie vengarte de aquél hombre, no? ¿El que abusó de ti?

—Sí.

—¿Lo has vuelto a ver? ¿está aquí ese guerrero?

—No. No está aquí.

—¿Quién es? después de estos años nunca me lo revelaste.

—Si lo hiciera no le dejarías con vida y mi venganza no tendría sentido.

—Está bien. Descansa —le dio un beso y se arrojó con las mantas.

Iona sin embargo no podía conciliar el sueño. Pensaba en esos días que había compartido con los Sutherland. Pasó tiempo con Elea y su hija Johanna. Que era muy parecida a ella. Su amistad no se había resentido y continuaba como siempre. Conversaban como solían hacer tiempo atrás, le presentó a Rose como hija suya y le reveló que su verdadero padre era Gared. Elea no daba crédito y también le contó que Sophie y James se habían casado y que al poco tiempo ésta tuvo un varón, al que puso el mismo nombre de su esposo.

Sonrió al recordar lo que solían hacer juntas y cómo la joven suspiraba por los huesos del guerrero y él era ajeno a todo. Le encantaría volver a verla, trabaron buena amistad y le cogió mucho cariño. *Al final tuviste suerte Sophie... te casaste con el hombre de tus sueños* Pensó mirando al calor del hogar.

También tuvo oportunidad de entablar conversación con lady Elisabeth quien le detalló de primera mano todo lo que había sucedido con su hijo desde que ella se fue;

—*Se dedicó en cuerpo y alma a buscarte —dijo la mujer—. Día tras día se iba al amanecer y volvía a saber qué horas de la tarde. Brenda estaba*

furiosa con él por su actitud y sospechaba.

—¿Qué sospechaba? —preguntó Iona.

—Pues del amor entre mi hijo y tú. Y al final, en un arrebato, se lo confesó. Se armó una... —negó con la cabeza.

—Ya sé que no tienen buena relación a pesar de ser esposos —comentó la joven.

—Aunque es mi hijo debo decir que no trataba nada bien a la muchacha.

—¿Por qué lo decís?

—Sólo se oían gritos y gritos en esa alcoba. Discusiones y malas palabras. Incluso alguna vez a Gared se le fue la mano.

—¿¡Qué!? No puedo creerlo...

—Sí. Se volvió un alcohólico y dejó de asearse cuando se enteró de tu muerte.

Iona bajó la vista.

—Ese fue su peor castigo, créeme. El saber que no te podía recuperar.

—¿Mami? —preguntó Rose haciendo volver a la realidad a Iona.

—Cariño, ¿qué haces despierta? —susurró Iona saliendo de la cama.

—No puedo dormir.

—Ven, vamos —la cogió en brazos.

Salió en silencio para no despertar a Arthur y la llevó a su cuarto. La tumbó en su cama y le acarició el cabello.

—Duérmete, princesa —susurró.

—Cuéntame el cuento de la doncella.

—¿Otra vez?

Rose asintió e Iona comenzó a relatar su propia historia pero con el final que hubiera deseado ella, ése que tanto le hubiera gustado vivir.

—...Y fueron felices pues de su amor nació una preciosa niña, tan bonita como tú.

La niña se había dormido, ella salió y cerró la puerta con sigilo. Cuando se giró vio a su guerrero apoyado con la espalda en la pared. Pero Iona caminó con pasos decididos ignorándole.

—No puedes negármelo —la cogió del brazo y la acercó a él rodeándola de la cintura.

—¡Suéltame ahora mismo! —se revolvió.

—Rose es mi hija ¿verdad?

—No. Es mía y de Arthur.

—No te creo, te he oído. La doncella y el guerrero.

—Es un simple cuento. Nada más.

—Mientes... —la besó y ella se quedó paralizada—. No recuerdas lo que pasó entre nosotros, ¿eh?

Le pegó una bofetada.

—No vuelvas a hacerlo ¿me oyes? —dijo en voz baja—. No te atrevas a acercarte a mi o mi hija.

—Ahora soy yo quien no es nadie y tú eres toda una señora.

—¿Quieres decir que antes yo no era nadie? —inquirió.

—No, no me refería a eso... Iona...

—Claro... siempre fui una simple doncella para ti...

Marchó con más apremio.

—Iona, debemos hablar...

Ni tus labios, ni lo que he sentido con ese beso va a impedir que siga en pie mi deseo de castigarte... Pensó mientras caía una lágrima por su mejilla.

Entró a su alcoba y Arthur miraba por la ventana.

—Querido, ¿qué te ocurre? —preguntó con voz pausada mientras se acercaba a él.

—Es él ¿cierto?

—¿Qué?

—El padre de Rose. El maldito bastardo que te violó es Gared Sutherland ¡¿verdad?! —alegó con furia.

Iona se tapó la boca horrorizada.

—¿Has oído...?

—¡Debiste decírmelo antes, mujer! —la zarandeó—. Le mataré.

Capítulo 31

—Va Rose, dale las gracias a lady Elisabeth —dijo Iona.

—Gracias —sonrió la niña—, es muy bonito —miró el collar que le había regalado.

—Ese collar lo talló mi abuela, que en paz descanse.

—Es un detalle muy gentil de vuestra parte —le cogió las manos con cariño.

—Yo no tengo abuela —se apenó la niña—. ¿Quieres ser mi abuela? —dijo con entusiasmo.

—Rose... —murmuró nerviosa Iona, mirando a Arthur que por suerte estaba charlando.

—¡¡Oh, claro que sí!! —se le saltaron las lágrimas de alegría.

Toda la familia se quiso despedir de Iona, antes de partir hacia Dunrobin. Se reunieron en las puertas de la fortaleza, menos uno; Gared. ¿Dónde estaba el guerrero de la melena dorada?

—Marchó al amanecer, mis mozos le vieron coger un caballo —dijo Arthur.

—Bueno, él no tenía intenciones de volver con nosotros.

—¿No? —se extrañó Arthur—, ¿no tiene deseos de encontrarse con su mujer?

—Em... bueno...

—Lo que mi marido quiere decir es que, a Gared le agrada cabalgar solo. Con el carro de caballos, se tarda más en llegar —disimuló.

—Oh, claro —hizo una torcida mueca con la boca—. Qué tengáis buen viaje.

—Gracias de nuevo por vuestra hospitalidad —agradeció Daniel.

—No se merecen —respondió Sinclair.

—Espero que podamos vernos pronto, sabes que Dunrobin sigue siendo tu casa —abrazó Elea a Iona.

—Lo sé, dale recuerdos a Sophie y dile que me alegro mucho por ella.

—Lo haré.

—Me ha agradado volver a ver a Kenneth y charlar como solíamos hacer.

—Cuídate mucho y cuida a Rose también —abrazó Elisabeth a Iona.

Iona asintió sonriente.

—Hasta pronto, Iona —dijo Daniel—, siempre seréis bienvenidos a mi fortaleza como me habéis acogido en la vuestra.

—Gracias, mi s... —corrigió—, Gracias, Daniel.

Montaron los varones en los caballos y las mujeres descansaban en el carro. Se despidieron con la mano y cuando estuvieron todos lo suficientemente lejos, Iona comentó en voz alta a su marido;

—Gared no montó ningún caballo a primera hora de la mañana ¿cierto?

—Qué inteligente eres, querida —rio—, esa rata está donde merece estar.

—¿Dónde lo tienes?

—En las mazmorras, le he dado una paliza hasta perder el conocimiento.

Iona se quedó helada. Quería que Gared sufriera las humillaciones que ella había pasado pero en el fondo no deseaba que nadie lo lastimara físicamente. Su sufrimiento también le afectaba a ella aunque no lo aceptase.

—Ahora mismo voy a seguir con lo que he empezado, ¡hasta matarlo!

Esas palabras resonaban en su cabeza; *Hasta matarlo... hasta matarlo...*

Iona le siguió sin ser vista. Bajó por unas escaleras poco iluminadas y abrió la puerta donde estarían los calabozos para quienes desacataran al laird y ahí ser torturados y castigados de las peores maneras. Lo que encontró fue aterrador. Aquél lugar era lúgubre y espantoso. Paredes y suelos manchados de sangre y ratas comiéndose cadáveres en descomposición junto a hombres amordazados y moribundos. El hedor fétido que transmitía era nauseabundo. Gared estaba en una de las celdas más escondidas, atado de pies y manos a unos grilletes y éstos al suelo. Estaba semidesnudo con el torso y la espalda lleno de laceraciones. Las heridas sangraban por los latigazos y la cara estaba magullada de los puñetazos que le habría proporcionado Arthur.

—Si mi hermano se entera de esto, te arrancará la cabeza —escupió Gared—. Has roto el pacto que teníamos.

—El pacto aún no se ha roto del todo, Sutherland —rio.

—¿Por qué haces esto?

Arthur le cogió del pelo con rabia y alegó;

—Abusaste de mi querida esposa Iona y no voy a dejarte con vida.

—Eso no es cierto. Jamás he hecho algo así. No sé de dónde lo has

sacado pero es mentira –voceó cansado.

Pero el laird hacía caso omiso a sus palabras y comenzó a azotarle con el cuero, con ira.

—¡Pagarás cada lágrima que le hiciste brotar de sus ojos! –le atizaba y Gared gemía de dolor—. ¡Perro asqueroso, malnacido!

Iona no podía ver tal injusticia. Todo eso lo había provocado ella, ocultándole la verdad. No podía dejar que Arthur le matara. No era capaz de dejar que Gared muriera por su culpa. La venganza, la mentira, el rencor y el odio la habían llevado a eso. A ver cosas que jamás hubiera tolerado. Ella, en el fondo de su corazón no era así... El mal no podía vencer ante su cándida alma.

—¡Para Arthur, por favor! –gritó, entrando con ellos a la celda y sujetando el brazo de él.

—¿Qué haces aquí? una mujer no debe bajar a este lugar, vete. –espetó Arthur.

—Iona... —susurró Gared a punto de perder el conocimiento.

—No sigas maltratándole, no lo voy a permitir.

—¡¡Vete!!

—¡¡No!! Debo decirte la verdad –lloró y se interpuso entre ellos protegiendo a su guerrero—, me enamoré de Gared y me entregué a él porque yo así lo quise, él nunca me obligó.

—¿¡Cómo dices!?! –la miró con coraje—. Es mentira... ¡¡dime que es mentira!!

—Es la verdad. Te lo oculté porque no quería que supieras que mi hija es una Sutherland –gritó—. Rose es hija de Gared, el hermano del laird que mató a tu padre.

Arthur enloqueció. Perdió completamente la razón y su semblante se tornó desencajado y roto del odio. Su furia era tan grande que también maltrató a Iona como nunca pensó que lo haría.

—¡¡Eres una furcia!! –le atizó y le rompió el vestido con el látigo—. ¡Te has reído de mi todo este tiempo! Y yo... y yo... que te di un hogar, un título ¿así me lo pagas? ¡Desagradecida! –le volvió a pegar.

Iona se percató que Gared estaba inconsciente, tirado en el suelo.

—Para, por favor –lloró.

—Te dejaré aquí encerrada con tu amante para que te pudras con él por la deshonra –voceó y se dispuso a cerrar la puerta con un candado—. Olvídate

de Rose para siempre.

—¡No! ¡¡No le hagas nada a mi hija, ella no tiene la culpa!! —gritó aferrada a los barrotes—. ¡¡Arthur!! ¡¡No te atrevas a hacerle daño a mi hija!!

Se marchó dejando atrás los gritos de Iona suplicándole que la dejara salir. Lloró, sentía que se merecía aquél castigo por haberle deseado el mal a Gared.

Capítulo 32

Gared murmuraba cosas que Iona no podía entender. Le había tapado las heridas con la tela de su vestido y también le quitaba el sudor. No sabía cuánto tiempo había pasado desde que Arthur se fue dejándola ahí encerrada.

—Iona... —dijo en voz alta—, perdóname por el daño que te he causado... no quiero morir sin escuchar de tus labios que me perdonas... —tosió.

—No vas a morirte, ¿me oyes? —se asomó una lágrima.

—Si me fui... si me fui para la capilla a casarme con Brenda fue... porque...

—¿Por qué Gared? —lloró—, ¿porqué te fuiste? —sollozó.

—Para que no te matasen... —perdió el conocimiento.

—¡Gared! —le zarandó—, ¡Gared!

Iona no entendía nada, ¿quién quería acabar con su vida? En ese momento, vio a Miranda cuyo rostro estaba petrificado.

—Mi señora —lloró—. ¿Cómo os ha hecho esto? ¿A vos?

—Miranda, ahora no tengo tiempo de explicarte nada.

—S—seguí a mi señor y yo... no os encontraba y os escuché gritar... —tartamudeó.

—Tranquila, estoy bien. Por favor, coge las llaves a Arthur. Él las debe guardar por algún lado y...

—El señor ha marchado.

—¿Qué?

—Sí, yo le vi con hombres de MacLeod hablando y escuché que partirían a tierras de los Sutherland o algo así —dijo nerviosa.

—¡Dios mío! ¿Y Rose, está bien?

—Sí, está con Fiona.

—Miranda escúchame con mucha atención, trae la llave, sácanos de aquí. Date prisa, debemos ayudar a los demás hombres que mi esposo ha encarcelado aquí abajo.

—Sí, mi señora.

Voy a sacarte de aquí, Gared. Arreglaremos nuestras cuentas pendientes.

El guerrero de melena dorada despertó en una habitación amplia, confortable y con olor fresca. Lo primero que vio fue a una señora que lo miraba desconfiada, sentada en una silla. Parecía que le vigilaba.

—Mi señora, ha despertado —dio el aviso y entró por la puerta Iona.

—Gracias Miranda, sin ti nunca habríamos salido del infierno de allí abajo —agradeció.

—Tened cuidado, mi señora...

—Tranquila, no me hará daño. Ayuda a las demás a curar a los ancianos y guerreros como os enseñé.

Miranda asintió y se marchó.

—¿Cómo te encuentras? —preguntó sentándose en la cama.

—Muy dolorido.

—Te hemos vendado las heridas y alimentado. Además, las muchachas te han bañado.

—No esperaba menos de ti, aunque hubiera preferido que me bañaras tú misma.

—No digas tonterías... Descansa, te hace falta —añadió levantándose.

—Sólo si duermes conmigo —la cogió de la mano.

—No seas indecoroso...

—Iona, escuché todo lo que le dijiste a Sinclair.

Iona tragó saliva.

—Te lo preguntaré por última vez y quiero que me digas la verdad ¿Rose es hija mía?

—Sí, lo es.

A Gared le creció en su pecho un enorme orgullo y sentimiento de protección, el mismo que había sentido al verla por primera vez.

—Lo sabía... sabía que era mía —esbozó una sonrisa, emocionado.

—¿Cómo no te ibas a dar cuenta? Se parece mucho a ti, sobretudo en la mirada, en el azul de sus ojos.

—Y es pelirroja como tú —rio de alegría—, es increíble el milagro de la vida.

—Rose es lo mejor que me has podido dar, lo que más amo en esta vida a parte de... —se calló por un instante al oír que iba a revelar sus

sentimientos.

—Yo también te sigo amando, como el primer día Iona...

—No he dicho que te ame.

—A estas alturas, por favor, seamos sinceros el uno con el otro.

La muchacha volvió a sentarse al lado del guerrero.

—¿Por qué Gared? —preguntó seria—. ¿Por qué no te presentaste aquél día en la arboleda? ¿Por qué me ofendiste delante de todos desterrándome y casándote con Brenda si juras que siempre me has amado?

—Me disponía a coger mi caballo para irte a buscar —comenzó a relatar—. Christopher Gunn me paró y me amenazó. Me dijo...

—¿A dónde demonios crees que vas, Sutherland?

—A mi boda, señor.

—¿Crees que soy estúpido? Sé que tienes una aventura con la doncella esa... que no le llega a Brenda ni a la suela de su zapatos.

—En ese momento, me inquieté porque Gunn sabía de nuestros planes. Me había oído hablar con mi hermano cuando le conté mis intenciones de fugarme contigo.

—Ni se te ocurra hacerle algo así a mi hija o... —bramó y desenvainó su espada—. Juro por el honor de mi clan y la sangre que corre por mis venas que mataré a esa mugrosa de la que te has enamorado.

—Atreveros a ponerle una mano encima y... —alegó.

—Gunn dirigió la espada a mi cuello.

—¿Y qué más pasó?

—La mataré Sutherland, la mataré delante de ti para que sufras y después acabaré con tu vida y con todos los que se metan con mi hija. Destiérrala, dile que se largue, no quiero que nada ni nadie se entrometa en vuestro matrimonio...

—Tenía otra percepción de vos, no sabía que os gustaba tanto amenazar...

—Ya sabes a qué atenerte.

—Y por ello me casé con Brenda —se le derramó una lágrima—, por ello te dije esas palabras, porque no podía dejar que te ocurriera nada malo. No podía, ¿lo entiendes Iona? Ese hombre era capaz de todo por tal de que su hija no quedara en ridículo. Nunca se lo conté a mi familia. Daniel le hubiera matado y se hubiera formado un caos peor que el de la primera vez cuando padre murió. No quería ponerte en peligro.

Iona lloraba... no sabía qué hacer ni qué decir. Pensaba en todo el dolor que había padecido por culpa de Gunn. Se había querido vengar del hombre equivocado. Gared sólo la había protegido.

—Después cuando marchaste, mi vida fue a peor... te busqué sin parar, día y noche. Discutía con Brenda y lo peor fue enterarme de tu muerte. Me volví un alcohólico y sólo iba de posada en posada, con rameras como un mendigo... como un prisionero incapaz de olvidarte...

—Lo sé. Tu madre me lo contó todo.

—¿Sí?

—Sí, y yo misma te vi un día cuando te echaron de una, en el pueblo. Estabas en un estado lamentable y me apené por ti, te dejé un bollo y algo de queso.

—Oh, lo recuerdo... ¡Dios! Creí que estaba soñando.

—No, fui yo. Era real.

La abrazó y Iona sintió su aroma y su calidez. En ese momento sobraban las palabras, se quedaron en silencio un buen rato.

—Tuve un accidente cuando partía hacia Dios sabe dónde. Arthur me dio su amparo hasta que me recuperé y me pidió que me quedara. Él se había enamorado de mí o quizá fue obsesión. Era el hombre que me salvó un día de unos forajidos...

—Lo recuerdo... —dijo pensativo—. ¿Era Arthur?

—Sí.

—¿Y le amas?

—No, sólo le tenía aprecio. Acepté porque descubrí que estaba embarazada y pensé en la criatura antes que en mí.

—Si lo hubiera sabido... —negó con la cabeza—. Él nos contó que tuviste muchas dificultades para dar a luz.

—Así es. No quería perder a lo único que tenía de ti. Mi niñita Rose... —se le tornaron los ojos vidriosos—. Gracias a Dios ella vivió.

—¿Aceptó una hija que no era de él?

—Sí. Verás, él ha sido muy amable conmigo a diferencia de la gente que trabaja para él. Le mentí diciéndole que me había violado un guerrero Sutherland y él me pidió que nos casáramos antes de que se me notara el vientre. Jamás le desvelé el nombre... No tenía a dónde ir, necesitaba sacar a mi hija adelante y le engañé. Quería vengarme de ti por todo lo que me hiciste por ello, fingí mi muerte...

Gared asintió con dolor.

—Tú muerte fue la mía... —murmuró—, tú ausencia mi peor condena, si quisiste devolverme todos tus llantos, todo tu pesar... más que los latigazos de Arthur, ése fue mi castigo. Me culpaba de tu muerte, de haberte perdido sin poder aclarar las cosas, sin poder explicarte porqué lo hice.

—Gared... ¿podrás perdonarme algún día? —preguntó la joven. Sé que me he portado muy mal y me he dejado llevar por el odio... y...

—Sólo si tú me perdonas a mí primero —contestó el guerrero.

—Oh...

Iona le besó. Ambos se besaron. Lo deseaban desde que se reencontraron, llevaban tanto tiempo sin probar los labios el uno del otro...

—¿Eso es un sí?

—Sí.

—Ahora que te tengo no te voy a dejar ir, mi señora —la besó de nuevo.

—No Gared... esto está mal —se levantó—. Ha pasado mucho tiempo y yo... no soy la misma de antes. Ahora tengo responsabilidades mayores que debo atender. Además temo por tu vida, Arthur regresará y te matará. Nos matará a los dos... hasta Rose corre peligro aquí, no sé qué hacer —se frotó nerviosa las manos.

—No voy a permitir que os haga daño ni a ti ni a mi hija, antes me bato a un duelo con él. Iona, te juro por mi vida que no sólo con palabras te diré que te amo, sino que te lo demostraré con hechos. Haré que vuelvas a confiar en mí.

Capítulo 33

Daniel llegó con su familia a Dunrobin y vio el horror en su hogar como si de una pesadilla se tratara. Los guerreros salieron de inmediato a cobijar a su señora, a proteger a su madre y a sus hijos. Quienes estaban aterrados. El caos y el mal se habían apoderado de la fortaleza y aquello era una verdadera batalla campal. Niamh empuñaba su *claymore* contra Robert. James guio a las mujeres y a Sophie con su hijo junto a Elea y le pidió que no se movieran de allá bajo ningún concepto. Se escondieron en una cueva profunda, la que usaban de refugio por si asaltaban el castillo. Flechas volaban de las torres hacia puntos dispersos y guerreros de ambos clanes se encontraban tirados en el suelo sin vida. Brenda alborotada, estaba maniatada y amordazada encima de un caballo. MacLeod con ayuda de Arthur habían planeado la emboscada.

—Ya tengo lo que quería ¡¡nos vemos Sutherland!! —voceó Robert subiendo al caballo y marchándose con Brenda como trofeo.

—¡No huyas malnacido! —exclamó Niamh montando en un semental.

Daniel fue detrás de ellos, mientras sus hombres se encargaban de luchar contra los demás.

Atizaban a los animales para que fueran más veloces, no podían dejarle ir.

—¡¡Maldito seas Robert, has faltado a tu palabra!! —exclamó el laird.

—¡Demasiados años manteniendo este absurdo pacto, ya quería acción! —rio.

—¡Suelta a Brenda! ¡Déjala ir! —dijo Niamh.

—¡Nah!

Le perdieron de vista. Desmontaron y miraron hacia su alrededor, ambos estaban furiosos. Habían salido del bosque y se encontraban cerca de un río. De pronto, los gritos de Brenda les dieron una pista de donde estaba y fueron en su búsqueda.

—¡Déjala Robert! —masculló Daniel señalándole con su espada.

—¿Crees que voy a obedecerte? —olió el cuello de la joven—, qué pena que hayáis venido me apetecía follármela antes de matarla.

Brenda estaba aterrada. Ese hombre estaba loco.

—No ganas nada haciéndole daño —dijo Niamh.

—¡Qué estúpido eres pelirrojo! —rio con malicia—, gano una excusa más

para vengarme. Decidle adiós a vuestra cuñada.

Deslizó el puñal sobre la garganta de Brenda sin más miramiento, de ella brotó la sangre y la tiró de malas maneras como una muñeca de trapo.

—¡No!

—¡Hijo de perra! —se lanzó Niamh a por él y comenzaron a pegarse.

Se insultaban, se golpeaban en la cara y en el estómago. Tirados por los suelos y revolcándose en el barro mientras Daniel cerraba los ojos de Brenda pues no sirvió de nada que le taponara aquella herida e intentara auxiliarla. Niamh tuvo que utilizar toda su fuerza para quitarle el puñal y evitar que se lo clavara en el pecho. En un descuido, Robert empujó al menor de los Sutherland y cayó al agua. Fue incapaz de aferrarse a cualquier piedra o raíz de un árbol pues la corriente le arrastraba río abajo.

—¡Niamh! —se metió en las profundidades Daniel para salvarlo.

Robert aprovechó y se largó de allá.

—¡Ojalá os ahoguéis los dos! ¡Bastardos!

Ambos eran como dos hojas mecidas bajo la merced del viento. De nada servía la corpulencia y la destreza ante la naturaleza, quien era más poderosa que nada. Las pequeñas olas los hundían, los mecían y los sacudían costándoles respirar. Por suerte, Daniel pudo agarrar a su hermano y segundos después a una roca antes de caer por una cascada.

—¡Aguanta!

—No puedo, me resbalan las manos —dijo con esfuerzo.

—¡No te sueltes Niamh!

Pero su mano se deshizo sin querer de la de Daniel y el agua lo zambulló cayendo cascada abajo.

—¡¡No!! ¡¡Hermano!! —voceó el laird con lágrimas en los ojos.

Daniel volvió a la fortaleza. La calma había vuelto pero el paisaje de Dunrobin era desolador. Sus tierras se habían manchado de sangre, sangre de muchos de sus hombres quienes habían perdido la vida. En sus brazos llevaba a Brenda fallecida, le apenaba que la muchacha hubiera acabado así y ordenó a unas mujeres que guardaran su cuerpo hasta su entierro. Cuando los demás guerreros MacLeod se retiraron, Elea pudo poner a salvo en su alcoba a sus hijos bajo la vigilancia de Sophie a quien contó todo lo que había ocurrido en

Roslin. La joven criada no podía creer que Iona siguiera con vida y se emocionó al recordarla.

—¡Dios mío! —se aterrorizó Elea al recibirle en el salón—, ¿está muerta?

—Sí, Robert la mató. Ese hombre le arrebató la vida sólo para romper el pacto de Gunn.

—¡Es terrible! ¿¡Qué vamos a hacer Daniel!?

—Doblabamos las guardias. Debo avisar a tu hermano y a Gared, él debe estar aquí para cuando demos sepultura a Brenda, era su mujer a pesar de todo. ¡Maldita sea y no sabemos dónde está metido!

—También a su padre —añadió Elisabeth—, ¡qué desgracia perder a un hijo!

—Brenda no me caía bien pero no me alegra su muerte... —murmuró Elea.

—Hay algo más que debo decir...

—A todo esto —interrumpió Elisabeth—, ¿dónde está tu hermano?

—Madre, Niamh... —comenzó a llorar.

—¿Qué pasa? Me estás asustando.

—Robert le tiró al río cuando peleaban.

—¡¿Qué?! —dijo la mujer con un hilo de voz.

—Yo me lancé para ayudarlo pero la corriente era fuerte y nos arrastró a los dos. En una ocasión le cogí la mano pero resbaló y... cayó por las cataratas, yo mismo le vi caer —lloró devastado.

—¡No! —lloró Elisabeth y zarandeo a Daniel—. ¡¡No!!

—¡Oh, Niamh...! —se tapó la boca Elea espantada.

—¡Mi niño... no! —repitió—. ¡No puede estar muerto!

—Lo siento madre, no pude hacer nada —la abrazó.

Capítulo 34

—Fiona ¿puedes dejarnos a solas? —preguntó Iona entrando a la habitación de su hija.

—Claro, con permiso, mi señora.

—Mami —esbozó una sonrisa.

—Hola tesoro —le dio un beso en la frente—, voy a presentarte a alguien.

Iona miró hacia la puerta y dijo en voz alta;

—Puedes pasar, Gared.

El guerrero entró algo nervioso, se acercó hacia ellas y se agachó.

—Rose... —la miró emocionado y la acarició—, hija mía... —la abrazó.

Iona tenía un nudo en la garganta y no pudo evitar emocionarse ante la sensibilidad que mostraba su amor. La niña estaba algo confundida pero se mostraba atenta a lo que su madre le decía.

—¿Quieres que te cuente un secreto? —preguntó Iona.

—¡Sí!

—Me han dicho las hadas que eres una niña muy especial.

—¿Has visto a una hada?

—Sí, son pequeñas y muy guapas. Con el pelo de colores y...

—¿Y alas de mariposa?

—Sí —sonrió.

—¿Por qué soy especial? —preguntó curiosa.

—Porque tienes dos papás.

Rose frunció el ceño y esbozó una sonrisa.

—Me han dicho que Gared —le cogió la mano—, también es tu papá y que debes cuidarlo y estimarlo mucho.

—¿De verdad?

—Ajá.

—¿Quieres jugar con mi muñeca? —le preguntó al guerrero.

—Claro que sí —sonrió.

Iona se quedó en segundo plano, sentada en la cama de la niña. Observaba cómo jugaba, reía y fantaseaba con su verdadero padre, le explicaba historias y Gared se fascinaba con la invención de su hija ¿a quién

habría salido?

—Mami tengo sueño —se rascó un ojo.

—Venga, vamos a dormir.

La arropó y le dio un beso de buenas noches.

—Que sueñes con los angelitos.

—He imaginado tantas veces como sería su rostro que... no hay nada más perfecto... —susurró Gared al verla dormir.

—Eso es porque se engendró con mucho cariño pero sobretodo con amor verdadero.

Ambos se miraron absortos.

—El mismo amor que te tengo ahora, mi cielo —le besó la mano—. Dime, ¿estás sintiendo lo mismo que yo?

—Sí, mas no es correcto yo... estoy casada no puedo...—titubeó.

—Deseo que veamos juntos el arco iris.

—¿Aún recuerdas nuestras frases? —rio por lo bajo.

—Recuerdo toda nuestra historia, jamás la olvidaría. Déjame hacerte mía de nuevo —la besó lentamente.

—No, Gared —se retiró—. Dame tiempo... por favor, tengo que asimilar todo lo que ha ocurrido estos días.

—¿Vos no sois Gared Sutherland? —preguntó un guerrero Sinclair cerca del establo.

—Sí, el mismo.

—En el pueblo se rumorea que vuestro hermano os está buscando con apremio.

—¿Mi hermano?

—Al parecer...

—¿Qué ocurre, guerrero? —cuestionó Iona que había visto de lejos como uno de los hombres de su esposo había parado a Gared del brazo.

—Oh, mi señora —le hizo una reverencia—, le estaba comentando al señor que en el pueblo dicen que el laird Daniel le está buscando.

—¿Por qué razón?

—Al parecer hubo un ataque contra su fortaleza por parte de Robert MacLeod.

Por ello Arthur se fue... seguramente decidió irse con Robert... Dedujo Iona.

—Tenemos un pacto establecido ¿Por qué razón hizo eso?

—No lo sé.

—Retírate —dijo Iona nerviosa.

—Sí, mi señora.

—Dios mío, espero que todos estén bien.

—No entiendo nada, debería ir a ver qué es lo que quiere de mi Daniel.

—No —le agarró de la camisa—, Arthur seguramente esté con Robert, merodeando por allá. Si te ve, querrá matarte Gared y yo no puedo perderte otra vez.

—Tranquila, no me pasará nada.

—No, no puedo dejar que te vayas. Iré contigo.

—No Iona. Debes quedarte aquí con nuestra hija, ella te necesita. Aquí estarás a salvo ya todos tus guerreros saben que te encerró en las mazmorras. Ellos te protegerán con su vida.

—Prométeme que irás con cuidado.

—Te prometo que regresaré.

Capítulo 35

Gared regresó sin problemas ni adversidades a su hogar. El tiempo estuvo de su mano y cabalgó con esmero aprovechando las horas de sol, así que, llegó antes de lo que él tenía previsto. Al pisar sus tierras, encontró a su familia devastada. ¿Qué había ocurrido allá? Notaba un aire de soledad que era espeluznante. Ningún guerrero combatía en el patio, las mujeres no trabajaban en las cocinas ni hacían sus quehaceres. En Dunrobin se respiraba paz, demasiada paz.

—Hermano, un guerrero me advirtió que me necesitabas ¿qué es lo que ha pasado?

—Una tragedia nos ha sacudido cruelmente —respondió el laird cabizbajo—. Siéntate.

Él, alarmado por las palabras tan serias de Daniel se sentó a su lado, en una butaca. Frente a frente.

—Lo que ha ocurrido es que... —empezó a relatar lo que se habían encontrado al volver de Roslin.

—¿¡Qué Robert mató a Brenda!?

—Sí, aún no la hemos enterrado. Te estábamos esperando.

—Dios... —se levantó nervioso—. No me esperaba una noticia así...

—¿Quién se espera algo así? Pero eso no es todo.

—¿Hay algo peor?

Daniel le explicó cómo intentó ayudar a su hermano pelirrojo pero éste cayó por las cataratas, sin poder hacer nada.

—¡¡No!! ¿Niamh muerto?

—Madre está... enferma... no sale de su alcoba y ni quiere comer tras enterarse del incidente.

—¡¡Por qué!! —sollozó—. ¡Señor, porqué os lo habéis llevado!

—Era tan joven... tenía toda la vida por delante. No es justo.

De pronto fue a por una botella de whisky, su cuerpo le pedía beber.

—¡¡No!! —se la quitó de las manos Daniel—, no debes, Gared. ¡Basta ya!

—Lo necesito.

—¡No permitiré que sigas destrozando tu vida! Piensa en Iona, me imagino que quieres recuperarla ¿no?

Tiene razón... debo dejar de ser un alcohólico. Tengo que hacer un esfuerzo para retomar la confianza que se rompió entre Iona y yo. Debo hacerlo por ella y por mi hija. Pensó el guerrero.

Brenda, nunca te amé. Mi corazón siempre perteneció a Iona. Sin embargo, reconozco que me porté como un patán contigo, tú no tuviste la culpa de que tu padre te casara a la fuerza conmigo. Espero que puedas perdonarme en la otra vida por mis faltas...

—Descansa en paz —dijo en voz alta delante de la tumba de su mujer.

La familia se reunió para darle al fin cristiana sepultura y con ella a su hermano Niamh, a pesar de no tener su cuerpo.

—Oh, mi hija... —lloró Gunn—, ¡Maldito seas MacLeod! ¡Traidor! ¡¡Yo mismo te cortaré la cabeza!!

—¡AH! —sollozó Elisabeth rota de dolor—, mi niño pequeño... ¡¡¿por qué?!!

Elea la sujetaba y lloraba con ella.

—Que desgracia... —susurró.

—Vengaremos tu muerte hermano. Robert pagará con su vida la tuya —dijo Daniel.

—Lo juramos ante tu tumba —concluyó Gared.

Capítulo 36

—¡Mi señora! —exclamó Miranda cuando Iona bajaba por las escaleras dispuesta a almorzar.

—¿Qué pasa Miranda, por qué estás tan agitada?

—Venid, rápido. Os agradará la sorpresa...

Iona salió junto a su doncella cogiéndose las faldas y yendo a paso decidido. Salieron al patio y vio a una muchacha menudita con un guerrero de porte alto a quien reconoció enseguida.

—¿¡James!?! ¿¡Sophie!?!

Sophie se giró entusiasmada.

—¡Iona! —corrió a abrazarla—. ¡Dios mío, es cierto!

—¡Eres la señora de Roslin!

—Os juro que he pensado en vosotros a diario y cuando Elea me dijo que os habíais casado me alegré tanto...

—Sí, y tuvimos un hijo, el pequeño Jamie. Se quedó en el pueblo con la familia de James mientras viajábamos hasta aquí.

—El señor Gared nos pidió que te trajéramos algo —dijo James.

—¿De qué se trata?

—No sé si os acordaréis de él porque ya no es ningún potrillo —rio cuando cogió de las riendas al animal—, está hecho todo un semental —palmeó su cuello.

—¡No puedo creerlo! ¿Es hijo de *Brisa*, la yegua de lady Elisabeth?

—Sí, el mismo. Es un regalo que espera con gentileza que aceptes.

—Es majestuoso, se parece muchísimo a su madre —sonrió acariciándole la nariz—. Vayamos dentro, debemos charlar de muchas cosas.

Iona conversó durante horas con sus viejos amigos intercambiando recuerdos. Explicó detalladamente todos los años que había pasado allá y el motivo que tuvo para quedarse. Sophie y James no podían dejar de escucharla absortos e incrédulos al enterarse que Gared era el padre de su preciosa hija a la que tuvieron el gusto de conocer. Aunque Iona, no les confesó porqué el

guerrero se casó con Brenda y no se fugó con ella.

—Déjame confesarte que Brenda yace muerta —dijo de pronto James.

—¿Qué? ¿Cómo es posible?

—Robert MacLeod la mató delante de mi señor... y además tiró por una cascada a Niamh —comentó Sophie.

—¿Niamh también está muerto? —preguntó Iona boquiabierta.

—Sí —asintieron cabizbajos.

—Gared debe estar desolado... cuánto lo lamento.

Tras despedirse de ellos, prometieron regresar pronto. Iona decidió tomarse un baño en su recámara. Todas esas emociones la habían dejado muy tensa y quería relajarse. Se preguntaba cuándo volvería su *highlander*, quería darle su apoyo. También le venía a la mente Arthur y la idea en ¿qué pasaría con ellos dos? Seguramente querría acabar con su vida y eso la aterraba. Pero más aún si pensaba en que podría hacerle daño a su hija. Ordenó a sus muchachas que trajeran una bañera y cubos de agua caliente. Se desvistió y dejó su mente en blanco para sentir el calor en su piel y olvidarse por un momento de los problemas que se avecinaban.

De repente oyó un ruido seco y se inquietó. Miró a su alrededor pero no vio a nadie. Cogió con disimulo la daga que tenía próxima a ella, entre sus ropas y se giró.

—¡¡AHH!! —se metió avergonzada en la bañera—. ¿¡Quieres matarme de un susto!?

—Dios, hacía mucho que no te veía desnuda —dijo Gared perplejo, tragando saliva.

—¡Descarado!

—Mi señora ¿estáis bien? He oído mucho alboroto —dijo Miranda tras la puerta.

—Sí, sí, ha sido un pequeño ratón que me ha asustado.

—Oh, claro... desde que el gato murió han aparecido más ratones. Deberíamos conseguir alguno.

—Sí, em... encárgate tú misma Miranda.

—De acuerdo.

—Gírate, voy a salir.

—Oh vamos...

—¡Gírate, Gared!

—Está bien —se dio la vuelta resignado.

Pero Iona no se dio cuenta de que él la observaba cómo salía mojada de la bañera por uno de los espejos y se ponía una bata. Gared estaba excitado de volver a ver el cuerpo de su mujer de fuego. Recordaba cómo se perdía entre sus rizos y sus pechos tersos.

—¡Pero serás...! —le cazó y le tiró uno de sus zapatos.

—Lo siento, lo siento... no pude evitarlo.

—Como te pareces a tu hermano —se le escapó y Gared cambió el semblante—, oh, discúlpame Gared. Sophie y James me contaron todo, no quise decir...

—Tranquila. Estamos todos muy afectados pero sé que no lo has dicho con mala intención.

—Lo siento en el alma, como también siento la muerte de Brenda. No me agradaba su forma de ser pero nadie merece morir así...

—Sí, ha sido una tragedia. Muchos hombres de mi hermano han perdido la vida en ese conflicto, muchos tenían mujeres e hijos.

—Qué espanto... —negó con la cabeza.

—He decidido no beber más, por ti y por mi hija —dijo de pronto.

—Eso es una gran noticia dentro de todo este caos pero no lo hagas por nosotras, debes hacerlo por ti mismo, principalmente.

—Sí, tienes razón pero vosotras sois lo más importante para mi. Por cierto, ¿te ha gustado la sorpresa? ¿Te he hecho sonreír?

—Sí, ha sido todo un detalle te lo agradezco. Me ha emocionado recordar a ese potrillo y... rememorar lo que sucedió ese día. También volver a ver a mis amigos, claro —dijo nerviosa.

—Sabía que te iba a gustar —le retiró un mechón de pelo.

Iona se humedeció los labios. Hacía mucho tiempo que no tenía a Gared tan de cerca y mucho menos en la intimidad de una alcoba.

—Estás temblando... —susurró él.

—Es por el frío.

—¿Estás segura? —le besó la mejilla.

La muchacha cerró los ojos e hizo un gemido ahogado.

—Déjame hacerte mía, una vez sólo.

—Solamente con una vez no bastará, siempre querré más de ti.

—No sé de qué me suenan esas palabras...

El guerrero desabrochó la bata que llevaba puesta y la deslizó por sus hombros cayendo hacia el suelo. Le besó el cuello y paseó sus manos por sus

caderas. Iona le quitó la camisa y le desnudó para quedarse los dos por igual. Muy lentamente se recostaron en el lecho saboreando sus bocas. Piel con piel.

—Te he anhelado tanto... —le acarició—, no sabes cuánto he recordado las noches que pasábamos juntos, cada beso que nos arrebatábamos, cada mirada de complicidad y cada palabra prohibida que nos dirigíamos...

—Yo extrañaba todo de ti, estimada. Tu rostro, tu cuerpo, tu olor... Y soy el hombre más afortunado del mundo por tener tu amor de nuevo. Volví a la vida al probar otra vez tus labios.

Iona se posó encima de él haciendo una flor de loto y sin perder más tiempo se hundió en su duro miembro. Gimieron los dos al sentirse que eran uno.

—Oh, señor... si tengo que morir algún día que sea entre tus brazos... —dijo Iona moviendo las caderas.

—Que nos mate a los dos de este modo...

Y así continuaron, sin prisa, recuperando las vidas que les habían arrebatado. Dos amantes unidos por un sentimiento único y real, pudieron entregarse tras la pena y la desgracia después de tanto tiempo separados. Como un sueño, como en el paraíso se sintieron al dar y recibir el placer que percibían en su interior, el que le transmitía el otro con cada roce en su piel. Agradecieron porque ese momento se diera de nuevo entre ellos y suplicaron que jamás se acabara. Después de tanto sufrimiento ¿podrán ser felices de una vez por todas?

Capítulo 37

Los amantes dormían plácidamente cuando un sonido atronador providente de la garganta de un hombre fiero les despertó.

—¡Ni las rameras tienen tanta poca vergüenza como tú!! –le cogió Arthur de los cabellos a Iona.

Gared le asestó un puñetazo que le tumbó al suelo.

—¡No vuelvas a ponerle una mano encima!

—Os mataré a los dos y os mandaré al infierno –masculló—, pero antes mataré a tú hija para que sufras.

—¡No!

—¡Por encima de mi cadáver! –le apuntó con la espada Gared a Arthur.

Él desenvainó la suya, y allá mismo comenzaron su lucha. Iona estaba aterrada tenía que salir de allí para proteger a Rose, Arthur estaba enloquecido de celos y de resentimiento. En un rápido movimiento de Sinclair se dirigió a la puerta y la cerró, bloqueándola con unas maderas.

—¡Abre canalla!! ¡Lucha como un hombre!!

Iona se vestía apresurada y Gared también lo hizo.

—Ven, aquí hay una salida secreta que da al patio –anunció.

Le cogió de la mano y en la otra llevaba una vela para guiarlo entre los pasadizos, oscuros y siniestros. Con ratas que se paseaban y se retozaban en las humedades del suelo.

Llegaron a la salida y pudieron ver la luz del sol. Clara, pero con nubes grisáceas a lo lejos que se acercaban y traían con ellas un viento helado.

—¡No quiero, no quiero! –gritó Rose.

Iona se alarmó y buscó de donde provenían las voces de su niña.

—Allá –señaló.

Ambos fueron corriendo hacia donde estaba él con Rose en brazos y de malas maneras quería que montara en el caballo. Los guerreros, mozos y sirvientes pronto se extrañaron del comportamiento de sus señores y observaban la escena en silencio pero perplejos.

—¡Basta Arthur, es sólo una niña! –dijo Iona con lágrimas en los ojos.

Nadie se atrevía a entrometerse, hasta que sacó una daga y la paseó por la mejilla de la niña. Iona se horripiló y le suplicó que la dejara.

—¡¡Por favor, es tu hija déjala!!

—¿Mi hija? —se rio como un demente—, delante de todos os anuncio que esta niña es una bastarda, no lleva mi sangre.

—¡Nuestro señor ha enloquecido! —comenzó a gritar la gente.

—¡El demonio le ha entrado en el cuerpo!

—¡Soltad a vuestra hija, mi señor! ¡Ha tomado su alma el maligno!

—¡Estúpidos mugrosos es cierto, quién dude de mi palabra lo mandaré a la horca! —alegó furioso.

—¡¡Cristo tened piedad!!

De un golpe seco, Gared le sorprendió por detrás y le hizo caer al suelo tirando el arma.

—Ven Rose, corre —dijo Iona mostrando sus brazos y la niña la obedeció.

—Mami —lloró.

—Tranquila —la abrazó—, mami está contigo. ¿Estás bien?

—Sí.

—Fiona —dijo en voz alta—, llévala a su alcoba y enciértrate con ella. Qué cuatro guerreros se queden en la puerta custodiándoos y otros dos se queden dentro contigo.

—Enseguida, mi señora.

—No tengas miedo, Fiona te contará cuentos y jugará con tus muñecas ¿vale? —sonrió nerviosa.

—Vale —la niña asintió con una mueca.

Mientras tanto, dos hombres se peleaban en el barro sin importarles nada. Tenían los rostros amoratados y con cortes de los golpes que se daban. En uno de ellos, Gared rodó y Arthur aprovechó para coger el puñal e ir a atacarle por la espalda. Iona al ver las intenciones de su esposo corrió y se interpuso en su camino. Los movimientos fueron muy rápidos y sin quererlo, le hundió esa hoja afilada en el costado. La mirada de Arthur era de asombro y la de Iona de dolor.

—¡¡Iona, no!! —lloró Gared acercándose a ella.

Él retiró la daga de su cuerpo. Iona desvió la vista hacia su amado desplomándose al suelo.

—Iona, mi amor. ¡Háblame por favor!

—Gared... —susurró con un hilo de voz—, no me dejes sola...

—No, no te voy a dejar sola —le intentó taponar la herida—, te vas a curar ¿vale? Tú eres muy fuerte.

—Cuida a Rose... —dijo con voz pausada.

—¡¡No, no, no!! No me pidas eso, cállate.

—Mi alma te amará en cada cuerpo que habite.

Epílogo

El carro de caballos de los Sinclair se habría pasado entre la gente de la aldea mientras vitoreaban a su nuevo señor, quien se había desposado con su señora apenas unas horas. Les felicitaban y les entregaban ofrendas con orgullo y cariño. Gritaban palabras de alegría y se sentían pletóricos con la unión.

Ellos mismos habían dado muerte a Arthur, quién huyó sin mirar atrás al pensar que había acabado con la vida de su mujer. Sin embargo, eso no pasó. Gared y las demás sirvientas la atendieron de inmediato, pudieron parar la hemorragia a tiempo y coser la herida. Gracias a las enseñanzas de Iona ellas sabían qué hacer ante esas situaciones, mantener la calma y pensar con frialdad. El pueblo se unió tras correrse la voz de que había intentado secuestrar y matar a su propia hija, Rose. Además de haber atentado contra la vida de su respetable y bondadosa señora. Ése fue el mayor crimen y le buscaron día tras día. No podían perdonarle algo tan terrible. Cuando le encontraron, sin más miramiento le quemaron en la hoguera, revelándose contra él después de tantos años de tortura hacia su propio clan.

Al llegar a la fortaleza, Gared la ayudó a bajar.

—Gracias —sonrió y él le besó la mano.

Miranda se aclaró la voz mientras sostenía a Rose en sus brazos.

—Mis señores, los guerreros quieren decir unas palabras...

Se giraron para ver a sus hombres y todos estaban arrodillados ante ellos en el patio.

—Os juramos, mi señor, lealtad y protección aunque eso signifique morir por vos.

—Vos habéis salvado la vida de nuestra señora y por ello os merecéis nuestro respeto.

—¡Larga vida a nuestro laird!

Todos alzaron sus armas al cielo e hicieron un grito rudo de aclamación.

—Y yo os juro que seré un laird generoso y justo.

Más tarde, cuando ya el cielo se tenía de colores anaranjados y rosáceos Iona subió afanada por las escaleras. Gared le había dejado una nota en su alcoba y ponía que la esperaba en la torre norte. Abrió la puerta y le vio

absorto mirando al horizonte.

—¿Gared?

El *highlander* se giró y le sonrió. Iona se acercó y él cogió sus manos para besarlas, seguidamente probó sus labios.

—Eres mi milagro —le enseñó la cadena que pertenecía a Iona.

—Mi cadena, ¿la has guardado todo este tiempo?

—Sí, era lo único que tenía de ti y ahora...

—¿Y ahora?

—Ahora lo tengo todo contigo.

—Te has convertido en laird gracias a mi —enarcó una ceja, de forma jocosa—, ¿quién lo iba a decir hace unos años?

—Fui un patán... —resopló algo avergonzado.

Iona rio.

—Eso ya está olvidado. Todo aquello que nos hirió un día, ha sanado por completo gracias a nuestro amor.

—Sí, tienes razón. Esta batalla ha sido muy larga e intensa pero finalmente la hemos ganado —sonrió.

—Ahora nada ni nadie nos va a impedir que podamos ser felices para siempre.

Se fundieron en un beso apasionado y abrazados contemplaron el atardecer mientras el viento les mecía el cabello.

Obviamente toda la familia Sutherland supo lo que pasó con la que fue su doncella y se horripilaron. También que Arthur maltrató a Gared en las mazmorras. Pero con la noticia de que la pequeña Rose llevaba la sangre de sus antepasados se les fue de la cabeza aquella terrible noticia que había acabado bien, gracias al Señor. Además, el guerrero de la melena dorada les confesó qué pasó realmente el día de su boda y Daniel puso el grito en el cielo. Maldijo y blasfemó, él mismo hubiera acabado con el pacto si se hubiera enterado. Pero entendieron el motivo que tuvo Gared para callar, no podía ponerles a todos en peligro.

El nuevo matrimonio iba a menudo a Dunrobin. Elisabeth le agradaba pasar tiempo con todos sus nietos y tenía una grata sorpresa que enseñarles. Había añadido los rostros de Iona, Gared y el de sus nietos al tapiz que

bordaba ya hacía tiempo, como un retrato.

—¡Es hermoso!! —se emocionó Iona.

—No sé si acabarlo, tengo mis dudas —dijo pensativa.

—¿Por qué?

—¡Por qué no dejáis de traerme nietos a este mundo! —rio—, ¿quién sabe si seré abuela de nuevo?

—En eso lleváis razón —dijo Elea—, vuestros hijos son unos hombres de verdad. Apasionados y viriles.

—Elea... —cuchicheó Iona muerta de risa.

—Oh, como lo fue su padre.

Rieron todas a carcajadas y coloradas por aquellos comentarios.

—¿De qué os reís? —preguntó Daniel junto a su hermano, al bajar las escaleras de repente.

—De nada cielo, cosas de mujeres.

—¿Y los niños?

—Con Juliette, en el jardín. Se llevan genial todos.

—Sí, es un gusto que estemos relativamente cerca y podamos vernos con frecuencia.

—¿Elisabeth, qué os pasa? —cuestionó Elea al ver a la mujer de pronto cabizbaja.

—Estaba recordando a Niamh, hoy hace ocho meses que murió —le tembló la voz.

Iona le cogió de los hombros y la abrazó.

—Madre... —murmuró Gared.

—Todos recordamos al travieso de mi hermano —añadió Daniel con pesar.

—Soñaba con coser también su cara y la de la mujer que escogiera como esposa en este tapiz —derramó una lágrima—, me pone muy triste en pensar en eso...

El sonido estridente de un cuerno, les sorprendió. Era una señal de alarma en que alguien extraño se acercaba a la fortaleza y debían estar atentos. Desde que Robert les atacó habían mejorado las guardias. Salieron todos al exterior del castillo, curiosos pero a la vez inquietos.

—Mi señor, un hombre se aproxima al trote —señaló un guerrero desde la torre.

—¿Un hombre? —preguntó Elea—, ¿Es que esperamos visita?

—Que yo sepa no.

Aquél forastero paró en seco delante de ellos, de aspecto descuidado y tosco les era muy conocido. No era el mismo hombre de meses atrás, era alguien nuevo. Con apariencia sucia, barbas largas y sienes trenzadas.

—He vuelto a casa —esbozó Niamh una sonrisa y desmontó—, vamos, no me miréis así ¿os creíais que os ibais a librar de mi?

—¡¡Dios mío!! ¡Hijo! —lloró Elisabeth y se echó en sus brazos.

—Madre —cerró los ojos emocionado.

—Niamh... oh, estás sano y salvo —dijo Elea.

—¡Hermano! ¡¿Estás vivo?! —abrazaron Daniel y Gared a éste.

—¡Claro, no soy ningún fantasma! —Niamh miró a Iona y empalideció.

—Yo tampoco —sonrió ella.

—No puedo creerlo ¿Iona?

—Bienvenido a tu hogar —le abrazó.

—Si tu estás aquí quiere decir que mi hermano ha hecho las cosas bien al fin —le miró con complicidad.

—Es una larga historia que ya te contaremos —dijo Gared—, pero ahora dime ¿qué ha sido de ti todo este tiempo?

—Sí, hijo. ¿Dónde estabas? ¿Por qué no has vuelto antes?

—Yo también tengo mucho que contaros —estableció.

—Venga vayamos para adentro.

Todos se dirigieron al interior de la fortaleza. En cambio Niamh se quedó parado, se giró y miró detenidamente hacia las montañas.

—Niamh —dijo Daniel.

—Uh, ¿sí? —volvió a girarse.

—¿Qué haces ahí aún? ¿Es qué buscas a alguien? —desvió su mirada hacia el mismo punto que su hermano.

—¿Crees que alguien podría escalar hasta esas montañas tan puntiagudas y rocosas?

Daniel rio de lo absurdo que sonaba eso.

—Sí, tienes razón. ¿Quién sería capaz de hacer algo así?

Te sorprenderías si te lo dijera. Pensó el pelirrojo con una amplia sonrisa.

